ESTHER
DURAND



Entre el fuego y tú

ENTRE
EL FUEGO
Y TÚ

Esther Durand

Derechos de autor © 2025 Esther Durand

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Registrada el 13/11/2025

Este libro puede tener escenas que dañen la sensibilidad del lector.

Si decides leer, prioriza tu bienestar emocional.

ÍNDICE

ÍNDICE
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Agradecimientos

Capítulo 1

—¿No puedes dormir? —pregunta Lauren al entrar en la pequeña sala de descanso de la estación 51, donde Cassandra Sullivan está medio echada en uno de los sillones, mirando la televisión que muestra las últimas noticias sin voz.

—Hoy ha sido un día tranquilo, deberías irte a la cama —añade Lauren con un tono tranquilo, pero apenas sin convicción.

—Nunca digas que ha sido un día tranquilo, lo vas a gafar —protesta Cassandra y da un sorbo al batido de proteínas que sostiene en la mano, sintiendo el frío líquido deslizarse por su garganta.

Se acurruca más en el sillón y hunde la espalda en el cojín, dejando que las luces tenues de la sala la inviten a relajarse, aunque lleve todo el día con un nudo en la garganta. Un mal presentimiento que no ha podido sacudirse de encima por mucho que lo haya intentado.

Lauren Price se sienta en el sillón de al lado y le roba con rapidez el libro que Cassandra tiene en el regazo.

—¿Otra vez leyendo novelas guarras? —pregunta con una media sonrisa, hojeando el libro.

—¡Dame eso! —exclama Cassandra, incorporándose para quitárselo. Lauren lo sostiene fuera de su alcance, riendo a carcajadas.

—No sé cómo puedes leer esto después de un turno casi interminable.

—No es lo que parece. —Cassandra lo recupera al fin, colocándolo de nuevo en su regazo—. Es solo una distracción. A veces necesito… algo que me aleje de la realidad.

—Claro. Una distracción con dos tías buenísimas en la portada —replica Lauren—. Yo diría que, en vez de alejarte del fuego, te debe de acercar un poquito más —añade y mueve las cejas con picardía.

Cassandra bufa, se encoge de hombros y suspira. No piensa hacer caso a las insinuaciones de su amiga.

Bebe de su batido y disfruta de la calma que se respira. Aunque la calma dura apenas un segundo. Cassandra se queda mirando el libro sin prestarle atención, con los dedos tamborileando sobre la portada. La conversación trivial le da un respiro, pero en su interior, continúa ese estado de alarma que no consigue apagar. Se repite que está siendo ridícula, pero no deja de mirar hacia todas partes, como si pronto fuera a alcanzarle el caos.

Y llega más pronto de lo que ella espera.

El sonido de las alarmas invoca la tensión a la sala. Cassandra se incorpora de un salto, echando el sillón hacia atrás. El casco cuelga del gancho junto a la puerta y esa es la barrera entre la “paz” y el mundo que les espera ahí fuera.

Al bajar por el poste, la estación ya se ha iluminado de rojo, con el sonido de las sirenas lejanas. En el vestíbulo, el capitán Raimond Richards ya da instrucciones. El equipo se viste y sube rápido a los vehículos.

Las luces intermitentes recortan la oscuridad de la madrugada mientras los camiones avanzan con un rugido constante que retumba por el asfalto mojado. Dentro de la unidad 24-B, Cassandra termina de ajustarse las correas de su chaqueta ignífuga, con los movimientos ya automatizados por la práctica, pero sin dejar de ser precisa en lo que hace. El sudor frío que le baja por la nuca no tiene que ver con el calor. Tiene el pulso acelerado desde mucho antes que sonaran las alarmas, y ahora, entre el sonido de las sirenas y la vibración constante del motor, cada uno de sus latidos parece marcar un aviso que nadie más escucha.

—El incendio es en un edificio residencial de la zona industrial este, en el piso cuarto, con múltiples llamadas de emergencia. Ya sabéis el protocolo —anuncia Raimond por el canal común, su voz recia y sin concesiones.

Un segundo después, la radio se llena de la música que todo el equipo de la estación 51 deja con los respiradores activándose, las cremalleras cerrándose…

Cassandra va sentada junto a Eliana —Eli para los amigos— Williams, quien asiente al escuchar su nombre cuando reciben las últimas instrucciones. Cassandra levanta la mirada y la cruza con la ingeniera de rescate, que la observa en silencio mientras le ofrece uno de los últimos enganches del equipo.

—Llevo todo el día con el estómago revuelto —comenta Cassandra en voz baja, más para sí misma que para el resto.

—Seguro que solo te has pasado con los batidos de proteínas —le dice Eliana sin ironía, simplemente para no dejar que la tensión se apodere del ambiente.

La radio emite un zumbido tenue entre las comunicaciones. Cassandra aprieta los dientes mientras termina de ajustarse la correa del casco. A su izquierda, puede oír a Kimberly Sawyer bromear con Gabe Nolan en la unidad delantera.

—¿Estás listo para tu primer incendio serio, novato? —pregunta Kimberly por el intercomunicador.

—Nací listo para este momento —contesta Gabe, con la voz tensa, aunque intente sonar confiado.

—No naciste sabiendo caminar, así que tampoco vas a saber entrar el con el fuego deslizándose por todas partes. No deberías tomártelo a broma —añade Tasha Morgan desde el asiento de atrás.

—Suficiente —interviene Cassandra—. Quiero que estéis concentrados. El foco principal está en la cuarta planta, y puede que la estructura se haya visto comprometida. Vamos a entrar por zonas opuestas y cerrar las vías de evacuación una vez aseguradas.

Durante unos segundos, nadie dice nada más. Solo se escucha el rugido constante de los motores y la vibración del pavimento bajo las ruedas. Cassandra apoya una mano contra la pared metálica del camión. Cierra los ojos y se obliga a visualizar la planta del edificio, los posibles accesos y las zonas de peligro. Visualiza el camino que tomarán, los tiempos que deberían tardar, cualquier margen de error… Tiene que anticiparse a lo que aún no ha pasado, por mucho que no tengan la información completa.

—Sullivan, vas en cabeza —comunica Raimond, de nuevo por la línea común—. Evalúa la situación al llegar y divide a los binomios.

Quiero comunicación abierta en todo momento. El fuego ya ha comprometido al menos dos niveles.

—Recibido —responde Cassandra con firmeza. Se vuelve hacia Eliana y esta asiente. Ambas están más que listas.

El camión da una curva cerrada, la última antes de llegar. Por las pequeñas ventanas traseras se empieza a ver el resplandor naranja contra el cielo oscuro de Chicago. No hay necesidad de decir nada. Cassandra siente cómo el aire cambia, cómo se activa algo en su pecho que no es exactamente miedo, aunque tampoco adrenalina.

El camión frena con un golpe seco. La sirena baja de volumen, pero el mundo fuera es puro ruido: gritos, cristales rompiéndose, la respiración forzada por los respiradores. Cassandra abre la puerta sin dudarlo y en cuanto lo hace, el calor le golpea en la cara como una ola viva y caliente, muy caliente.

Ya no hay espacio para nada más que para actuar.

El equipo sale a velocidad coordinada. Las luces azules y rojas recortan la oscuridad de la ciudad, reflejándose en los charcos del pavimento, en las ventanas cerradas de los diferentes edificios. El viento atrae con fuerza la ceniza y el humo. Cassandra Sullivan observa

la ciudad pasar a gran velocidad, consciente de que cada segundo puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Del edifico; las llamas asoman por las ventanas rotas, naranjas y rojas, proyectando sombras que parecen bailar y burlarse de ellos.

—Kimberly, Tasha: tomad el flanco derecho del cuarto piso, aseguraos de cortar el avance de las llamas desde allí. Nolan, conmigo. Subiremos por la escalera portátil y accederemos desde el norte. Eli, necesito el bombeo interno operativo en todo momento. No quiero que se corte el flujo ni un segundo —ordena Cassandra con una firmeza que no admite réplica, su voz grave se filtra a través del intercomunicador con gran temple. Sabe que cada palabra puede ser la diferencia entre mantener el control o perderlo todo.

Las órdenes se ejecutan al instante. No hay dudas ni titubeos, solo movimientos sincronizados. Las mangueras se despliegan con fuerza y el agua presurizada estalla contra la fachada del edificio como si luchara cuerpo a cuerpo contra el fuego que ya desborda las ventanas. Kimberly y Tasha avanzan por el lateral derecho, cubriéndose mutuamente, con las máscaras selladas y las miradas clavadas en la densa cortina de humo. Al otro lado, Eliana y Lauren también caminan después de haber asegurado el bombeo interno.

Por su parte, Cassandra no se detiene. Sube por la escalera metálica con Gabe Nolan justo detrás, los peldaños vibran bajo el peso del equipo y el calor que emana de las paredes cercanas convierte el ascenso en una carrera contra la lógica. Cada paso hacia arriba es más caliente que el anterior, como si estuvieran escalando una garganta volcánica. El sudor se acumula bajo el cuello del uniforme, escurriéndose por la espalda con la lentitud.

Al llegar al cuarto piso, Cassandra fuerza la puerta lateral con el hombro y penetra en el edificio. El aire allí dentro deja de ser aire: es un vapor denso, caliente, contaminado de humo y químicos en combustión se apodera de la zona. La oscuridad es casi total, apenas rota por la luz frontal de su casco, que dibuja un círculo amarillento en medio de la neblina roja. Todo arde, incluso aquello a lo que las llamas no han llegado. Los muebles ceden bajo estas, las paredes gimen y el suelo bajo sus botas cruje con la amenaza constante de venirse abajo.

—Poned atención por donde pisáis —anuncia Cassandra—. Quiero revisión visual constante. Y nadie… —hace una pausa al avanzar entre la humareda— se separa de su binomio. Repito: nadie —ordena —. Lauren, Eliana, aseguraos de revisar las habitaciones del ala oeste por si hubiera alguien atrapado, pero sin poner vuestra seguridad en

peligro, la zona está demasiado cerca del foco principal. No quiero riesgos, en cuanto despejéis la zona, os quiero fuera.

La garganta le arde por dentro, pero no se permite dudar. El equipo avanza en formación, cubriendo ángulos, y respondiendo con confirmaciones breves. Cassandra se interna por un pasillo estrecho, con las paredes cubiertas de hollín, y la pintura despegándose en tiras como piel quemada. El calor se vuelve pegajoso, casi líquido, y cada inspiración a pesar del oxígeno, es una lucha contra el instinto de salir corriendo.

De pronto, un sonido la hace detenerse. Un crujido, seco y profundo, vibra bajo sus botas, seguido de una breve sacudida. El edificio se queja, como si los cimientos estuvieran a punto de venirse abajo.

—¡Atención! —grita, girando el rostro hacia Nolan, que ya retrocede—. ¡Cuidado con el suelo!

Pero no hay tiempo. El estallido se produce en un segundo. Una carga de gas oculta, quizá una tubería vieja reventada, explota con un rugido ensordecedor en una esquina del pasillo. La onda de choque barre el aire con violencia. Cassandra pierde el equilibrio y siente el

golpe seco en el costado mientras la luz de su casco se apaga por un momento.

Los gritos se mezclan con el sonido de la manguera golpeando contra el suelo, lanzando agua sin dirección alguna. Kimberly se lanza al suelo justo a tiempo. Morgan se cubre la cabeza y retrocede a ciegas entre la humareda. La radio, hasta ese instante llena de comandos y respiraciones entrecortadas, emite solo un pitido agudo. Un silencio artificial, como si el mundo entero se hubiese quedado sordo.

Cassandra Sullivan se incorpora como puede, jadeando. Mira hacia los lados, pero la visibilidad se ha reducido a una sombra espesa. El humo, ahora completamente negro, es tan denso que parece tener textura, como si pudiera tomar forma de manos; unas manos dispuestas a atraparla. Intenta hablar por la radio. Nada. Un zumbido, estático y luego… silencio.

Pero unos segundos después, lo escucha.

El pitido.

Ese sonido agudo, insistente, que no pertenece al fuego ni al edificio. Es el detector de inmovilidad. El aparato que cada bombero lleva consigo para casos de emergencia y que se activa cuando uno de ellos deja de moverse. El corazón se le encoge. La risa de una persona

se cruza por su cabeza y recuerda cómo le quitó el libro en la sala de descanso, como si fuera una especie de déjà vu.

—Lauren… —susurra, pero su voz no llega a ninguna parte.

Gira sobre sí misma y se pone a buscar. Se fuerza a mirar a través del humo, más allá de las llamas y del dolor que comienza a pulsarle en el hombro derecho y en una pierna. No la ve. La escalera está demasiado lejos, y no hay respuesta desde el canal de radio. Solo ese pitido. El sonido del peligro más íntimo, más insoportable.

Un calor brutal, como una ola, le golpea la espalda. El techo cruje con una fuerza nueva, casi ominosa. Cassandra sabe que no tiene tiempo. Que todo su equipo ya está saliendo. Que se supone que ella debería estar saliendo también. Pero da un paso y luego otro.

Corre hacia el final del pasillo, guiada solo por su memoria y por una necesidad visceral que no puede ignorar. Su respiración es agitada, cada inhalación sabe a ceniza, cada exhalación le arranca un poco más de energía. El humo empaña su visera, colándose por debajo de la máscara. Pero ni eso la detiene.

La puerta aparece al final del pasillo, apenas visible. Se lanza contra ella con el hombro y la abre.

Y entonces, llega el infierno.

Una lengua de fuego la envuelve. El aire explota con una fuerza caliente y brutal. Se cubre con el brazo, siente cómo el casco resiste por segundos y cómo su cuerpo es arrastrado por la presión. Grita, aunque no sabe si lo hace por dolor o por frustración. El suelo y la estructura vuelven a temblar.

Y en medio de todo eso, cuando intenta abrir los ojos, Cassandra Sullivan solo ve oscuridad.

Capítulo 2

Lara Kinsley mira el reloj de su muñeca mientras se ajusta los guantes de látex por segunda vez en lo que va de hora. Turno nocturno. Otra vez, y ya ha perdido la cuenta de cuántos lleva este mes, pero lo cierto es que no le importa, porque dentro del Chicago Mercy —desde que llegó meses atrás—, el tiempo se mide por los latidos de sus pacientes, por los gritos de aquellos que necesitan ayuda, y por las sonrisas de quienes salen de ahí con vida.

El aviso llega cuando apenas ha terminado de revisar a un paciente con una fractura de costilla y traumatismo leve. Ha habido una explosión en un edificio residencial de la zona industrial este. Incendio activo. Múltiples víctimas. Algunos heridos en estado crítico.

El corazón de Lara reacciona antes que ella. Ese tipo de aviso nunca trae nada bueno. Se recoge el pelo en una coleta rápida y cruza el pasillo en dirección al box tres. Poco después, la sala de trauma vibra con esa coreografía caótica que tan bien conocen los miembros del hospital: puertas que se abren de golpe, personal que se desplaza con rapidez y manos que no paran de atender heridas.

La primera víctima entra en camilla, consciente pero envuelto en una manta, con quemaduras superficiales en los brazos y parte del cuello. Lara da indicaciones claras mientras comprueba la saturación del paciente. El siguiente es un adolescente con inhalación severa de humo y fractura en el fémur, y después llega una mujer inconsciente, con abrasiones, contusión craneal y pupilas no reactivas que se llevan directa a quirófano.

Lara respira hondo. Siente que la guardia apenas ha comenzado, aunque lleva despierta desde hace más de dieciocho horas. Se agacha junto a una de las camillas, revisa una vía, y estabiliza a un paciente con hipoxia. Su bata ya está manchada de sangre y hollín cuando escucha que alguien le grita: «Doctora Kinsley, tenemos a una bombera en la entrada. Llega sin camilla, pero necesita atención inmediata.»

Gira sobre sus talones y camina hacia la doble puerta. El pasillo parece haberse estrechado de pronto. A través del cristal, ve una figura avanzar: alta, cubierta de hollín, con parte del uniforme desgarrado, la chaqueta abierta y la máscara colgando del brazo. Tiene una mano en el hombro izquierdo y cojea ligeramente con la pierna derecha. La piel de la cara está marcada por el humo, y algunas heridas, aunque lo que más le impacta es su expresión… una que la doctora Kinsley conoce demasiado bien.

—Por aquí —comenta Lara, alzando la voz, mientras se aproxima con rapidez a la mujer—. Necesito una camilla libre y dos pares de manos. Ya.

La bombera la mira directamente, con unos ojos tan claros que, por un momento, Lara se siente invadida. La mujer no dice nada, solo obedece cuando le indican que se siente en la camilla del box número cuatro. Lara se agacha y le examina primero la pierna. Después se fija en que tiene el uniforme cortado en algunas zonas. Hay una contusión evidente en el muslo y una inflamación creciente en el hombro. Nada que ponga en peligro su vida, pero sí lo bastante grave para requerir un estudio más exhaustivo.

El silencio que se había extendido entre las dos mujeres, se rompe cuando la doctora se presenta.

—Soy la doctora Kinsley. Voy a examinarte, pero necesito que me digas si has perdido la consciencia o si has inhalado demasiado humo —le pide Lara—. ¿Tienes alguna quemadura interna al uniforme?

—Estoy bien. Solo necesito saber cómo está mi compañera Lauren Price —le interrumpe Cassandra. La mujer la mira fijamente, y Lara ve el pánico reflejado en sus intensos ojos azules.

—Lo entiendo, pero antes necesito hacerte algunas pruebas. Comprobar que no haya lesiones internas. Tu pierna podría tener daño muscular, y podrías haber inhalado sustancias que... —comienza a explicarle Lara, manteniendo una voz neutra que Cassandra empieza a no soportar.

—He dicho que quiero saber cómo está mi compañera —insiste la bombera, apartando la mano de Lara con un gesto brusco y agarrándola por la muñeca con una fuerza sorprendente.

El contacto es inesperado. Lara se queda boquiabierta y escucha el sonido del guante bajo los dedos de la bombera. La mirada de la mujer se vuelve más dura, casi desesperada. Hay miedo en ella, sí, pero también hay rabia. Lara no se mueve. Solo baja ligeramente la voz, no piensa dejar que le den órdenes.

—Y yo necesito que te quedes quieta. Si no me dejas hacer mi trabajo, no podré ayudarte, ni a ti ni a nadie —responde, sin desviar la mirada.

La tensión se estira durante varios segundos, hasta que la presión en la muñeca desaparece. Lara no dice nada más. Se incorpora con cuidado, pide un par de radiografías y un estudio de tórax. Al mismo tiempo, señala a la enfermera para que empiece a limpiar el rostro de la

paciente y controle sus signos vitales. Aun sin saber su nombre, Lara intuye que esta mujer no está acostumbrada a dejar el control en los demás. Y que cada segundo que pasa sin noticias sobre su compañera es una herida que se abre más y más.

—¿Nombre? —pregunta una enfermera.

—Cassandra Sullivan —responde la bombera, con la voz ronca.

Lara registra el nombre sin repetirlo en voz alta, pero sí para ella misma. «Cassandra Sullivan».

Cuando las pruebas están en proceso, Lara se aleja para atender a otros dos pacientes. Una de ellas, una niña de ocho años que llora sin parar mientras sostiene la mano de su madre, aún inconsciente. La escena se le clava en el pecho, pero como siempre, se viste con esa capa de profesionalidad que debe tener ahí dentro.

Cada vez que pasa frente al box cuatro, su mirada se desvía hacia Cassandra. La mujer no se queja, pero sus hombros están tensos y cada vez que alguien le habla, responde con una sequedad que podría cortar el aire. Grita una vez. Otra. Llama a un tal Raimond. Pregunta por su equipo. Nadie le contesta. Y Lara termina casi desesperada.

Minutos después, busca a la jefa de urgencias y le pregunta por Lauren Price.

—La hemos perdido en quirófano. Hemorragia masiva. No hemos podido estabilizarla ni hacer nada por ella —responde su jefa, sin adornos.

Lara Kinsley se estremece y mira hacia el box cuatro. Lleva trabajando en el Chicago Mercy apenas unos meses, y cada día le sigue pareciendo peor que el anterior.

La doctora camina despacio hacia el box cuatro, con cada paso pesando más que el anterior. Entra al box y cierra la cortina con discreción. Cassandra la mira de inmediato, y esta ve en su cara lo que está a punto de decirle.

—Lo siento mucho —dice Lara, sin adornos ni consuelo—. Hemos hecho todo lo posible por su compañera.

Cassandra asiente, pero ni siquiera parpadea. Se queda quieta, clavada en la camilla, con la mandíbula tensa y la respiración alterada. El silencio que se impone es absoluto.

—Parece que las heridas superficiales están bien, pero deberías quedarte esta noche en observación. Por si aparece alguna complicación —añade Lara, volviendo a la medicina, porque la verdad es que no sabe qué más podría ofrecerle.

—No me voy a quedar —responde Cassandra, y se levanta con brusquedad. El gesto le arranca un quejido, pero no se detiene. Coge su chaqueta del respaldo de la silla.

—Necesito el alta. Tengo un equipo al que acompañar —añade, como si eso fuera suficiente para cerrar el capítulo.

La chaqueta de Cassandra está rajada por un lado, ennegrecida por el hollín y todavía húmeda en algunas zonas. El gesto con el que se la echa sobre el hombro es mecánico, como si su cuerpo ya no respondiera del todo a su voluntad. Lara da un paso hacia ella, no con intención de detenerla, pero sí para asegurarse de que no va a desplomarse en cuanto cruce la puerta.

—Sullivan —la llama, y está a punto de ponerse delante de ella—. No estás en condiciones de salir ahí fuera.

—Llevo años saliendo en condiciones peores —responde Cassandra sin girarse ni filtro alguno.

—Pues esta noche no debería ser como las demás —insiste Lara, un poco más cerca, aunque manteniendo la distancia.

Cassandra se gira entonces, lo suficiente para que sus ojos la busquen. Y lo que hay en ellos no es arrogancia, ni orgullo, ni siquiera

ira. Es agotamiento. Dolor crudo. La expresión de alguien que acaba de perder algo esencial y que ni siquiera ha tenido tiempo de digerirlo.

—No puedo quedarme sentada en una cama mientras mi equipo vuelve al infierno. Necesitan saber que sigo aquí. Que seguimos de pie. Lauren… —Hace una pausa, y traga saliva—. Lauren querría eso. No… no que me quede a llorarla.

Lara aprieta los labios. No es su misión decirle lo contrario. Sabe que no hay forma de retenerla si esa es la armadura que ha elegido para no romperse. Aun así, algo en su interior la empuja a decir algo más.

—Estás sangrando otra vez —señala con un gesto leve al borde del vendaje en el cuello.

—¿Puedes coserlo más rápido? —pregunta Cassandra, y su gesto no admite discusión.

—Podría. Pero eso implicaría que confíes en que te toque y que estés quieta. Al menos unos minutos —responde Lara, sin apartar la mirada.

Cassandra afirma con la cabeza, sin añadir nada más. Se limita a cerrar la cortina y sentarse de nuevo en la camilla hasta que la herida está bien suturada y la doctora la deja marcharse.

Después, desaparece por el pasillo, arrastrando consigo el peso del fuego y la certeza de una pérdida que va a marcar su futuro para siempre.

La doctora Kinsley se queda ahí un momento, inmóvil, con las manos aún cubiertas de sangre y la bata arrugada. La observa alejarse, sin intentar detenerla. Mira hacia el pasillo, hacia el caos controlado de la sala de trauma, donde cada movimiento es urgente y cada gesto contiene una historia que no siempre se contará.

Otra noche más donde los héroes han perdido su capa.

Capítulo 3

La doctora Lara Kinsley camina por las calles húmedas de Chicago, donde el eco de sus pasos se mezcla con el rumor distante del tráfico nocturno. El turno en el hospital ha sido un torbellino de urgencias, con el constante cúmulo de decisiones que han podido marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Ahora, bien entrada la madrugada, el agotamiento se filtra en sus huesos como una niebla fría, pero en su mente persiste el caos, un remolino de imágenes que no la deja en paz. Decide desviarse hacia el bar donde Maddie trabaja, un refugio donde el licor le promete un breve respiro.

Maddie Bouchard, con su presencia magnética y esa sonrisa pícara que siempre parece ocultar un secreto, la recibe detrás de la barra. A sus treinta y tres años, Maddie es un torbellino de energía capaz de contagiar hasta el alma más débil. Tiene el pelo corto y castaño claro, rozándole apenas los hombros, y este enmarca un rostro marcado por un piercing plateado en el lado izquierdo de la nariz, mientras que sus brazos revelan tatuajes intrincados que narran historias de rebeldía y pasión. Es la vecina de Lara, esa amiga con derechos que de vez en cuando, llena el vacío de su vida más allá del

hospital. Mientras Maddie le sirve un whisky a Lara, observa sus ojos oscuros, nublados por el cansancio, pero no hace más preguntas, solo la deja estar en su propia paz.

Cuando el bar cierra, Maddie no duda en ir con ella a casa. Al llegar al edificio, suben las escaleras en silencio, pero hay una tensión palpable, una chispa que recorre el cuerpo de las dos mujeres. Nada más cruzar la puerta del apartamento de Lara, Maddie cierra despacio y se vuelve hacia ella, con los ojos brillando en deseo.

—Déjame quitarte ese malestar, anda… —murmura Maddie con voz ronca, mientras sus manos se posan en los hombros de Lara, deslizando la chaqueta con una lentitud deliberada.

Lara siente un escalofrío recorrer su espalda, no solo por el frío que se filtra desde la ventana entreabierta que siempre deja en casa para que se airee, sino por la promesa implícita en esas palabras. Piensa en cómo Maddie siempre parece leer sus necesidades antes de que ella misma las formule, como si sus cuerpos ya hablaran un lenguaje propio. El apartamento, con sus paredes pintadas en tonos suaves de gris y el aroma persistente a vainilla de las velas que Lara enciende en sus noches solitarias, se convierte en testigo de esa liberación.

Maddie la guía hacia el dormitorio, y Lara se deja llevar, permitiendo que el peso del día se disipe por completo.

En el dormitorio, iluminado apenas por la luz ámbar de una lámpara de mesita, Maddie empuja suavemente a Lara contra el borde de la cama. Sus dedos hábiles desabrochan los botones de la blusa de Lara, revelando la piel pálida y sensible que hay debajo. Lara observa cómo los tatuajes de Maddie —una serpiente enroscada en su antebrazo, flores entrelazadas en su clavícula, entre muchos más…— se mueven con fluidez, como si cobraran vida bajo la luz tenue. El aire se impregna con el olor a rosas del perfume de Maddie, mezclado con el sutil aroma a hospital que aún impregna la ropa de Lara.

Maddie se arrodilla ante ella, y sus labios rozan la cara interna de un muslo, donde el tacto es tan delicado que cada beso envía ondas de placer hacia el vientre de la mujer. Lara cierra los ojos por un instante, sintiendo cómo el malestar del turno se transforma en una necesidad de olvidarse del mundo, un anhelo que Maddie despierta con maestría. Los labios de ella ascienden poco a poco, primero por el muslo, luego en la curva de su cadera, donde Maddie deja un pequeño mordisco. Después sube hacia el vientre de Lara, lamiendo su piel, y finalmente llega a su pecho, mientras sus manos terminan de desnudarla.

Maddie se coloca de rodillas entre las piernas de Lara, que yace recostada en la cama con el pelo castaño largo desparramado como un halo desordenado sobre las sábanas blancas. Lara levanta una ceja, a punto de preguntar qué pasa, qué ve en ella que la hace detenerse. Pero en ese momento, decide acallar el ruido en su mente —el eco de las alarmas hospitalarias, las dudas que la asaltan en la soledad— sumergiéndose en los labios de Maddie y en la calidez de su cuerpo.

Las manos de Maddie recorren las caderas de Lara, trazando patrones invisibles que hacen que su piel se erice.

—Pienso conseguir que te olvides de todo —le repite Maddie, y su aliento cálido eriza la piel de Lara.

Lara extiende una mano para acariciar el pelo corto de Maddie, sintiendo la textura áspera bajo sus dedos, y tira suavemente para atraerla más cerca.

—No pares —responde Lara, con la voz temblándole—. Y cállate de una vez.

Sus labios se encuentran en un beso que pronto se intensifica, lenguas entrelazadas en un baile que sabe a whisky. Maddie se incorpora ligeramente, y sus manos bajan por el cuerpo de Lara hasta llegar a su coño, donde el calor se acumula como una tormenta

inminente. Lara arquea la espalda, y un gemido se escapa de sus labios, mientras piensa en cómo Maddie siempre sabe exactamente dónde tocarla, como si sus cuerpos estuvieran sincronizados a la perfección.

Maddie se aparta un momento —despertando las protestas de Lara—, alcanzando la mesita de noche de donde saca un vibrador negro, elegante y curvado, que brilla bajo la luz tenue de la lámpara.

Lo enciende y Lara siente un escalofrío.

Maddie posiciona el vibrador en la entrada de Lara, rozándola apenas. Lara jadea, y sus manos se aferran a las sábanas, mientras Maddie lo introduce lentamente, observando cada reacción en su rostro: sus ojos cerrándose, la boca entreabierta exhalando gemidos. Maddie mete y saca el juguete, intensificando el placer.

Lara siente oleadas de calor ascendiendo desde su vientre, expandiéndose hacia sus extremidades. Maddie, con sus tatuajes que parecen danzar al ritmo de sus movimientos, se inclina para besar el cuello de ella, lamiendo la piel salada por el sudor incipiente.

—Dime qué sientes —murmura Maddie contra su oreja.

—Me… encanta —responde Lara, mordiéndose el labio inferior unos segundos—. No pares, por favor.

Maddie acelera el ritmo y aumenta la intensidad del vibrador, mientras su otra mano explora el pecho de Lara, pellizcando suavemente un pezón endurecido. La mujer se retuerce, y sus caderas se elevan para encontrarse con cada embestida, mientras un gemido profundo escapa de su garganta.

Cambian de posición con rapidez; Lara se incorpora para besar a Maddie con urgencia, y sus manos recorren los tatuajes de la espalda de ella, sintiendo los músculos tensos bajo su tacto. Maddie retira el vibrador por un instante, solo para colocarse encima de Lara y poco después, vuelve a introducir el juguete, esta vez mientras sus labios capturan los de Lara en un beso desesperado.

El clímax se acerca como una ola inevitable, pero Maddie lo atrasa con maestría, ajustando el ritmo del juguete para que las vibraciones se alternen entre suaves pulsaciones y ráfagas intensas que hacen que el cuerpo de Lara se tense. Sus caderas se mueven en sincronía, un vaivén que introduce el juguete en su interior con más intensidad, rozando puntos sensibles que envían descargas eléctricas a lo largo de su cuerpo. El sudor perla su frente y la humedad entre las piernas de Lara aumenta, extendiéndose por sus muslos, mientras el vibrador acaricia sus paredes internas, provocando contracciones involuntarias que recorren su cuerpo.

Maddie rompe el beso por un instante, y clava la mirada en Lara, oscura y nublada por el placer. Baja la cabeza para capturar un pezón con su boca, succionando a placer, mientras su mano libre acaricia el otro pecho de Lara, trazando círculos con el pulgar que endurecen su piel sensible. Lara arquea la espalda, empujando sus senos hacia esa boca hambrienta, y un gemido ronco escapa de su garganta, reverberando en el aire.

El calor de la lengua de Maddie envuelve su pezón.

—Joder, Maddie, me estás volviendo loca —susurra Lara, con la voz entrecortada por los jadeos, mientras sus dedos se clavan en la espalda de Maddie.

Maddie levanta la vista, y una sonrisa traviesa curva su boca antes de responder.

Vuelven a besarse, esta vez con sus lenguas explorándose con avidez mientras Maddie aumenta la velocidad del vibrador, introduciéndolo y retirándolo en embestidas deliberadas que imitan el ritmo de su cuerpo. Las piernas de Lara se abren más, envolviendo las caderas de Maddie.

Maddie percibe en los temblores del cuerpo de Lara que está al borde del orgasmo, y entonces desliza una mano entre ellas,

encontrando su clítoris hinchado y comenzando a frotarlo en círculos precisos, sincronizados con las vibraciones del vibrador. El doble estímulo es abrumador para Lara: el vibrador la llenan por dentro, y los dedos de Maddie avivan el fuego exterior logrando que su clítoris palpite bajo el tacto de ella. Lara siente el orgasmo aproximarse como una marea imparable, y su visión se nubla de repente.

—No puedo... aguanto más —gime Lara, y sus uñas arañan la piel de Maddie, dejando marcas rojas que destacan en la espalda tatuada, mientras sus músculos se tensan y sus caderas se elevan involuntariamente.

—Córrete —responde Maddie, mientras acelera los movimientos —. Quiero sentir cómo te corres para mí, quiero oírte gritar.

Las palabras actúan como un detonante. El cuerpo de Lara se tensa, y una oleada de placer la recorre, mientras sus fluidos se derraman alrededor del vibrador. Maddie no se detiene inmediatamente; prolonga el orgasmo, extrayendo cada última gota de placer hasta que Lara tiembla incontrolablemente, con el sudor enfriándose en su piel expuesta.

Retira el vibrador con cuidado, colocándolo a un lado, y se posiciona sobre Lara, para frotarse contra el muslo de ella, en

movimientos urgentes. Maddie cierra los ojos, mordiéndose el labio mientras persigue su liberación, con sus caderas moviéndose en un ritmo instintivo que hace que su clítoris se deslice sobre la piel resbaladiza de Lara.

Lara, aún recuperándose, lleva las manos para acariciar los senos de Maddie, pellizcando los pezones endurecidos con los dedos temblorosos.

Con un gemido ahogado, Maddie llega al orgasmo, y su cuerpo convulsiona contra el de Lara. Después, permanecen así durante minutos que parecen eternos.

Lara acaricia el pelo corto de Maddie, sintiendo la textura familiar bajo sus dedos, mientras el pulso en su cuello late con fuerza. Maddie levanta la cabeza ligeramente, besando la clavícula de Lara con labios suaves que dejan un rastro húmedo sobre su piel.

—Eres increíble —susurra Maddie.

Lara sonríe débilmente, pero incluso en esta quietud, Lara Kinsley sabe que esto es solo un respiro. Que el mundo exterior espera, con sus demandas y sus sombras, pero por ahora, en los brazos de Maddie, se permite soñar con permanecer, así, en silencio. Hasta que la realidad se imponga de nuevo.

Capítulo 4

El cielo de Chicago se ha vestido de gris. Un viento frío y cruel recorre el cementerio, arrastrando las hojas secas entre las lápidas, como si el otoño se hubiera quedado atrapado allí, resistiéndose a marcharse. Cassandra Sullivan permanece inmóvil frente al féretro cubierto por la bandera del departamento de bomberos. Las cintas rojas y doradas ondean levemente, igual que las llamas del fuego que no consigue apagarse en su cabeza. La multitud se ha reunido en silencio a la Estación 51: la familia de Lauren, compañeros uniformados, médicos, paramédicos y algunos rostros familiares que se confunden entre la lluvia fina que empieza a caer.

Lauren descansa delante de ellos, en esa caja que parece demasiado pequeña para contener todo lo que esa mujer fue en vida: esa risa contagiosa, las bromas, el coraje sin alardes que tenía cada vez que se enfrentaba al fuego. Cassandra no logra apartar la vista. Siente un peso enorme en el pecho que no se alivia ni con la respiración controlada que intenta mantener desde que amaneció. Lleva dos noches sin dormir. Cada vez que Cassandra cierra los ojos, ve la

explosión, el humo, el pitido que todavía resuena en su cabeza como un recordatorio cruel de todo lo que hizo mal.

El sonido de las botas sobre la grava anuncia que el capitán Raimond Richards se acerca. Este se coloca a su lado, y deja una mano firme sobre su hombro, un gesto breve, pero cargado de significado. No le dice nada. Ninguno lo hace. No hay consuelo posible entre quienes saben lo que significa perder a uno de los suyos.

Cuando el sacerdote pronuncia las últimas palabras, Cassandra se obliga a mantener la mirada al frente. Las gotas de lluvia se deslizan por su rostro sin que sepa distinguir cuáles llegan del cielo y cuáles son sus lágrimas. Los compañeros de la Estación 51 forman una línea perfecta. Eliana, Kimberly, Tasha, Gabe… todos están de pie, en silencio, con el casco en la mano. La sirena de un camión suena a lo lejos, un sonido que siempre había significado vida y rescate, pero que hoy solo suena a despedida.

Cuando el funeral termina, la multitud se dispersa poco a poco. Pero Cassandra sigue en el mismo sitio, sin moverse. Kimberly se le acerca, y le ofrece un gesto de cariño y preocupación.

—Cass… —empieza a decirle, pero se detiene cuando ve el estado de su amiga.

—Estoy bien —responde Cassandra, con un tono de voz que suena hueco incluso para ella.

Kimberly no insiste. Sabe que es mentira, pero también sabe cuándo no sirve de nada hablar. Le aprieta el brazo con suavidad y se aleja unos pasos, dándole espacio.

El viento arrecia. Cassandra Sullivan observa cómo los operarios terminan de cubrir el ataúd con tierra. El sonido es un golpe doloroso contra su pecho, un dolor que no puede soportar. En su cabeza repite las órdenes que dio aquella noche: «Entrad por el ala oeste. Revisad las habitaciones. No os separéis de vuestro binomio», decisiones que fueron una trampa mortal para Lauren Price.

El ruido de la tierra cesa, pero el interno, no. El capitán Richards se le aproxima de nuevo, con el ceño fruncido y la voz grave.

—Tienes que tomarte unos días —le comunica sin rodeos.

—No necesito tomarme ningún día libre —responde ella, sin apartar la mirada del suelo.

—Sí lo necesitas. Y no solo por tus heridas. No has dormido, no has comido, y sé que apenas puedes caminar con normalidad. Así que no intentes suavizar cómo te encuentras.

—Estoy bien —repite ella, aunque la rigidez en su voz apenas disimula que cada músculo le duele hasta la extenuación.

Richards suspira, cansado.

—No me obligues a suspenderte, Sullivan. La estación no se moverá de aquí. Necesito que vuelvas cuando estés en condiciones, no porque te sientas culpable y quieras quitarte ese malestar con el trabajo.

Cassandra levanta la vista. La mirada que la mujer le lanza a su capitán, es un reflejo de lo que contiene en su interior: ira, vergüenza, impotencia.

—No fue culpa mía, ¿verdad? —pregunta, profundamente dolida.

Richards apenas tarda un segundo en responder.

—Sabes que no.

—Entonces déjame trabajar.

El capitán la observa, en silencio. Durante un segundo parece dudar, pero su tono se endurece.

—Acude a los controles médicos, a tu evaluación psicológica obligatoria, y después hablamos —sentencia—. Hasta entonces, estás fuera de la línea del fuego.

Cassandra siente cómo la rabia le sube por la garganta antes de poder contenerla. Da un paso atrás, aprieta los puños, y sin pensarlo, lanza el casco contra el suelo.

Antes de marcharse, Cassandra se encuentra con varios de sus compañeros que la miran sin atreverse a decir nada. Eli baja la vista, incómoda; Tasha se cruza de brazos; Kimberly la sigue con la mirada, preocupada. Cassandra no dice una palabra. Abandona ese lugar y se mete en su coche sin pensar. Tampoco debería de conducir, pero ya nada le importa.

Chicago no le ofrece ningún consuelo. Las calles están húmedas, el tráfico retumba contra las fachadas, y los cláxones atraviesan el aire a toda prisa. Cada sonido es un recordatorio de lo viva que sigue estando, y lo injusto que eso le parece. Le duele el cuerpo, pero se niega a tomar los calmantes que le recetaron. Su madre murió por eso, por pastillas que prometían apagar tu cabeza y solo trajeron dependencia y olvido.

Cassandra no quiere adormecerse. Prefiere sentir el dolor antes que el vacío.

Deja el coche en una calle cualquiera y camina, sin mirar a dónde va. Solo deja que sus pasos la lleven lejos de todo. El abrigo empapado le pesa sobre los hombros, y el viento le enreda el pelo mojado en la

cara. Las luces de los semáforos se reflejan en el asfalto como brasas dispersas. Después de un rato, sin saber cómo, se encuentra frente a un bar, pequeño y discreto.

Entra. El olor a madera y alcohol la envuelve. Se sienta en una mesa apartada, donde las sombras son más profundas. La camarera, una mujer joven de pelo corto y tatuada, le sirve una copa sin hacer preguntas. Solo deja el vaso frente a ella, con un gesto amable.

El vodka le arde en la garganta al primer sorbo. Cierra los ojos y respira hondo, dejando que ese calor le apague el temblor de las manos. El móvil vibra sobre la mesa, y lo mira de vez en cuando. Es su padre. Mensajes, llamadas, notificaciones… «Solo quiero saber si estás bien, Cass.» Pero no le contesta, porque en realidad, no sabría qué decirle.

El tiempo pasa lento. Afuera, la lluvia se ha intensificado y las luces de la ciudad se deforman en el cristal de la ventana. Cassandra se pierde en ese reflejo: en su propio rostro demacrado, con la piel marcada por el cansancio, las ojeras profundas, los labios secos. Apenas se reconoce.

Cuando el reloj marca la llegada de la noche, recibe un mensaje de Kimberly: «¿Dónde estás?» Cassandra duda unos segundos antes de

responder. «En el bar de la 8ª, esquina con Halsted.» Y su mejor amiga no tarda en llegar.

La puerta se abre media hora después, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Cassandra levanta la vista. Kimberly entra primero, con el pelo aún húmedo por la lluvia, y tras ella, para su sorpresa, aparece la doctora que la atendió en el hospital.

Cassandra Sullivan nunca olvida una cara. También tiene muy claro que esa mujer es la que debe estar a cargo de la evolución de sus heridas.

La doctora se sacude la chaqueta, y saluda con una sonrisa cálida a la camarera que está detrás de la barra, sentándose delante de ella. Después, se ríe por algo que esta le dice, y ese sonido atraviesa el murmullo del local con una suavidad que Cassandra no esperaba.

Kimberly la localiza y se acerca a su mesa, después la observa con detenimiento, y luego pide una copa para ella.

—No has descansado nada, ¿verdad?

Cassandra no responde. Solo bebe otro sorbo de su copa.

—No puedes seguir así, Cass —le advierte Kimberly. «También va a empezar con su discurso»—. No fue culpa tuya.

—Yo di las órdenes, ella las siguió. Y ahora Lauren está muerta —responde con una calma que no encaja con la violencia de sus palabras —. ¿Cómo puedes decir que no es culpa mía?

—Todos conocemos el riesgo de nuestra profesión. Lauren también. No había nada que pudieras haber hecho diferente.

—Siempre hay algo que se puede hacer diferente. —Cassandra aprieta el vaso entre los dedos—. Una orden más clara, un segundo menos de duda…

Kimberly suspira. La conoce demasiado bien como para intentar sacarle ese pensamiento de la cabeza.

—No deberías cargar con ese peso —le repite, y entierra la boca en su bebida.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Olvidarme? ¿Seguir con mi vida como si nada?

—No. Pero tampoco puedes permitir que eso te consuma. Eres buena en tu trabajo, la mejor teniente que he tenido. Y un incendio que fue mal, no va a hacer que cambie de opinión. La 51 te necesita, y estoy segura de que tú también necesitas a la 51.

El bar está medio vacío, la música suena baja, y el olor a lluvia se cuela por la puerta. Cassandra observa el líquido transparente de su

copa y siente el vértigo de estar viva cuando no debería. Kimberly se inclina hacia ella.

—Ven a casa esta noche. No quiero que estés sola.

—No necesito que me cuides.

—No se trata de eso. Solo… —Kimberly suspira y la mira—, ven. Te vendrá bien un buen desayuno cuando despiertes. Mañana no tengo turno.

Cassandra la observa en silencio. Hay algo en la voz de Kimberly que le recuerda los años compartidos en la estación, las risas en medio del cansancio, la confianza que siempre se han tenido. No ha habido momento en que no se hayan cuidado. Debe dejarse cuidar, por mucho que no quiera.

Finalmente asiente, sin decir nada más.

Cuando se levantan para irse, Cassandra siente la punzada del dolor en la pierna y en el hombro, pero no se queja. Se coloca la chaqueta, deja unos billetes sobre la mesa y, antes de salir, echa un último vistazo hacia la barra.

La doctora sigue allí, con el pelo suelto, recogiendo un mechón que se le ha deslizado sobre la mejilla. La luz cálida del bar resalta el

contorno de su rostro, y por un momento, el ruido del lugar parece apagarse.

Después, sale al frío de la madrugada junto a Kimberly, y ninguna dice nada durante un buen trecho. Chicago sigue rugiendo a su alrededor, indiferente al dolor que cargan en su interior, pero Cassandra debe reconocer, que estar al lado de su mejor amiga, la hace sentir que el aire no quema tanto en sus pulmones, por mucho que el recuerdo nunca se vaya a marchar.

Capítulo 5

El hospital se abre paso ante ella con el murmullo constante de los monitores, las ruedas de las camillas deslizándose sobre el suelo y el olor estéril que se mezcla con el del café recién hecho de las salas de descanso. Lara Kinsley camina por el pasillo con el pelo recogido, una carpeta bajo el brazo y la bata ligeramente arrugada por las horas acumuladas de trabajo. Son las ocho de la mañana y ya ha revisado a tres pacientes antes de su segunda taza de café. No necesita mirar el reloj para saber que el día será largo; lo siente en el cuerpo, en esa tensión sutil que se instala entre los músculos de sus omóplatos.

Sus internos asignados la siguen a paso rápido, tomando notas, revisando los monitores, respondiendo a preguntas antes de que ella las formule. Lara los escucha con atención y enseguida les asigna su trabajo para el día. El hospital tiene su propio ritmo, un latido constante que ella ha aprendido a seguir muy rápido desde que llegó. No hay margen para el error, y menos aún para dejar ver el cansancio que se acumula en sus hombros.

Cuando llega a la última habitación del pasillo, ve en la cama a un hombre de unos treinta años que sonríe débilmente al verla entrar.

Tiene el brazo derecho en cabestrillo por una fractura humeral cerrada y reducida en quirófano, y una cicatriz fresca en la línea media abdominal, recuerdo de la laparotomía que Lara dirigió tres noches atrás. Lo trajeron casi sin vida, y ella consiguió salvarle la vida.

—Buenos días, señor Cameron —saluda Lara, acercándose a la cama.

—Doctora… —responde él, con voz ronca pero viva—. Ayer dijeron que quizá podría irme pronto.

—No se entusiasme todavía —le advierte Lara con una sonrisa leve—. Primero vamos a ver si el drenaje se mantiene limpio y la fiebre no regresa. Pero sí, si todo sigue así, pronto podrá marcharse.

El paciente asiente, y Lara anota algo en la carpeta. Al salir, su sonrisa persiste un instante más de lo habitual. Esos pequeños triunfos son los que la mantienen en pie, los que le recuerdan por qué hace lo que hace, aunque el resto del mundo se desmorone a su alrededor.

A mediodía, cuando el reloj marca casi las doce, recuerda su cita con su hermana en la cafetería del hospital. No la ve desde hace semanas. Ambas viven en horarios opuestos, cruzándose apenas entre sus turnos y responsabilidades. Lara se promete a sí misma que esta vez no lo va a cancelar. Pero el pensamiento dura poco.

Un sonido familiar rompe la calma aparente del pasillo cuando escucha las ruedas de una camilla entrando a toda prisa por la puerta de urgencias. La voz del personal resuena entre el eco de pasos apresurados.

—Varón, treinta y cinco años, accidente de tráfico, trauma craneoencefálico grave, hipotenso, Glasgow 3, sin respuesta a estímulos verbales ni dolorosos.

Lara deja la carpeta en el mostrador y se une al equipo sin pensarlo. Su cuerpo actúa antes que la mente. El paciente llega cubierto de sangre, con la camisa rota y un cinturón de seguridad todavía colgando del torso.

—Preparad intubación endotraqueal. Iniciad perfusión de cristaloides, 2 litros de suero salino. Si no responde, noradrenalina 0,05. Quiero una vía central ya. —Su voz es firme, sin ningún tipo de vacilación.

Una enfermera le ayuda a ponerse los guantes, y en segundos, Lara ya está junto al monitor, comprobando el ritmo cardíaco. Taquicardia sinusal a 120 lpm, irregular. La piel del hombre está fría, grisácea, con sudoración profusa.

—No me gusta ese color —murmura entre dientes, mientras realiza la exposición completa y palpa el abdomen—. Quiero el ecógrafo. ¡Para ya!

El residente se lo entrega con manos temblorosas. Lara se concentra en la pantalla, hay líquido libre en la cavidad peritoneal, probable hemoperitoneo por lesión esplénica o hepática.

—Mierda… —murmura—. Hay hemorragia masiva. Cuatro unidades de plasma y una de plaquetas. Vamos al quirófano, ahora. No tenemos tiempo para un TAC.

La camilla avanza a toda velocidad. El pasillo se convierte en un túnel de luces y movimiento. Lara camina a su lado, sujetando la bolsa de suero, observando cada cifra en el monitor portátil; no tiene buena pinta y lo sabe. Cuando entran en quirófano, el equipo ya está preparado. Los movimientos se vuelven automáticos, precisos, un lenguaje compartido que no necesita de más.

Pero la hemorragia es letal, y a pesar de sus esfuerzos, el cuerpo del hombre no resiste la intervención. Los latidos en el monitor comienzan a espaciarse —bradicardia progresiva—, el pitido se vuelve irregular, intermitente. Lara dirige las compresiones torácicas externas, administra adrenalina e insiste con la ventilación.

—Vamos, no te rindas… —susurra entre respiraciones agitadas—. No te atrevas a rendirte, joder.

Pero el monitor emite el sonido continuo que ella más odia, y la línea plana se mantiene durante un buen rato.

—Hora de la muerte: 12:48 —anuncia el anestesista con voz baja, tras verificar la ausencia de pulso y actividad durante unos minutos.

Lara se queda inmóvil un segundo, con los guantes manchados de sangre, y la respiración agitada. Después, sin mirar a nadie, se aparta de la mesa. Se quita los guantes con un gesto brusco y los arroja al cubo. La rabia la golpea con fuerza, no por la muerte en sí —ha aprendido a vivir con ello—, sino por la impotencia que siempre se abre paso dentro de ella.

Sale al pasillo y se apoya en la pared, deja caer la cabeza contra el frío y cierra los ojos. La sensación del látex en la piel aún la acompaña, igual que el olor del quirófano que se le ha adherido a la ropa. Respira despacio. No hay tiempo para romperse, pero a veces el cuerpo no obedece.

Hasta que una voz interrumpe su silencio.

—Doctora Kinsley. —Es una de sus internas, una chica joven de mirada nerviosa—. Hay una mujer que pregunta por usted. Con mucha

insistencia.

—¿Quién es?

—No ha querido decirlo. Pero parece… —la interna duda, como si temiera cabrearla con sus palabras—. Urgente.

Lara se endereza, aún con el gesto cansado, y camina hacia el vestíbulo. La luz natural entra por los ventanales y dibuja sombras sobre el suelo. Allí, de pie junto al mostrador de recepción, está la teniente Cassandra Sullivan.

La reconoce de inmediato. Su porte, incluso agotado, sigue teniendo esa mezcla de autoridad y desorden que solo tienen los que viven entre el fuego. Su pelo oscuro cae sobre los hombros en mechones desordenados, y las ojeras marcan su piel como si no hubiera dormido desde que la conoció. Hay una rigidez en su postura, pero también una leve cojera que no consigue disimular.

—Cassandra… —dice Lara, acercándose—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito que me ayudes a volver al trabajo —responde Cassandra, sin rodeos ni saludarla siquiera.

Su voz suena áspera y rota, como si llevara demasiado tiempo contenida.

Lara alza una ceja.

—¿Perdón?

—Necesito que me firmes el alta médica.

Lara la observa unos segundos sin poder creer que esté dándole órdenes después de la puta mañana que ha tenido; tratando de descifrar qué hay detrás de esa mirada obstinada. Hay cansancio, sí, pero también una urgencia que roza la desesperación. Sin decir nada, le hace un gesto para que la siga.

—Ven conmigo.

La conduce a una sala de exploración vacía. Dentro, el silencio es casi tangible. Lara enciende la lámpara y le indica que se siente en la camilla. Cassandra obedece, sin quitarse la chaqueta.

—Tendrás que dejarme ver el tobillo —dice Lara, con tono clínico.

Cassandra suspira, visiblemente irritada, pero se desata la bota. El vendaje que cubre la articulación está sucio, flojo, mal colocado. Lara lo retira con cuidado, observando la inflamación que todavía persiste.

—¿Desde cuándo no apoyas bien el pie?

—Estoy mejor —insiste Cassandra.

—Pues a mí no me lo parece. —Lara le palpa la zona con suavidad —. Te duele, ¿verdad?

—Un poco.

No hace falta que lo diga; el leve temblor del músculo la delata por mucho que Cassandra intente ocultarlo. Lara continúa el examen en silencio. Luego le revisa el hombro, donde aún se distinguen los hematomas de la caída y una quemadura superficial. El tacto de Lara se mezcla con una incomodidad que no sabe explicar. No es por compasión, pero algo en la vulnerabilidad de Cassandra hace que la observe más de lo debido.

Cuando termina, se levanta, da un paso atrás y la mira, cruzándose de brazos.

—Necesitas al menos dos semanas más de recuperación. No puedo permitir que vuelvas a trabajar en este estado.

Cassandra la observa, con los ojos oscuros encendidos por la frustración.

—Pues invéntate la manera.

Lara levanta una ceja, pero no rompe su postura.

—Lo siento, pero no voy a ir en contra de lo que debo hacer. —Su voz no tiembla ni un poco.

Cassandra le sostiene la mirada. Hay electricidad entre ellas. Lara siente la necesidad de decir algo más, de traspasar esa barrera de

obstinación que Cassandra ha construido, pero se contiene.

Se gira y camina hacia la puerta, pero antes de salir se gira.

—Seguro que ya te lo han dicho, pero deberías buscar ayuda.

Y sin añadir nada más, sale de la sala dejando a Cassandra a solas.

*

—No sé qué se ha creído esa mujer —protesta Lara, dejando el tenedor con más fuerza de la necesaria sobre la bandeja. El ruido resuena entre las mesas casi vacías de la cafetería del hospital.

Por fin ha conseguido sentarse a comer con su hermana. Caroline la observa con expresión divertida, removiendo el puré insípido del menú. El guiso del día es un amasijo de verduras blandas y carne sin sabor, y la sopa tiene un tono indefinido entre gris y amarillento. Aun así, Lara agradece el momento. No importa lo que haya en el plato, sino la compañía frente a ella.

—¿Qué mujer? —pregunta Caroline, alzando una ceja.

—Una teniente del cuerpo de bomberos. Ha venido a exigirme, literalmente, que la autorice para volver al trabajo, cuando apenas puede caminar.

—Suena encantadora. —La ironía de Caroline es tan evidente como su sonrisa.

Lara suspira y se pasa una mano por la frente, intentando deshacer la tensión que todavía arrastra por el incómodo encuentro.

—Encantadora no es la palabra. Más bien orgullosa, testaruda, impulsiva… No sé, parece de esas personas que confunden la fortaleza con la negación del dolor. Una de sus compañeras murió, y supongo que por eso quiere volver al trabajo —le cuenta Lara a su hermana—. Pero yo no puedo permitirlo.

Caroline la mira con ese brillo en los ojos que siempre aparece cuando su hermana mayor se deja llevar por el carácter.

—Supongo que debe de ser difícil para ella —dice, esta vez sin sarcasmo—. Haber perdido a alguien de su unidad. Debe sentirse fatal.

Lara se queda en silencio unos segundos, sosteniendo el tenedor a medio camino. No había pensado en eso con tanto detalle. Lo vio en la mirada de Cassandra, en esa forma de contenerse como si estuviera a punto de romperse, pero esa noche, no se permitió entrar demasiado en su mente. No podía. Si empezaba a empatizar con cada paciente, ella misma acabaría desmoronándose.

Suspira y asiente.

—Puede ser. Pero eso no justifica que venga a mi hospital a darme órdenes.

Le da un bocado a la carne y se obliga a cambiar de tema.

—En fin, dime qué tal te ha ido el trabajo a ti. Cuéntame algo que no tenga que ver con heridas abiertas o huesos rotos.

La expresión de Caroline se ilumina al instante. Apoya los codos en la mesa y sonríe con entusiasmo.

—He conseguido un encargo con una revista de viajes. Quieren que fotografíe pequeñas comunidades rurales que están recuperando oficios antiguos. Cerámica, tejido, carpintería artesanal… imagina los colores, la luz, las manos de la gente trabajando. Será precioso, Lara.

Los ojos de Caroline se encienden cuando habla de lo que ama. Lara la observa con una mezcla de ternura y orgullo. Esa pasión desbordante, esa libertad casi imprudente, siempre la han diferenciado. Mientras Lara mide cada paso y cada palabra, su hermana parece vivir con las manos abiertas, dispuesta a tocarlo todo.

—Eso suena increíble —dice Lara, con una sonrisa sincera en los labios—. De verdad, me alegra muchísimo que hayas encontrado algo que te haga sentir así.

Caroline se encoge de hombros, sonriendo.

—No sé si es exactamente «encontrar». Creo que más bien he decidido no seguir haciendo cosas que no me llenan. Ya sabes cómo son papá y mamá. —Hace una mueca divertida—. Para ellos, el éxito tiene una sola forma: título, horarios imposibles y una nómina a principios de mes.

Lara se ríe, porque ella podría ser el ejemplo. Aunque en realidad, ama su trabajo de verdad.

—Bueno, no les falta razón en que la estabilidad es importante.

—Sí, pero también lo es despertarse por la mañana y no sentir que estás en una jaula.

Lara la mira con cierta melancolía.

—No sabes cuánto te envidio a veces.

—¿A mí? —Caroline ríe entre bocados—. Pero si tú eres la que salva vidas cada día.

—Sí, pero tú vives la tuya al máximo —responde Lara con una calma que sorprende incluso a ella misma—. Yo no tengo tiempo ni de respirar.

—Al menos echas buenos polvos con Maddie —le dice, y Lara está a punto de tirarle el tenedor.

Las risas llenan el ambiente. Durante unos segundos se quedan en silencio, solo el ruido de los cubiertos y las conversaciones lejanas llenan el aire. La rutina del hospital sigue girando a su alrededor: pasos rápidos, voces que anuncian nombres por megafonía. El mundo sigue su curso, ajeno a su pequeño respiro compartido.

Lara aparta el plato vacío y se recuesta en la silla. Está a punto de preguntar a Caroline por su pareja, por el viaje que planeaban hacer juntas, cuando algo capta su atención al otro lado del ventanal. Entre la luz blanca de la tarde, una figura familiar camina hacia el aparcamiento del hospital.

Lara reconoce a Cassandra Sullivan, incluso a distancia. La rigidez en su andar, la forma en que su cuerpo intenta ocultar la cojera, el modo en que su pelo oscuro se mueve con el viento. Lleva el rostro tenso, la mandíbula apretada, como si estuviera luchando contra el dolor y contra sí misma al mismo tiempo.

Sin pensarlo, Lara se pone en pie.

—Espérame, no te vayas —murmura, más para sí que para su hermana, y sale de la cafetería con el corazón acelerado.

—¿Lara? —le grita Caroline, sorprendida—. ¿Dónde vas?

Pero Lara ya no la oye. La doctora atraviesa la puerta, sintiendo el cambio brusco del aire al salir. Cassandra ya está a unos metros, abriendo la puerta de su coche.

—¡Cassandra, espera! —grita Lara, sin estar segura de qué pretende exactamente. La teniente se gira, sorprendida, con una mano en la puerta. Su expresión cambia apenas al reconocerla.

—¿Qué quieres ahora? —pregunta, cansada.

Lara se detiene frente a ella, respirando con dificultad.

—No deberías conducir así. Apenas puedes apoyar el pie.

—¿También vas a decirme lo que tengo que hacer con mi vida? —replica Cassandra, y la dureza en su voz es como una pared que se levanta entre ambas.

Lara siente una punzada de frustración. No entiende por qué le importa tanto. Podría dejarla marchar, podría volver a su comida y a la conversación con su hermana, pero no lo hace. Hay algo en la mirada de esa mujer que la impulsa a actuar, a intentar cuidar de ella.

—No estoy intentando controlarte —responde Lara, con tono sereno—. Pero si de verdad quieres volver al trabajo, deberías empezar por cuidarte. No puedes salvar a nadie si no puedes mantenerte en pie.

Cassandra la observa en silencio. La lluvia comienza a caer en gotas finas que resbalan por el parabrisas. Su respiración se vuelve más lenta, y por un instante parece que va a responder con calma. Pero enseguida recupera esa coraza de autosuficiencia que tanto la caracteriza.

—Podré arreglármelas —dice simplemente, abriendo la puerta.

Lara aprieta los labios, intentando no dejar que la decepción se refleje en su rostro.

—Eso no lo dudo —aclara, sin apartar la mirada—. Pero no significa que tengas que hacerlo tú sola.

Cassandra se detiene un instante antes de entrar al coche. Luego cierra la puerta, arranca el motor y se aleja despacio. Lara se queda allí, de pie, con el corazón latiendo demasiado deprisa para algo que, en teoría, no debería afectarla tanto. La figura del coche desaparece al girar en la esquina, y solo entonces se da cuenta de que está empapada.

Suspira y se pasa una mano por la cara. No entiende del todo qué la ha impulsado a salir corriendo detrás de una mujer que apenas conoce. Quizá sea ese instinto de proteger a la gente, el mismo que la llevó a la medicina, o quizá algo menos racional.

No piensa preguntárselo.

Da media vuelta y regresa al interior del hospital. Caroline la espera junto a la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa entre divertida y curiosa.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

Lara se encoge de hombros, intentando restarle importancia.

—Nada. Solo esa paciente con más orgullo que sentido común.

Caroline alza una ceja, sin creérselo del todo.

—Ya. «Solo esa paciente», claro.

—Para tu información lo único que intento es evitar que cometa una tontería.

Caroline se ríe y acompaña a su hermana al interior del hospital. No le dice nada más. Pero en la mente de Lara, la imagen de Cassandra marchándose cojeando se le queda grabada, insistente, como una nota que resuena después de que la música haya terminado.

Capítulo 6

—Me han dicho que casi te peleas con una bombera —bromea Avery Quinn, dejándose caer en el sofá de la sala de descanso con una teatralidad exagerada y una sonrisa juguetona en los labios. Lleva todo el turno aguardando ese instante para pincharla.

Lara bufa y fulmina con la mirada a su compañera mientras se cambia la camiseta del uniforme.

—No te creas todo lo que oyes por los pasillos. Esto no es Chicago Med, y yo no tengo tiempo ni ganas de protagonizar un culebrón.

La luz artificial del techo parpadea un instante antes de estabilizarse. En la máquina de café, el goteo constante rompe el silencio intermitente. El turno agoniza, y el cansancio se adhiere a ellas como una segunda piel, pesando hasta en las pestañas.

Avery la escudriña con una sonrisa ladeada; siempre encuentra un placer especial en provocarla y darse cuenta de que tiene razón.

—Ya te acostumbrarás —murmura, encogiéndose de hombros sin perder el tono burlón—. Esa mujer es de armas tomar. Nunca pasa inadvertida.

Lara frunce el ceño.

—¿La conoces?

—No he tenido el placer de tratarla en persona, pero en este hospital todo el mundo ha oído hablar de la teniente Sullivan. La mayoría de los bomberos de la Estación 51 terminan aquí, y créeme: todos la mencionan con respeto... y un pellizco de temor.

Lara se cruza de brazos y entrecierra los ojos mientras el café llena las tazas con un aroma reconfortante.

—Pues en todos los meses que llevo aquí, nunca me la había cruzado.

—Porque te pasas la vida encerrada en el quirófano, y fuera de estas paredes tu única vida social consiste en acostarte con tu vecina. Imposible encontrarte con ella —replica Avery, alzando una ceja con descaro—. Tienes que salir más, Lara.

—Lo dice la que reparte sus favores y se acuesta con residentes e internos por igual —contraataca ella, serena, aunque una sonrisa traicionera se le escapa al instante.

Avery suelta una carcajada, satisfecha.

—Touché. Supongo que te deberé cambiar de gremio.

Lara toma su taza y le tiende la otra a su amiga. Antes de probarlo, el calor se filtra a través de sus dedos, y el primer sorbo le regala una ilusión de tregua, como si no estuviera a punto de derrumbarse allí mismo.

Se sientan una al lado de la otra. La sala de descanso es un cubículo aséptico, con paneles blancos en las paredes y una ventana alta que filtra el resplandor mortecino del atardecer, mezclado con las luces titilantes de la calle. El rumor del hospital se cuela amortiguado desde el pasillo, recordándoles que el silencio no es más que un alto efímero que acabará tarde o temprano.

—Lo único que pretendo es ayudarla —musita Lara, casi para sus adentros—. Entiendo que esté destrozada, pero...

Avery asiente con lentitud.

—Nadie puede comprenderlo del todo. Su compañera murió bajo sus órdenes. Y, por lo que he escuchado, estaban muy unidas. Ya sabes cómo va eso en una estación de bomberos: se convierten en familia. A veces, más que la de sangre.

Avery alza la taza en un brindis silencioso por la valiente bombera que perdió la vida.

—Pero escúchame bien: no te metas en líos con uniformadas. Una vez que lo haces... —silba, exagerando el gesto—, te complican la existencia.

—No será para tanto —repite Lara, escéptica, aunque una sombra de incertidumbre surca su rostro.

Avery la observa un segundo, como si quisiera descifrar algo que su amiga intenta ocultar.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente?

Lara se encoge de hombros, fingiendo indiferencia.

—Vino aquí cojeando, con un hombro lesionado, visiblemente agotada, y me exigió que la autorizara a volver al trabajo. Le expliqué que no estaba en condiciones de hacerlo. Nada más.

—Y, claro, no se lo tomó bien.

—No.

Tanto Lara como Avery beben de su café antes de volver a encontrar sus miradas.

—¿Y tú…? ¿Por qué lo rumias tanto?

Lara tarda unos segundos en responder.

—No estoy segura. No es que me molestara su actitud. Más bien… me recordó a una vieja amistad. Una policía que también perdió a alguien y que se escudó en el trabajo para seguir adelante. —Lara se encoge de hombros—. Créeme, esas cosas nunca acaban bien. La teniente Sullivan debería buscar ayuda, y eso es justo lo que le sugerí.

Lara deja la taza sobre la mesa y se recuesta contra el respaldo. La imagen de Cassandra irrumpe en su mente con una claridad perturbadora: el gesto endurecido, la respiración contenida, esos ojos claros, agotados, rebosantes de un dolor que trasciende lo físico. En ella late una tensión perpetua, una energía surgida de las profundidades, alimentada por la culpa y la rabia que sentía en su interior.

Una visión que la doctora Kinsley no consigue desterrar.

—Sé reconocer esas señales. Las vi en su mirada —prosigue, casi sin advertirlo—. Como si estuviera al borde del abismo, pero se negara a caer. No sé, si pudiera hacer algo más... Lo haría, te lo juro.

Avery deposita su taza y la mira con mayor intensidad.

—¿Pero qué se supone que puedes hacer exactamente?

Lara vacila. No quiere parecer ingenua, ni intensa, desde luego. Esa mujer es un huracán con uniforme. Tampoco puede ofrecer soluciones mágicas.

—No lo sé. Solo... —Se pasa una mano por el pelo, buscando las palabras precisas—. Solo sé que no me gustaría que acabara mal. Ya te lo he dicho.

Avery asiente despacio, captando el matiz sin necesidad de más explicaciones.

—Eso no implica que debas cargar con su peso. Ya te lo he advertido, es mejor que no te metas con uniformadas.

Lara sonríe y recupera su taza.

—Lo tendré presente. Tampoco es que quiera pedirle matrimonio —bromea.

Pero en su fuero interno discrepa de lo primero. Algo en Cassandra aviva un instinto que supera lo profesional: ese impulso irrefrenable de mitigar el sufrimiento ajeno —no solo el corporal—, de aproximarse lo suficiente para desentrañar la armadura y poder dar consuelo. «Un consuelo que ella no busca».

El reloj de pared marca las siete y media. El turno expira y el agotamiento se clava en cada músculo. Avery se despereza en el sofá, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Sabes qué necesitas? —le dice ella, sin abrir los ojos—. Un fin de semana lejos. Un lugar silencioso, sin quirófanos, sin pacientes, sin

bomberas obstinadas que te obsesionen...

Lara ríe y le lanza uno de los cojines.

—¿Y tú qué harías sin mí?

—Dormir —responde Avery, sonriendo sin moverse—. Y, probablemente, emborracharme.

—Esa es tu solución para todo.

—Y funciona. Créeme.

Por un instante, comparten un rato más de risas. Un paréntesis breve, pero auténtico, donde el trabajo se transmuta en un vínculo que con el tiempo se volvió inquebrantable. La charla podría concluir allí, pero la mente de Lara regresa inexorablemente a Cassandra, a su tono imperioso, a la exigencia de su voz: «Necesito que me firmes el alta médica».

Cierra los ojos un segundo, ansiando silenciar esa parte de su cerebro que lleva diseccionando su actitud todo el día.

—Lo que me gustaría saber es por qué la gente así nunca pide ayuda —comenta—. Solo la reclama cuando ya no puede más.

—Y, a menudo, cuando la recibe, también la rechaza —apostilla Avery, sin meditarlo mucho—. He visto cientos de casos.

Lara no lo rebate. Es verdad. Lo ha presenciado en pacientes, en colegas, incluso en su propio reflejo.

—Pero deberías curarte esa costumbre de querer salvar al mundo entero —añade Avery—. No todos lo desean.

Lara desvía la vista hacia la ventana. Fuera, el cielo se oscurece bajo una capa de nubes plomizas que coronan los edificios del hospital. La ciudad vibra, indiferente al esfuerzo de quienes velan por sus habitantes.

—Salvar vidas es nuestro oficio, ¿no? —repite, encogiéndose de hombros.

—Sí. Pero también saber cuándo limitarse a ser médicas. Y a ti eso se te da fatal.

Lara deja la taza y se incorpora.

—Supongo que nunca sabré cómo hacerlo. Va en mi ADN.

Avery, ya en pie, observa cómo su amiga se arregla la bata.

—En fin, voy a revisar las notas de la planta de cirugía —murmura Lara, más para sí que para su compañera.

—Tienes que aprender a desconectar —replica Avery, con un afecto teñido de cansancio—. Si no, nadie lo hará por ti.

El pitido estridente de los busca irrumpe en la quietud y cambia sus planes de inmediato. La alarma se refleja en sus miradas: vuelven a ser médicas antes que mujeres exhaustas. Avery ya va hacia la puerta cuando Lara lee el mensaje.

—Trauma en urgencias. Nivel uno.

No median palabra. El pasillo se despliega bajo luces gélidas y el eco de sus pisadas. La coreografía de la emergencia se activa: personal que se aparta, órdenes entrecruzadas, puertas que ceden al impulso.

Lara siente cómo el cansancio se evapora bajo la adrenalina. Su respiración se estabiliza, su mente se afila. Todo lo demás —el día, Cassandra, las dudas— se desvanece. Cada segundo recupera su gravedad. Cada gesto, su propósito.

Al franquear las puertas dobles de urgencias, la realidad reclama su trono.

No caben las distracciones, ni heridas invisibles.

Solo el deber.

Solo la vida y la muerte en precario equilibrio.

Y mientras Lara se pone los guantes, un pensamiento fugaz la atraviesa: quizá esa sea también la armadura de Cassandra Sullivan, el escudarse en salvar las vidas de los demás, aunque no tenga tiempo

para la suya. Pero no hay tiempo para cavilaciones. No cuando la puerta del box se abre y otra realidad, reclama a su yo más profesional.

Capítulo 7

Cinco días después de haber perdido a Lauren, Cassandra Sullivan cruza el umbral de la Estación 51 como si pisara un territorio desconocido, un terreno minado por recuerdos y expectativas ajenas. La fachada le resulta familiar, pero algo en el aire ha cambiado, una sutil alteración que impregna cada rincón. Todo sigue igual en apariencia y, sin embargo, nada lo está verdaderamente, como si el mundo se hubiera reconfigurado en su ausencia.

Lleva el uniforme impecable, la camisa perfectamente abotonada hasta el último botón, el pelo recogido en una coleta precisa y disciplinada. Camina sin cojear —evitándolo más bien—, aunque el dolor en la pierna aún late bajo el vendaje. No va a mostrar debilidad. No delante de ellos. No cuando una mínima vacilación, puede significar que no la dejen volver al trabajo.

El capitán Raimond Richards la recibe en su despacho, un espacio austero dominado por mapas de la ciudad y pilas de informes. Es un hombre de hombros anchos y robustos, con el rostro curtido por los años de servicio, surcado por arrugas que hablan de decisiones difíciles.

Sobre la mesa, hay una carpeta con su nombre escrito en mayúsculas gruesas, como si fuera un veredicto que está pendiente de conocer.

—Teniente Sullivan —la saluda, levantándose con calma, extendiendo la mano en un gesto que pretende ser acogedor—. Me alegra verte de nuevo entre nosotros.

—Gracias, capitán —responde Cassandra, manteniendo el tono formal y sereno que debe sonar dentro de la estación, aunque el esfuerzo por aparentar normalidad le tensa la mandíbula.

Él asiente despacio, sin apartar los ojos de ella, escrutándola con esa intensidad que ha perfeccionado a lo largo de su carrera.

—He hablado con el jefe de distrito —explica, sentándose de nuevo y señalando la carpeta con un dedo—. Por ahora, solo te ocuparás de tareas administrativas. Al menos, hasta que recibas el alta médica. Sabemos que no quieres quedarte en casa. Así que, algo es algo.

—Entendido —replica ella de inmediato, con una firmeza que no admite dudas, aunque en su interior se revuelva una tormenta de impaciencia.

—No quiero presionarte —añade él, suavizando ligeramente el tono—. Sé que no es fácil regresar después de algo así. Y ya te dije que podías tomarte todo el tiempo necesario.

«Y yo que no lo haré».

Cassandra sostiene su mirada unos segundos. No necesita compasión, ni miradas piadosas que la hagan sentir peor de lo que ya está. «¿Por qué todos insisten en tratarme como si estuviera rota?», se pregunta en silencio.

—Estoy bien —asegura, con una convicción que busca imponerse a sí misma—. Prefiero mantenerme ocupada, capitán. El reposo solo agrava las cosas.

El capitán suspira, cediendo con un gesto de resignación, como si reconociera la terquedad en sus ojos.

—De acuerdo —concede, inclinándose hacia adelante—. Pero recuerda que tienes cita con el psicólogo de la unidad en dos días. Y no es opcional.

—No lo he olvidado —responde ella, aunque en su mente desearía poder hacerlo, borrar esa obligación como se borra un error dentro de un informe. «¿Qué sabrá un psicólogo de lo que se siente al perder a alguien en el fuego?», piensa, pero no lo dice.

Sale del despacho con el mismo aplomo con el que entró. En la pared del pasillo, junto a la pizarra de turnos salpicada de anotaciones apresuradas, hay una fotografía reciente de la dotación de bomberos,

enmarcada en un vidrio polvoriento. En ella está Lauren, sonriendo con esa vitalidad contagiosa, con el brazo apoyado sobre su hombro en un gesto de camaradería que ahora duele muchísimo. Cassandra aparta la vista antes de que la punzada en el estómago se convierta en algo más, en un torrente de emociones que no puede permitirse desatar en este lugar, donde la debilidad es un lujo prohibido. Por mucho que sus compañeros no la juzguen.

En la sala común, el murmullo de las conversaciones se detiene por un instante cuando entra, un silencio fugaz que no es deliberado pero que lo nota igual, como una onda en el agua. Después, se va directa a la zona de recepción. Kimberly es la primera en acercarse. Lleva el pelo recogido en una trenza impecable y un gesto tranquilo que envidia desde ya.

—Anda, mirad quién ha vuelto a casa —exclama con calidez, extendiendo los brazos en un abrazo breve pero reconfortante.

—No dramatices —contesta Cassandra, dejando la chaqueta sobre la mesa, intentando aligerar el momento con un atisbo de humor seco—. Solo vengo a poner algo de orden en el papeleo, nada heroico.

—Ya —murmura Kimberly, observándola con paciencia—. ¿Has podido descansar algo estos días? Dime la verdad, no la versión oficial.

—No necesito descansar —responde Cassandra, sentándose frente al ordenador con un suspiro contenido, encendiendo la pantalla que parpadea poco después—. Lo que necesito es seguir trabajando, mantenerme en movimiento antes de que la inactividad me consuma.

Kimberly suspira y apoya una mano en el respaldo de su silla, un gesto sutil de apoyo.

—Trabajar no nos la va a devolver —susurra, con una delicadeza que no oculta la verdad—. Pero sí la honraremos si lo hacemos en nuestra mejor versión.

Cassandra no contesta de inmediato. El recuerdo de Lauren le corta la respiración, mientras revive las imágenes del incendio. Aprieta las teclas con más fuerza de la necesaria, abre el archivo del inventario y finge concentrarse en las columnas de números y descripciones. Kimberly, consciente de haber tocado una fibra sensible, decide cambiar de tema con tacto.

—Esta mañana me ha tocado cocinar. Pasta con verduras. No es algo gourmet, pero es mejor que seguir a base de café negro. Luego te puedo traer un plato.

Cassandra la mira de reojo, permitiéndose una sonrisa fugaz.

—Gracias —dice con sinceridad, aunque el apetito sea lo último en su mente.

—De nada —responde Kimberly, sonriendo apenas, con esa calidez que es capaz de iluminar cualquier sala—. Y si necesitas hablar, de verdad, estoy aquí. No como compañera, sino como amiga.

—Estoy bien —replica Cassandra, algo cortante, volviendo la vista a la pantalla.

El silencio se instala entre ambas, solo roto por el sonido rítmico de las teclas y el murmullo lejano de la televisión que transmite noticias anodinas. Al cabo de unos minutos, otros compañeros pasan a saludarla. Unos lo hacen con naturalidad, con palmadas en la espalda y comentarios banales; otros, con esa prudencia incómoda, midiendo cada palabra como si pisaran cristales rotos, a pesar de la cercanía que se tienen. Porque todos en la estación están destrozados, sin distinción.

Tasha, ahora al mando provisional de la unidad, entra con el informe de guardia bajo el brazo.

—Cass, necesito que revises esto antes del final del turno —indica, extendiendo el documento ante ella.

—Claro —acepta Cassandra, tomándolo sin levantar la mirada de la pantalla, aunque sus dedos se aprietan con fuerza sobre el papel.

—No tienes porqué hacerlo ahora, si no te sientes con fuerzas —añade Tasha, vacilando un instante.

Cassandra alza la cabeza y la observa fijamente, clavando los ojos en los de su compañera y amiga con una intensidad que no admite réplicas.

—Tranquila, estoy bien —afirma, con esa determinación que siempre va con ella.

Tasha asiente, pero no parece convencida del todo. Al salir, Cassandra se queda mirando la puerta unos segundos, con el corazón latiéndole con fuerza. Ese tipo de actitud le resulta insoportable. Sabe que Tasha solo está cumpliendo con su deber, asumiendo también el rol que le corresponde, pero no puede evitar sentir un nudo en el estómago, una mezcla de envidia y resentimiento.

—Tengo que curarme cuanto antes —murmura para sí misma.

Kimberly, que aún sigue en la sala, ordenando suministros en un armario cercano, la escucha y se gira con lentitud.

—Curarte no es solo cuestión de tiempo —comenta, lanzándole una mirada tranquila pero penetrante—. También tienes que permitirte estar mal, dejar que el dolor salga antes de que te ahogue por dentro.

—No tengo tiempo para eso —replica Cassandra, con una vehemencia contenida, volviendo a los informes.

Kimberly deja escapar una pequeña risa resignada, que termina por aliviar la tensión.

—Ya lo imaginaba —admite, encogiéndose de hombros—. Eres como un motor que no sabe cómo apagarse.

Durante unos minutos, ambas permanecen en silencio, un compás de quietud en el que Cassandra busca ese plato de comida y come un par de bocados de la pasta, sin saborearlos realmente, solo por inercia. Luego, Kimberly rompe la calma con una propuesta.

—Voy al hospital dentro de un rato —anuncia, apoyándose en la mesa—. Tengo que revisar un equipo de rescate con la doctora Avery Quinn. ¿Por qué no vienes conmigo? Te despejará un poco.

—No debería dejar el puesto —responde Cassandra, dubitativa, aunque la idea le tienta en secreto.

—El novato puede encargarse del teléfono —insiste Kimberly, con un guiño—. Además, si no te mueves, vas a terminar oxidándote como uno de esos viejos camiones en el garaje.

Cassandra se lo piensa. Parte de ella quiere negarse, encerrarse entre informes y rutinas que le impidan pensar, que bloqueen los

recuerdos como una barrera. Pero otra parte —esa contradictoria que anhela un respiro— sabe que Kimberly tiene razón, que el aislamiento solo agravará la herida.

—Está bien —responde, cediendo con un suspiro—. Dame una hora para terminar esto.

Kimberly sonríe, satisfecha.

—Perfecto —exclama—. Te espero en el furgón, en la parte de atrás.

—El vehículo de emergencias —corrige Cassandra usando un tono bromista, y ese tecnicismo es lo más cercano que puede permitirse en estos días, un atisbo de normalidad que la reconforta.

El tobillo y el hombro todavía le duelen, pero al menos el dolor físico es algo que entiende, algo tangible que puede combatir con voluntad, a diferencia del vacío que Lauren ha dejado.

*

El reloj marca las cuatro y media cuando sube al asiento del copiloto del vehículo. El motor ruge con suavidad al encenderse, y el olor a desinfectante le resulta familiar, casi reconfortante. Kimberly conduce

con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla abierta, dejando que el aire fresco entre en la cabina.

—¿Estás segura de que estás bien para moverte? —pregunta, lanzándole una mirada de reojo mientras maniobra entre el tráfico—. Sé que te lo he pedido yo, pero…

—Que sí, no estoy inválida —afirma Cassandra, acomodándose en el asiento.

—Lo digo porque si el psicólogo te ve haciendo tonterías, vas a suspender la evaluación antes de empezar —insiste Kimberly, con un tono juguetón pero nada preocupado.

Cassandra ladea la cabeza, sin apartar la vista de la carretera que se extiende ante ellas, salpicada de coches y peatones apresurados.

—No estoy buscando aprobación —replica, con una frialdad calculada—. Solo volver a trabajar, a ser útil de nuevo.

—Eso es lo que me preocupa —contraataca Kimberly, aunque no trata de reprocharle nada—. Que olvides por qué haces lo que haces, que te pierdas en la rutina y dejes de lado lo que sientes de verdad.

Cassandra no contesta de inmediato, dejando que las palabras floten en el aire. Afuera, la ciudad se extiende bajo un cielo grisáceo y opresivo, los edificios altos se reflejan en los charcos del asfalto mojado

por una lluvia reciente, los semáforos cambian con lentitud exasperante, y todo parece ir más despacio que ella, que su mente acelerada.

El móvil vibra sobre su pierna, y al ver el nombre en la pantalla iluminada, siente un leve nudo en el estómago.

—Es mi padre —murmura Cassandra.

—¿Vas a cogerlo? —pregunta Kimberly, reduciendo la velocidad frente a un semáforo.

—Si no lo hago, llamará a la estación y montará un escándalo —responde Cassandra, pulsando el botón para activar el altavoz, que llena la cabina con la voz grave y autoritaria del hombre.

—Cassandra. Por fin —gruñe él, bastante frustrado—. Pensé que seguías durmiendo.

—Estoy trabajando, papá —explica ella, intentando mantener la calma, a pesar de que el puso se le acelera.

—¿Trabajando? —repite él, con una pausa cargada de desaprobación, como si la palabra fuera un insulto—. ¿Después de lo que ha pasado? ¿Después de perder a tu compañera en ese infierno?

—Precisamente por eso —contraargumenta Cassandra, cerrando los ojos un segundo para controlar la respiración y no dejar que la

emoción la desborde.

—No te entiendo —insiste él, endureciendo el tono, como siempre hace cuando no controla la situación—. Te crie para que fueras responsable, no para que te destruyeras a base de obstinación. Igual que hizo tu madre.

Cassandra cierra los ojos un segundo más, controlando la respiración con esfuerzo, sintiendo cómo la rabia y el cansancio se entretejen en su pecho. «¿Por qué no puede entender que esto es lo único que me mantiene en pie?».

—No estoy destruyéndome —se defiende Cassandra, con una contención que le cuesta—. Estoy haciendo mi trabajo, cumpliendo con mi deber.

—Tu trabajo te está matando —replica él, tajante, sin concesiones.

Kimberly finge concentrarse en el tráfico, pero su mirada se desvía un instante hacia Cassandra, en un gesto de solidaridad. Cassandra nota la tensión en el aire, espesa como el humo de un incendio.

—Papá, no voy a hablar de esto ahora —corta ella, bajando la voz para no revelar cuanto le afecta.

—Siempre haces lo mismo —responde su padre, sin ceder un ápice—. Evitas las conversaciones incómodas. No puedes seguir fingiendo que nada te afecta, que eres invencible.

—No estoy fingiendo —murmura Cassandra, intentando medir cada sílaba—. Solo estoy intentando seguir adelante, paso a paso.

Hay un silencio breve al otro lado de la línea, un compás de tensión. Luego, la voz de su padre llega más suave, casi conciliadora.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo —susurra, con una vulnerabilidad inesperada—. Recuerda que me tienes a mí.

Esa frase le golpea, un dardo que atraviesa su armadura. Porque es justo lo que no sabe hacer, lo que nunca ha aprendido: rendirse a la debilidad.

—Nos vemos pronto, ¿vale? —dice Cassandra, cortando la conversación antes de que su voz la traicione, antes de que el nudo en la garganta se convierta en lágrimas.

Cuelga con gesto brusco. El sonido del motor llena el espacio que deja el silencio, un ronroneo constante que no alivia la opresión en su pecho. Kimberly no dice nada durante varios minutos, respetando su espacio, y solo cuando aparca frente al hospital, rompe la quietud con delicadeza.

—Quizá solo le asuste verte sufrir —sugiere Kimberly, con esa empatía que siempre la ha caracterizado.

—A él le asusta perder el control —replica Cassandra, abriendo la puerta del vehículo y descendiendo con cuidado, apoyándose en el marco para no forzar la pierna—. Igual que a mí. Es su forma de amar, supongo.

Kimberly la sigue, cerrando la puerta con un golpe seco que resuena en el aparcamiento.

—Entonces sois más parecidos de lo que crees —comenta Kimberly.

Cassandra no responde, limitándose a un leve asentimiento. Camina hacia la entrada del hospital con paso firme, ignorando el dolor en el tobillo que se intensifica con cada paso. Cada escalón es un recordatorio de su fragilidad física, pero también de su decisión inquebrantable. No ha venido hasta aquí para rendirse, ni para dejarse vencer por el pasado.

Sobre la azotea del edificio, el cielo se abre en una franja pálida de luz crepuscular, un respiro en los grises que han gobernado el día. Kimberly señala hacia los ascensores con un gesto práctico.

—El equipo está en la azotea —explica—. Avery nos espera arriba, probablemente ya esté impaciente.

Cassandra asiente, siguiéndola en silencio. Mientras suben en el ascensor, observa el reflejo de su rostro en el metal pulido de las puertas, un espejo distorsionado que le devuelve el cansancio que ve en sus ojeras, la tensión en la mandíbula, la determinación obstinada que se niega a romper.

Cuando las puertas se abren, un soplo de aire frío las recibe. En la azotea, entre cajas de material apiladas y un par de técnicos que ajustan herramientas con precisión, la doctora Quinn revisa el equipo de rescate mientras da algunas instrucciones a los internos. Su voz es clara, profesional, segura, cortando el aire como si estuviera en una sala de operaciones.

Por un instante, Cassandra se detiene antes de avanzar. No sabe por qué, pero hay algo en la serenidad de esa escena que le provoca un extraño vértigo, como si vislumbrara un equilibrio que ella misma ha perdido.

Kimberly se adelanta con entusiasmo.

—Doctora Quinn, le traigo a la teniente Sullivan —anuncia, gesticulando hacia ella.

Ella levanta la vista de su tarea, y durante un segundo que parece demasiado largo, sus miradas se cruzan, y después sonríe. Seguro que Lara estaría encantada de verla por aquí.

Cassandra Sullivan la saluda en silencio. A su alrededor, el viento sopla entre las barandillas metálicas, silbando como un susurro, y el cielo se abre un poco más, como si el mundo contuviera la respiración, esperando el próximo movimiento.

Está lista para trabajar.

O al menos, eso intenta creer con todas sus fuerzas, aferrándose a esa ilusión como a un salvavidas en medio de la tormenta.

Capítulo 8

Desde la altura vertiginosa de la azotea del hospital, la ciudad se despliega como un tapiz irregular de luces mortecinas y tejados monótonos, donde el sonido distante de las ambulancias se enreda en espirales con el zumbido perpetuo del tráfico urbano, un rumor que parece palpitar en el aire mismo. Cassandra Sullivan revisa parte del material esparcido en el suelo, que anteriormente estaba guardado en los armarios dispuestos en esa misma azotea.

A su lado, Kimberly inspecciona minuciosamente las conexiones del arnés de descenso junto a la doctora Avery Quinn, una mujer de pelo corto y rizado, con una sonrisa genuina que transforma cada tarea en un ritual, casi juguetón. Se mueven y hablan con sincronía, pero hay un matiz en sus miradas, en las risitas contenidas que brotan de improviso, que revela una intimidad que trasciende lo profesional, un lazo invisible que late entre ellas como una corriente eléctrica… nada sutil.

Cassandra, que ha pasado los últimos minutos verificando con obsesiva meticulosidad los mosquetones de seguridad, los frenos de anclaje y la tensión de las cuerdas, lo intuye sin que pronuncien una

sola palabra sobre ello. «Estas dos tienen algo, eso está claro», reflexiona en silencio, apretando un nudo con una fuerza innecesaria, como si quisiera anclarse a algo tangible en medio de esa atmósfera intangible.

No son celos propiamente dichos —al menos no del tipo que admitiría ante sí misma—, sino esa inquietud de ser testigo involuntaria de un diálogo privado en el que su rol se reduce a mera espectadora.

—Vale, el cable principal es resistente —anuncia con voz firme, alzando la vista hacia Kimberly, quien sostiene la tableta con atención —. Pero el cierre del mosquetón de anclaje debería reemplazarse cuanto antes. Está empezando a desgastarse y no deberíamos tomar riesgos.

Kimberly asiente con un gesto breve, tecleando rápidamente en la pantalla.

—Lo anotaré en el informe de mantenimiento sin falta — responde.

Avery, arrodillada junto al maletín de herramientas abierto, levanta la cabeza con curiosidad.

—¿Y qué hay del sistema de autorrescate? —se interesa, con un entusiasmo que hasta podría ser contagioso.

Si Cassandra no quisiera largarse de allí, claro.

Cassandra examina el conjunto de poleas con detenimiento, probándolo con mano experta para confirmar que el freno responde con una fluidez impecable.

—Funciona a la perfección —replica, aunque añade con un matiz de precaución—: Sin embargo, tendremos que asegurarnos de si cede bajo una presión intensa, eso podría desencadenar un auténtico desastre. Es algo a tener en cuenta. ¿Cuánto hace que tenéis estos equipos?

—Unos cuantos años, según me han dicho.

Avery se incorpora y se acerca para observar el mecanismo de cerca. Había escuchado que la teniente Sullivan era muy profesional, pero una cosa es escucharlo, y otra verlo con sus propios ojos.

—Tienes un ojo clínico para estos detalles —comenta con una sonrisa amplia, casi cómplice—. No todo el mundo lo captaría a la primera.

—Muchas vidas dependen de esto —responde Cassandra, con frialdad—. Y por si no lo recuerdas, es mi trabajo.

Kimberly abre la boca, pero no le dice nada.

Cassandra se limita a reposicionar el equipo en su sitio y a verificar una vez más la tensión de las cuerdas, ignorando el pinchazo sordo que se despierta en su hombro, una sombra persistente que trata de disimular con una respiración profunda y controlada. «Cuanto menos muestre mi debilidad, mejor para todos», se repite, apretando los dientes con determinación, como si el dolor fuera un adversario al que pudiera doblegar solo con su voluntad.

El viento arremete de nuevo contra la azotea, levantando un remolino de papeles sueltos que Avery atrapa con agilidad. Kimberly suelta una risita ligera, y Avery la secunda con una carcajada espontánea. Cassandra percibe ese intercambio como si su presencia alterara la armonía de esa ecuación puramente sexual.

—¿A qué viene tanta urgencia? —inquiere una voz desde atrás, con un timbre firme y autoritario.

Cassandra se gira de inmediato, reconociendo al instante ese tono inconfundible. Ahí está la doctora Lara Kinsley, avanzando hacia el grupo con pasos resueltos, y la bata blanca del hospital moviéndose al compás.

Avery responde con una sonrisa amplia.

—Anda, justo a tiempo —exclama, y mueve las cejas con picardía.

—Siempre tienes que tener la última palabra, ¿verdad? —replica Lara, manteniendo su expresión serena.

Avery estalla en carcajadas, alzando las manos como si confesara el *mea culpa*.

—Prometí no manipular el equipo de rescate hasta que llegaras, pero ya me conoces: la impaciencia es mi pecado capital —admite con un guiño.

Kimberly se une a la risa con una chispa de diversión en los ojos, y Cassandra observa la escena echando la cabeza hacia atrás. No le gustan estas congregaciones espontáneas, ni los intercambios de sonrisas que interrumpen el flujo meticuloso del trabajo; todo lo que no contribuya a la eficiencia le parece un derroche innecesario de energía.

—Bien, ya que estás aquí —interviene Avery, volviéndose hacia Lara con un brillo expectante—, ¿por qué no nos iluminas con tu sabiduría? Seguro que tienes alguna propuesta ingeniosa para optimizar el equipo.

—¿Ahora sí quieres escucharme? —contraataca Lara con tono escéptico, cruzándose de brazos mientras la observa.

—Solo si juras no restregarme por la cara que siempre llevas la razón —bromea Avery.

Kimberly aprovecha el respiro para meterse de lleno en la conversación.

—Doctora Kinsley, quizás Cassandra podría asesorarla mejor —sugiere con una sonrisa cómplice—. Después de todo, tiene mucha más experiencia que yo.

Cassandra clava la mirada en Kimberly y vocaliza un «te mato» que no llega a pronunciar.

«Esta me la vas a pagar, y con intereses», piensa para sí misma.

Kimberly responde con una sonrisa pícara, un destello travieso en sus ojos que no hace sino avivar la irritación de Cassandra. Le entrega la Tablet y le sonríe.

La teniente Sullivan gira sobre sus pasos y se dirige hacia Lara, un movimiento que provoca un latigazo agudo en su tobillo, obligándola a emitir un gemido tenue, casi inaudible. Pero Lara lo detecta al instante.

—Te advertí que no debías forzar el cuerpo —declara Lara.

—Me han relegado a tareas administrativas —responde Cassandra, evasiva, desviando la mirada hacia el horizonte—. Ni siquiera cuenta como trabajo real.

—Pues no es precisamente detrás de un escritorio donde te encuentro ahora mismo —replica Lara, cruzándose de brazos otra vez.

«Para qué habré venido, joder», protesta Cassandra.

Cassandra exhala un suspiro cargado de frustración.

—¿Vas a compartir tus sugerencias o prefieres seguir sermoneándome como a una novata? —pregunta con un filo de impaciencia.

Lara la escruta durante unos segundos interminables, hasta que por fin se decide a hablar.

—Escucharás mis sugerencias, por supuesto —afirma con tranquilidad—. Y después, te tomarás un descanso obligado para que revise cómo van esas lesiones.

—Perfecto —contesta Cassandra, impregnando la palabra de una ironía sutil—. Procedamos, entonces.

La tensión entre ellas se hace tan evidente que ni el viento incesante logra disiparla. Avery y Kimberly intercambian una mirada cargada de complicidad, y no pueden reprimir una risita breve, como si fueran dos colegialas.

—Busquemos un rincón menos... expuesto —propone Lara con una diplomacia calculada, señalando hacia un lado de la azotea.

Caminan en silencio durante unos metros, Lara con las manos hundidas en los bolsillos de su bata blanca, Cassandra aferrándose a la Tablet. El viento desordena un mechón de la doctora, que lo aparta con un movimiento distraído, elegante en su simplicidad. Cassandra finge no prestar atención, aunque su mirada se detiene en ese gesto con un interés inexplicable.

—Bien —inicia Lara, deteniéndose junto a una barandilla—. El mayor inconveniente que identifico radica en la distribución del material de soporte vital.

—¿En qué aspecto concreto? —indaga Cassandra, alzando la vista para captar los detalles.

—Creo que, en un escenario de rescate múltiple, cada segundo inicial es crucial. En los vehículos se debería priorizar el acceso inmediato a las correas de sujeción y al botiquín avanzado, para minimizar perder un tiempo que puede cambiar el curso entre la vida y la muerte.

—De acuerdo, lo veo claro —murmura Cassandra mientras escribe—. Se puede reconfigurar el compartimento B para acortar el tiempo de respuesta en al menos un treinta por ciento. Es algo que

también se ha propuesto en las diferentes estaciones, pero ya sabemos cómo van estas cosas.

—También deberíamos echar un vistazo al sistema de localización personal y el estado de las baterías recargables más a menudo —dice Lara, con un matiz casi didáctico—. No es la primera vez que dejan de funcionar en una situación de rescate.

—Tomo nota —contesta Cassandra—. Voy a sugerir que pasen revisión más a menudo, y también hacer un reemplazo por lotes para evitar el desabastecimiento.

Cassandra interrumpe su escritura por un instante.

—Nunca había conocido a una cirujana tan exhaustiva con estos controles —le dice, con una curiosidad que se filtra a pesar de sus reservas iniciales.

Lara esboza una sonrisa sutil.

—Eso es porque a este hospital le faltaba alguien que hubiera trabajado más sobre el terreno —confiesa Lara, aunque no deja ver más allá de sus palabras—. Además, tú tampoco te quedas atrás.

Cassandra no contesta, deja que el silencio se instale entre ellas, un silencio en el que aprovecha para observar sus rasgos. Después, anota unas últimas sugerencias, y sonríe.

—Bien, creo que esto cubre lo esencial —concluye Cassandra, apagando la pantalla.

Lara la observa con detenimiento, y en esa mirada se trasluce una preocupación genuina.

—Pareces cansada —observa Lara, sin querer ofenderla.

—Estoy perfectamente —insiste Cassandra, aunque su voz la traiciona con un leve titubeo.

—Pues no lo aparentas en absoluto —contraataca Lara, sin alterar su postura.

—Lo estoy, de verdad —replica Cassandra con sequedad, queriendo cerrar de una maldita vez esa puerta.

Lara cruza los brazos, inmóvil.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —indaga.

—Si acelera el fin de esta charla, adelante —concede Cassandra, con un suspiro resignado.

«Madre mía, ni que fuera mi novia. Qué pesada».

—¿Por qué insistes en disimular el dolor con tanta tenacidad? —pregunta Lara, directa al grano, sin rodeos.

Cassandra está a punto de sonreír, no anticipaba esa franqueza; por un momento, su rostro se endurece poniéndose esa máscara tan habitual en ella.

—Porque si lo admitiera, no podría continuar con mi labor —responde, muy a la defensiva.

—¿Y de qué sirve persistir en tu labor si eso te va a traer problemas a futuro? —replica Lara.

Esa interrogante impacta en Cassandra con fuerza, obligándola a desviar la vista hacia el horizonte, donde las nubes se aglutinan en masas oscuras, llenas de tormenta.

—No lo comprenderías —murmura, sin ganas de decirle nada más.

—Podrías intentarlo, darme la oportunidad —sugiere Lara, con paciencia.

Cassandra echa el aire y se abraza a la Tablet.

—No estoy aquí para desgranar mi vida, doctora —declara con firmeza—. Mi propósito es revisar un equipo de rescate, nada más.

—Y, sin embargo —insiste Lara, acortando la distancia con un paso deliberado—, eres tú quien parece necesitar un rescate urgente.

Cassandra la mira con incredulidad y los ojos dilatados por la sorpresa.

—¿Cómo dices? —exclama.

—No me refiero solo a lo físico —aclara Lara, bajando el tono de su voz—. Sé con seguridad que no has cesado ni un instante desde el incendio. Ni siquiera te concedes un respiro para sanar.

El aire entre ellas se espesa, cargado de una intensidad que acelera el pulso de Cassandra, quien, sin embargo, no retrocede.

—No requiero tu diagnóstico psicológico, para eso ya tengo que pasar mi evaluación con un profesional —replica, con un filo cortante.

—Esto es medicina pura teniente Sullivan —corrige Lara, imperturbable.

—Pues no he solicitado tu opinión —contraataca Cassandra, su frustración empieza a burbujear—. Es que no entiendo por qué no me dejas tranquila.

Lara la evalúa en silencio durante unos segundos eternos, luego exhala un suspiro, bajando los brazos en un gesto de concesión.

—De acuerdo, lo respeto —concede—. Pero al menos permíteme realizarte esa revisión rápida. Solo por precaución.

—No es necesario —insiste Cassandra, negando con la cabeza.

—Insisto, vendrá bien para esa evaluación —replica Lara, su voz es un equilibrio perfecto entre la autoridad y la empatía.

Cassandra se pasa una mano por la frente, exasperada. Como siga así, la va a mandar a la mierda. Kimberly y Avery las observan de vez en cuando en mitad de esa batalla, y hasta apuestan por ver quién va a ceder primero. Hay algo en la entonación de la doctora Kinsley —no autoritaria, ni condescendiente, sino una serenidad arraigada— que desmonta las barreras de Cassandra. Aguanta la mirada unos segundos más, y finalmente exhala un suspiro muy, muy cansado.

—Está bien —cede—. Pero que sea breve, por favor.

Lara asiente sin agregar palabra, un gesto de acuerdo tácito, y ambas se dirigen hacia el ascensor en silencio. Al pasar junto a Kimberly y Avery, estas alzan la vista con curiosidad. Kimberly sonríe con un descaro juguetón.

—¿Ya nos dejáis con el trabajo sucio? —bromea.

—La doctora va a ver cómo voy con las lesiones —responde Cassandra con sequedad y sin detenerse.

Kimberly arquea una ceja, conteniendo a duras penas una risa.

—Qué diligente eres, doctora —comenta Avery, guiñándole un ojo.

—Alguien tiene que cuidar de los que no saben hacerlo por sí mismos —replica Lara, manteniendo su compostura.

Avery sofoca una carcajada, y Cassandra fulmina a Kimberly con la mirada. «Me la vas a pagar, y bien caro».

Después, Cassandra se gira y prosigue su camino, el sonido de sus botas marcan un ritmo firme sobre el suelo. Lara la sigue a su lado, en silencio. El viento las escolta hasta la puerta del ascensor, arrastrando el eco distante de las risas que se desvanecen.

Cassandra no mira hacia atrás. Ya intuye qué significan esas sonrisas en el tapiz de complicidades que se teje en ese hospital.

Capítulo 9

Lara Kinsley se pone los guantes intentando aplacar los nervios que no sabe por qué, quieren tomar el control de sus acciones. A su espalda, Cassandra está sentada en la camilla, sin la camisa del uniforme y con su cara de perro rabioso intacta. Lara percibe el leve roce del látex adaptándose a su piel, y después se aproxima a ella. No pronuncia palabra alguna al principio; prefiere observar, escrutar con esa mirada clínica que ha perfeccionado a lo largo de años, captando detalles que otros pasarían por alto.

Las vendas que envuelven el tobillo izquierdo exhiben —otra vez — signos evidentes de desgaste, con bordes deshilachados, lo que le indica que la teniente Sullivan no se ha dado tregua; el hombro de Cassandra, aunque libre de vendajes, conserva una hinchazón persistente que la doctora rememora con claridad. Alrededor de la articulación, pequeños hematomas salpican la piel, marcas violáceas que narran esa historia de recuperación, de un cuerpo que ha sido empujado más allá de sus límites.

—Voy a examinar primero el tobillo —anuncia Lara con tono neutro, profesional, como si recitara un protocolo estándar, aunque en

su interior se agita una corriente de preocupación no solicitada.

Cassandra asiente con un gesto mínimo, sin elevar la vista hacia ella. Sus ojos permanecen anclados en el suelo, fijados en algún punto indefinido entre las baldosas frías y monótonas, como si buscara allí un ancla. Cuando Lara toma su pie con delicadeza y lo posa sobre su propia rodilla, percibe al instante la tensión que se despierta en los músculos de la mujer.

—Relájate, por favor —le solicita Lara.

El gesto provoca en Cassandra una exhalación breve, casi imperceptible, un suspiro que se escapa lentamente de sus labios. Lara procede a inspeccionar el vendaje con meticulosidad, retirándolo con lentitud exquisita para no agravar una posible irritación. La piel expuesta muestra leves signos de enrojecimiento, pero no hay evidencia de inflamación grave. Palpa con los pulgares a lo largo del tendón, ejerciendo una presión controlada, y Cassandra reprime un gemido que se transforma en un jadeo contenido.

—No considero necesario realizar más radiografías por ahora —declara Lara, sin apartar la mirada del tobillo de Cassandra—. Has recuperado parte de la movilidad, aunque es evidente que sigues

forzando más allá de lo recomendable, ignorando las señales que tu cuerpo te envía.

—¿Y qué implica eso? —indaga Cassandra.

Lara alza la mirada, encontrándose con esos ojos que la desafían constantemente.

—Que cuanto más reposo te permitas, antes podrás reincorporarte al trabajo en plenas condiciones, sin riesgos innecesarios que podrían prolongar tu convalecencia.

Cassandra deja escapar una risa, un sonido árido que se acerca más al agotamiento acumulado que a cualquier atisbo de humor genuino.

—Parece que aún no has captado con quién estás tratando, ¿verdad? —replica, totalmente resignada.

Lara deposita la venda usada sobre la bandeja metálica y se cruza de brazos, adoptando una postura que denota tanto autoridad como preocupación.

—Sí, con una mujer cabezota que prioriza el deber y la seguridad ajena por encima de la propia —responde, y sus palabras fluyen sin filtro—. Una mujer que se niega a perdonarse el mero hecho de ser humana y vulnerable, como el resto del mundo.

Las frases emergen con una franqueza inesperada, cruzando una frontera invisible que Lara lamenta al instante. Cassandra desvía la mirada hacia un rincón de la sala, y por un momento, el silencio se instala entre ellas.

—Perdóname —murmura Lara, modulando su voz a un registro más bajo, más conciliador—. No debí expresarlo de esa forma. A veces me meto donde no me llaman.

Cassandra mantiene la vista clavada en el suelo, y sus hombros tensos. Cuando por fin habla, se esfuerza por hacerlo sin quebrarse.

—Cuando pierdas a un miembro de tu equipo porque haya acatado tus órdenes directas, entonces comprenderás exactamente cómo me siento en este momento —confiesa, el impacto de sus palabras es directo y sin adornos, sin elevar el tono ni buscar dramatismo. Son una verdad cruda que se ha convertido en su propia sombra.

Lara siente un nudo formándose en su estómago. La respiración de Cassandra se torna irregular, los músculos de su cuello se tensan, como si contuvieran un torrente que amenaza con desbordarse.

—¿Podrías acabar con esto, por favor? —suplica Cassandra casi en un susurro.

Lara asiente con un gesto afirmativo. Prepara una venda limpia con movimientos metódicos, ajusta la posición del tobillo con cuidado y comienza a enrollarla con precisión, envolviendo, fijando y verificando la tensión en cada vuelta. El contacto es inevitable, inevitablemente íntimo: la piel de Cassandra irradia un calor sutil, y el pulso que late bajo las yemas de los dedos de Lara le recuerda, con una insistencia perturbadora, que tras esa coraza de autodominio yace un ser humano, frágil y expuesto.

A medida que progresa, la proximidad se vuelve palpable. Cassandra no desvía la vista, pero tampoco interviene con palabras; su silencio es una armadura que Lara respeta, aunque no puede ignorar cómo el ambiente se carga de una electricidad latente que las rodea.

Una vez finalizado el vendaje del tobillo, Lara se incorpora para examinar el hombro de la teniente. Cassandra gira el cuerpo con cierta torpeza, un movimiento que expone la piel salpicada de moretones, como un mapa de batallas recientes. Lara se aproxima un poco más, y escruta el área con atención minuciosa.

—¿Puedes levantar el brazo y poner la mano tras la cabeza, por favor? —solicita Lara.

Cassandra lo intenta, y un gesto de dolor la traiciona. Lara posa una mano en el deltoides, notando cómo el músculo responde con una rigidez defensiva.

—La articulación muestra mejoría —observa Lara, con mucha cautela—. Pero persistes en forzar en exceso. No deberías cargar cosas pesadas por el momento.

—No lo hago —replica Cassandra, sin girar la cabeza para mirarla.

Lara la observa con detenimiento, captando los matices de esa postura.

—Puedes hacerlo incluso sin percatarte. Todo en ti irradia tensión, como si tu cuerpo estuviera en una alerta continua.

Cassandra esboza una sonrisa breve. Ha dado en el clavo.

—Supongo que eso forma parte inherente del trabajo —comenta Cassandra, con tono resignado.

Lara niega con la cabeza. El calor que emana del cuerpo ante ella, la fragilidad velada bajo esa apariencia de control absoluto, todo conspira para desviar su mente de lo que hace. Intenta redirigir sus pensamientos hacia el trabajo. Sin embargo, la proximidad con Cassandra, despierta en ella un revoloteo en el pecho que no le gusta nada.

Al concluir, da un paso atrás, se deshace de los guantes y los deposita sobre la bandeja. Cassandra abre los ojos y la mira directamente.

—Ya hemos terminado —anuncia Lara, esforzándose por infundir a su voz un matiz estrictamente profesional.

Cassandra asiente con lentitud. Se enfunda la camisa del uniforme con movimientos deliberados, y mientras abrocha los botones, sus dedos revelan un temblor leve, casi imperceptible. Lara lo nota, y un impulso la impulsa a intervenir.

—No tienes por qué hacer esto sola —declara sin premeditación.

Cassandra eleva la vista, y por un segundo, parece a punto de replicar, pero se contiene.

—No tengo otra alternativa —responde Cassandra con seguridad.

—Siempre existen opciones —contraargumenta Lara, dándose cuenta al instante de que su tono se ha vuelto más personal de lo pretendido, y por eso, aparta la mirada para recomponerse—. Solo... considéralo, al menos.

Cassandra se incorpora con esfuerzo, la cojera ligera persiste a pesar de sus intentos por disimularla. Al alcanzar la puerta, se detiene y se gira parcialmente.

—Gracias por esto —expresa Cassandra con una cortesía distante —. Espero volver al trabajo cuanto antes.

Lara asiente en silencio, sin agregar nada que pudiera prolongar el momento. La puerta se cierra y el silencio reclama la sala. Durante unos segundos eternos, Lara permanece inmóvil, contemplando la camilla ahora desierta, el rastro de las vendas descartadas. Siente su pulso aún acelerado, como si su cuerpo no hubiera registrado la marcha de Cassandra, persistiendo en un estado de alerta innecesario.

Apoya las manos sobre el borde metálico de la mesa, permitiendo que la tensión acumulada se concentre en sus hombros. Respira profundamente, inhalando el aire despacio, en un intento por centrarse. No logra identificar con precisión qué la inquieta, pero hay algo en esa mujer que desestabiliza su equilibrio habitual, que permea las fronteras entre lo profesional y lo personal con una facilidad alarmante.

Intenta racionalizarlo: quizás sea mera empatía, el reflejo instintivo de quien confronta el dolor ajeno a diario y se habitúa a mitigarlo. Pero no se trata solo de eso.

Mira sus propias manos y rememora el temblor en los dedos de Cassandra al abrocharse la camisa, la rigidez de su espalda como una

armadura forjada en adversidades, la vulnerabilidad que se asoma bajo esa fachada inquebrantable, como grietas en una estatua de mármol.

En el pasillo, se filtran voces distantes, el bullicio incesante del hospital que nunca cesa, un recordatorio de que el mundo exterior prosigue su curso implacable. Sin embargo, ella se pausa unos segundos, incapaz aún de reintegrarse a esa corriente, atrapada en un limbo que no termina de entender.

—No puedes permitirte esto —se reprocha en voz baja.

Al salir al pasillo, camina hacia la zona de descanso, buscando refugio en la rutina. Avery ya se encuentra de pie junto a la máquina de café, hojeando una carpeta con concentración aparente. Levanta la vista al percibir su llegada, y sus ojos escrutadores captan de inmediato matices que otros ignorarían.

—¿Va todo bien? —indaga Avery, con cierta picardía en su voz.

Lara tarda un par de segundos en responder.

—Sí, las lesiones evolucionan favorablemente. Seguramente Cassandra podrá volver pronto al trabajo —asegura, aunque sus palabras suenan huecas incluso para ella misma.

Avery la observa con detenimiento, le sonríe y después extiende un vaso de café humeante.

—Han ingresado a un joven de veinte años con fracturas múltiples —informa, recuperando el ritmo profesional—. En unos diez minutos estará listo para entrar a quirófano.

Lara asiente y se toma el café casi de un sorbo.

Sin embargo, mientras se dirige hacia los ascensores, una imagen se infiltra de nuevo en sus pensamientos: Cassandra sentada en la camilla, el gesto de dolor contenido, los ojos rebosantes de tristeza, un abismo de emociones no verbalizadas.

La puerta del ascensor se cierra delante de ella. El hospital continúa su pulso ininterrumpido, un organismo vivo de luces y sombras. Y en la aparente calma de ese instante encapsulado, algo en su interior sigue latiendo con una intensidad que intenta —sin éxito alguno— ignorar, un ritmo que promete complicaciones futuras en el tapiz de su existencia profesional y personal. Aunque todavía no sabe hasta qué punto.

Capítulo 10

—Quiero que me folles. Ahora. —La voz de Lara Kinsley rasga el aire del bar vacío, un susurro ronco que no admite réplica.

Sus ojos oscuros, aún empañados por el agotamiento del turno, se clavan en Maddie con urgencia. Sin esperar respuesta, Lara empuja la puerta de servicio que da al almacén mientras Maddie la sigue.

El almacén las recibe con la bombilla colgante que oscila, proyectando sombras danzantes sobre las estanterías repletas de botellas y cajas. Maddie no pierde tiempo; sus manos ya están sobre Lara, tirando del abrigo abierto para dejarlo caer al suelo. Los dedos de Lara, se deshacen de la camiseta negra de Maddie, revelando la piel tatuada que brilla bajo la luz ámbar. Los labios de ambas se encuentran en un beso feroz, lenguas entrelazadas con un hambre que sabe a desesperación y necesidad. Lara muerde el labio inferior de Maddie, sintiendo el piercing frío contra su lengua, mientras las manos de Maddie deslizan la blusa de Lara por sus hombros, desabrochando el sujetador con un tirón impaciente que libera sus pechos al aire fresco.

La pared del almacén golpea la espalda de Lara con un impacto que la hace jadear contra la boca de Maddie. Sus manos recorren el

torso de la barista, trazando los contornos de los tatuajes mientras Maddie empuja su muslo entre las piernas de Lara, separándolas de inmediato. El roce de la tela vaquera contra la entrepierna de la doctora, aún cubierta por el uniforme, envía un estremecimiento que recorre toda su espalda. Maddie desciende, y sus labios dejan un rastro húmedo desde el cuello de Lara hasta el hueco entre sus senos, succionando un pezón, con una presión que hace que Lara arquee la espalda y sus dedos se enreden en el pelo corto de Maddie.

Maddie se arrodilla con un movimiento rápido. Desliza el pantalón de Lara por sus piernas y en cuanto se los quita, aparta las bragas a un lado con un dedo impaciente. El aire frío del almacén golpea la humedad expuesta de Lara un instante antes de que la boca de Maddie se cierre sobre su clítoris, succionando con una intensidad que la hace aferrarse a la pared que tiene a su espalda. La lengua de Maddie traza círculos lentos, alternando con lametones largos que recorren desde la entrada hasta el punto sensible, saboreando la humedad que se acumula con cada movimiento. Lara siente sus músculos contraerse, el placer creciendo en oleadas que la obligan a morderse el labio para contener un grito que podría atravesar las paredes.

Maddie introduce dos dedos sin aviso, curvándolos hacia arriba para presionar ese punto interno que hace que las rodillas de Lara flaqueen. El sonido húmedo de los dedos moviéndose dentro de ella llena el espacio, mezclado con los jadeos entrecortados de Lara. Maddie acelera el ritmo, y su boca succiona con más fuerza, la lengua presionando el clítoris en movimientos rápidos que sincronizan con los dedos. Lara siente la presión acumularse en su bajo vientre, un nudo ardiente que se expande hasta sus muslos, haciendo que sus caderas se muevan contra la cara de Maddie en un vaivén instintivo.

El orgasmo golpea a Lara y sus piernas tiemblan violentamente, sus dedos se enredan en el pelo de Maddie, y un gemido gutural escapa de su garganta mientras las contracciones internas aprietan los dedos de la mujer en espasmos rítmicos.

Poco después, Maddie se incorpora, lamiéndose sus labios brillantes, y besa a Lara con urgencia. Lara saborea su propio sabor en la lengua de Maddie, mientras sus manos bajan para desabrochar sus vaqueros. La cremallera baja con un sonido rasgado, y Lara introduce la mano dentro, encontrando la humedad caliente que empapa sus bragas de algodón. Después, desliza los dedos bajo la tela, localizando el clítoris hinchado y empieza a frotarlo en círculos firmes, mientras introduce dos dedos en el interior de su sexo, sintiendo las paredes

calientes y resbaladizas contraerse alrededor de ellos. Maddie exhala contra su boca, mientras sus caderas empujan contra la mano de Lara.

La doctora acelera el ritmo, curvando los dedos en el interior de Maddie, mientras su pulgar mantiene la presión constante sobre el clítoris, y poco después, siente el orgasmo acercarse en las contracciones que aprietan sus dedos, en el temblor de su cuerpo, en la respiración entrecortada que roza su cuello. Cuando Maddie se corre, lo hace con un gemido profundo que vibra contra la piel de Lara. Sus fluidos calientes recorren los dedos de Lara, empapando su mano por completo, mientras su cuerpo se sacude en espasmos que la hacen aferrarse a los hombros de Lara para no caer.

Lara prolonga el placer retirando los dedos lentamente, frotando el clítoris con movimientos suaves hasta que Maddie tiembla y la empuja suavemente hacia atrás, rompiendo el contacto.

Maddie no le da tiempo a Lara para recuperar el aliento. Con un giro rápido de muñeca, la agarra por la cintura y la gira contra la pared de hormigón. El impacto es seco, casi doloroso, pero el frío del muro contra sus pechos desnudos enciende una chispa que recorre todo su cuerpo. Lara siente el aliento caliente de Maddie en la nuca, antes de que su mano tire de las bragas hasta romper la costura de estas. El aire

frío golpea su sexo expuesto; el contraste con el calor de la palma de Maddie que ya se posa sobre su culo la hace estremecerse.

—Apóyate —ordena Maddie con la voz ronca, y Lara obedece, extendiendo las manos contra la pared, con los dedos abiertos, y las uñas arañando la pintura.

Un segundo después, los dedos de Maddie —lubricados por los propios fluidos de Lara— presionan contra su entrada. Maddie no espera ni un segundo y empuja los dedos, llenándola hasta el fondo. El movimiento es brutal, delicioso; Lara abre la boca en un grito silencioso que se pierde contra el hormigón.

Maddie agarra sus caderas con una mano, mientras hunde sus dedos en la carne de Lara, y comienza a moverse. Cada embestida es profunda, rápida, sin piedad. Los dedos de Maddie rozan ese punto interno que hace que las rodillas de la doctora flaqueen de nuevo, y cada vez que se retira casi por completo antes de volver a hundirse en ella, un vacío ardiente se abre en su vientre. El sudor resbala por la espalda de Lara, se acumula entre sus omóplatos y gotea por la cintura, mientras el aroma del sexo impregna el aire.

Maddie inclina el pecho sobre ella, pegándose a la espalda de Lara, y desliza su otra mano por delante, encontrando el clítoris

hinchado de la doctora. Lo pellizca con fuerza antes de frotarlo en círculos rápidos. Lara siente la presión en la garganta, el dominio absoluto, y su cuerpo responde con una contracción interna que aprieta los dedos de Maddie con más fuerza.

—Más fuerte —susurra Lara, con la voz rota, pensando en otra mujer; y Maddie obedece. Aumenta el ritmo hasta que los dedos entran y salen con una velocidad que hace temblar sus muslos. La humedad de Lara chorrea por el interior de sus piernas, y cada embestida provoca que su piel se erice. El placer se acumula en la base de su columna, un nudo que se tensa y se tensa hasta que el mundo se reduce al calor de la mano de Maddie, al latido de su propio corazón.

El orgasmo la atraviesa como un rayo. Sus paredes internas se contraen en espasmos violentos alrededor de los dedos de Maddie. Lara grita, mientras su cuerpo se sacude en oleadas que la dejan sin aire, pero la mujer no se detiene; sigue embistiendo durante el clímax, prolongando cada contracción hasta que Lara tiembla incontrolablemente.

Solo entonces Maddie se retira. Lara se gira lentamente, apoyando la espalda contra la pared, exhausta. Maddie la mira, sin decir palabra, se arrodilla de nuevo, esta vez para lamer los restos de placer que cubren los muslos de Lara, su lengua caliente y lenta recorren cada

gota, y cuando termina, se incorpora y la besa en la boca, compartiendo su sabor.

El sudor se enfría en sus pieles. Lara siente el pulso en sus labios, en su clítoris aún sensible, en cada célula de su cuerpo. Maddie se agacha para recoger las bragas de Lara del suelo, ayudándola a ponérselas con una ternura que contrasta con la manera en que la ha follado. Sus miradas se encuentran en la penumbra, y en los ojos de Maddie, Lara percibe una intensidad que va más allá del deseo físico.

Poco después, salen del almacén sin decir palabra. El bar está vacío, con las luces apagadas salvo el letrero de salida que parpadea en rojo. Lara se ajusta el abrigo, sintiendo el calor residual entre sus muslos. Maddie la acompaña hasta la puerta principal y se despide de ella con una sonrisa pícara.

—Si quieres, nos vemos luego en casa.

Afuera, la calle está desierta. Lara se gira una última vez, y Maddie le guiña un ojo.

Mientras camina hacia casa, Lara siente el cuerpo aliviado, como si el encuentro hubiera drenado la tensión del día, pero también una inquietud que se enreda en su pecho. El recuerdo de la boca de Maddie, de sus dedos…, late en su piel, pero no logra acallar la imagen de

Cassandra que ha estado acosándola durante las últimas horas. Sabe que mañana volverá al hospital, al caos y las urgencias, y que Cassandra vive en su propio mundo. Pero eso no significa que, aun con la lluvia empezando a limpiar la ciudad, vaya a conseguir sacársela de la cabeza tan fácilmente.

Capítulo 11

La jornada empieza temprano, mucho antes de que la primera luz del alba se filtre a través de las cristaleras empañadas del edificio de la Estación 51. Cassandra llega puntual, como es su costumbre invariable, con la mirada fija en el suelo, evitando cualquier contacto visual que pudiera delatar su fatiga. No ha dormido bien esa noche, ni las anteriores; pero se niega a reconocerlo. Desde hace días, sus noches se reducen a breves intervalos de sueño interrumpido, salpicados de sudores fríos y despertares abruptos, seguidos de sesiones de entrenamiento clandestinas en la penumbra de su apartamento, donde fuerza los límites de su cuerpo para recuperar la movilidad perdida.

No soporta la idea de sentirse inútil, y por eso, pretende volver al trabajo cuanto antes.

El capitán Richards la intercepta en el pasillo que conduce al despacho.

—Sullivan —la interpela con voz grave, cruzando los brazos sobre el pecho—. Quiero esos informes sobre mi mesa antes del mediodía. Sin excusas.

—Estarán listos, capitán —replica ella sin aminorar el paso.

Richards la observa mientras se aleja. Cassandra se encierra en la recepción, sentándose en la misma mesa que ha ocupado desde su regreso forzado, un rincón impersonal rodeado de estanterías metálicas y pilas de documentos que parecen multiplicarse como hongos en la humedad. Los montones de papeles se acumulan sin piedad: solicitudes, revisiones técnicas exhaustivas, registros detallados del material —incluyendo el del equipo de rescate del hospital—, protocolos de seguridad actualizados. Todo aquello que antes delegaba en subordinados con una confianza ciega, ahora recae sobre sus hombros, recordándole su nuevo rol en la periferia de la acción.

Enciende el ordenador, y las teclas comienzan a sonar bajo sus dedos con un ritmo constante. En el reflejo distorsionado del monitor, se adivina su rostro agotado. A cada línea revisada, a cada formulario archivado, el ruido de fondo de la estación se filtra por todos los rincones, invadiendo su aislamiento: las voces entrecortadas de los reclutas novatos, el arranque ronco de un compresor en el taller adyacente, las pisadas sobre el suelo pulido que reverberan como ecos de una vida que continúa sin pausa. Es el pulso vital de un lugar que late con independencia de ella, un organismo colectivo que no se detiene por una sola baja.

Como si Lauren Price nunca hubiera sido nada.

«Maldito sistema», masculla para sí misma.

No debería afectarle tanto, pero lo hace, como una espina clavada en lo más profundo de su orgullo. «¿Cuánto tiempo más tendré que soportar esto?», se pregunta en silencio, mientras sus dedos se detienen un instante sobre el teclado.

El reloj de pared marca las once en punto cuando deja caer el bolígrafo sobre la mesa con un gesto de frustración y se masajea el hombro con movimientos circulares, intentando aliviar la tensión acumulada. El gesto le provoca una punzada aguda que se extiende como un rayo hasta el omóplato, obligándola a apretar los dientes para no dejar escapar un gemido. La lesión evoluciona favorablemente, según los informes optimistas de la doctora Kinsley, pero la realidad es mucho más cruel y persistente. Porque su mente no está dispuesta a olvidar.

Aunque el dolor se disipa en cuanto Cassandra Sullivan recuerda la mirada de la doctora, una mujer que debe apartar de su mente cuanto antes.

El sonido estridente de la alarma irrumpe en su concentración como un trueno inesperado. El equipo se moviliza con una rapidez instintiva. Cassandra los observa desde la distancia, inmóvil como una

estatua, y con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho mientras el camión se pone en marcha. Las sirenas comienzan a sonar, y los vehículos se pierden entre las calles de la ciudad, dejando un rastro de luces parpadeantes en la distancia. De nuevo, se queda sola en la estación, envuelta en un silencio que se torna insoportable, como el vacío que sigue a una explosión.

Se levanta de la silla con un movimiento brusco y comienza a ordenar los archivadores sin necesidad alguna, reorganizando carpetas que ya están en perfecto orden, solo para mantener las manos ocupadas y la mente distraída. Todo lo que hace es un ritual para no pensar, para no sentir el vacío que amenaza con engullirla.

La hora de la comida llega tarde, como si el tiempo se hubiera dilatado en su aislamiento. El comedor se llena lentamente con los hombres y mujeres del turno de día, que buscan algo caliente y reconfortante antes de la próxima salida imprevista. La atmósfera es distinta desde la pérdida de Lauren: las conversaciones suenan como murmullos en una iglesia, y las risas aparecen de forma fugaz, disolviéndose rápido en el aire como burbujas en el agua.

Cassandra entra con una carpeta bajo el brazo. No se une al grupo principal, donde las charlas se entretejen con anécdotas del día, sino que se instala en la mesa junto a la pared, un rincón apartado donde

puede trabajar mientras come, o al menos fingir que lo hace. En el plato, la pasta se enfría sin que le preste la menor atención.

Kimberly se acerca con una bandeja en las manos, y se sienta frente a ella sin pedir permiso, como si supiera que no lo necesita.

—¿Es que no piensas darte un descanso para comer tranquila? —pregunta con un tono teñido de esa calidez que surge de su verdadera amistad.

—Estoy comiendo —responde Cassandra, pinchando un trozo de pasta con el tenedor más por educación que por apetito real, y llevándoselo a la boca.

—Claro, si tú lo dices —concede Kimberly con una sonrisa paciente—. ¿Cómo llevas lo de la evaluación? ¿Estás preparada para enfrentarte a esa jungla de preguntas?

—Bien —replica Cassandra, levantando la vista lo justo para parecer convincente, aunque sus ojos revelan un destello de duda fugaz —. La pasaré sin problemas, seguro. Estaré trabajando cuanto antes.

—Eso espero, de verdad —insiste Kimberly, dejando el tenedor a un lado y cruzando los brazos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante—. No te imagino encerrada aquí más tiempo, rodeada de

papeles en lugar del fuego. No es tu estilo. Echo de menos tu voz en medio de la oscuridad.

—Ni yo me imagino así —admite Cassandra, casi en un susurro.

Por un momento, ambas guardan silencio, una pausa cargada de complicidad y preocupación. A lo lejos, se oye una carcajada breve de los reclutas más jóvenes, un sonido efímero que rompe la quietud como un rayo de sol en un cielo nublado, pero que se apaga casi al instante. Kimberly se inclina un poco más, bajando la voz para crear una burbuja de intimidad entre las dos.

—¿Te puedo preguntar algo sin que me mates con la mirada o me envíes a hacer flexiones extras?

Cassandra arquea una ceja. Está a punto de reír.

—Depende de lo que preguntes.

—¿Tú crees que sería muy raro si le pidiera una cita a la doctora Quinn? —suelta Kimberly.

La expresión de Cassandra cambia ligeramente, pasando de la neutralidad a una sorpresa que, en realidad, no es tan sorpresa.

—¿La misma con la que me hiciste la encerrona el otro día?

Cassandra pone una sonrisa falsa y Kimberly carraspea.

—Sí, ella misma —confirma Kimberly, encogiéndose de hombros —. No sé… me parece interesante, y no hablo solo de lo obvio. Como su inteligencia o su forma de manejar el estrés. Hay algo más que…

—Te mueres por follártela, eso es lo que pasa —la interrumpe Cassandra con una franqueza brutal—. Así que ¿por qué te lo piensas tanto? La vida es corta. Lo sabemos mejor que nadie.

Kimberly abre los ojos de par en par, sorprendida por la crudeza de la respuesta, pero no ofendida; al contrario, porque una risa se escapa de sus labios. Es raro que la seriedad de Cassandra se rompa por ese tipo de comentarios.

—Vaya, directa al grano. No te andas con rodeos, ¿eh?

—No tengo paciencia para ir con medias tintas —explica Cassandra, dejando el tenedor sobre el plato y cruzando los brazos a su vez, adoptando una postura defensiva pero honesta—. Si te gusta, díselo de una vez. Si no, déjalo estar y pasa página. Pensarlo demasiado no sirve de nada. Te arrepentirás si no das el paso.

—Eso lo dirás por ti ¿no?, que no te dejas alcanzar por nadie, como si fueras una isla en medio del océano —le reprocha Kimberly y después mueve las cejas—. Deberías probar cómo sabe esa doctora.

Cassandra la fulmina con la mirada, y carraspea apartando la vista.

—No tengo tiempo para esas distracciones. Mi prioridad es volver al fuego, no tener un lío con mi doctora.

—Yo no lo considero una distracción, teniente —insiste Kimberly, bajando la voz aún más, como si temiera que las paredes oyeran—. Esto es la vida, lo que nos mantiene humanas en medio de este maldito caos.

La mirada de Cassandra se endurece, creando un muro invisible que se eleva entre las dos.

—No empieces con eso otra vez. Ya hemos tenido esta conversación un millón de veces.

Kimberly suspira, resignada, reconociendo dónde está el límite.

—Solo intento ayudarte. Eres mi amiga, y odio verte así, encerrada en ti misma.

—Ya lo sé —concede Cassandra—. Pero no puedes ayudarme con esto. Nadie puede. Es algo que tengo que resolver sola.

Ambas callan. Kimberly termina su comida sin insistir más, masticando en silencio mientras observa a su amiga de reojo. Cassandra agradece el silencio, aunque al mismo tiempo se siente más

sola que nunca, como si el vacío interior se expandiera con cada respiración.

Un par de compañeros se levantan de sus mesas y recogen sus bandejas, rompiendo el momento. Afuera, la luz se filtra por las persianas entreabiertas, tiñendo los azulejos blancos del comedor, como si el sol intentara infundir algo de calidez en un lugar marcado por la frialdad de la rutina. Cassandra fija la vista en el reflejo distorsionado de su plato vacío. Días atrás habría estado con ellos, en el corazón del grupo, esperando el sonido de las sirenas, bromeando entre turnos para aliviar la tensión. Ahora, lo único que hace es rellenar formularios que otros ignoran o archivan sin leer, un trabajo invisible que la corroe por dentro.

*

—Sullivan, ¿cómo va el informe de mantenimiento del equipo? —pregunta el capitán con su voz ronca, entrando sin ceremonia en la zona de recepción.

—Terminado, capitán —responde ella, señalando una carpeta apilada junto a otras tres, impecables en su orden—. He actualizado todos los registros hasta ayer, con anotaciones detalladas sobre posibles fallos preventivos.

Richards asiente con un gruñido de aprobación, hojeando brevemente las páginas. Allí, no pueden tener la cercanía que les caracteriza. Y de algún modo, lo odia.

—Buen trabajo, como siempre —le dice, más sonriente—. Por cierto, la doctora Kinsley me preguntó por ti esta mañana.

Cassandra levanta la cabeza con cautela.

—¿Ah sí? ¿Qué quería saber exactamente?

—Asegurarse de que sigues el reposo prescrito al pie de la letra —explica el capitán, mirándola fijamente unos segundos antes de añadir —: No le diste esa impresión la última vez que os visteis. Parecías... inquieta.

—Estoy cumpliendo las órdenes al detalle, capitán —asegura Cassandra, sosteniendo su mirada sin parpadear—. Es más, presiento que después de la evaluación me van a dar el alta —le aclara, y pone la sonrisa más falsa que sabe.

Él la observa un momento más, como si quisiera añadir algo; sobre el duelo o la impaciencia, pero se contiene porque sabe que no serviría de nada. Luego asiente con un gesto breve y se marcha. Cassandra deja escapar un suspiro largo y contenido. Sabe que nadie la cree.

«Tengo que pensar en algo…»

El hombro empieza a dolerle de nuevo, Cassandra se lo frota con la mano, sintiendo cómo los músculos se tensan bajo la piel. Debería descansar, tumbarse en el sofá de la sala de descanso y cerrar los ojos por un rato, pero lo único que hace es abrir otro informe y sumergirse en sus páginas.

A través del cristal empañado, ve cómo un vehículo entra al hangar con las luces aún encendidas, proyectando sombras alargadas en las paredes. Los bomberos bajan uno a uno, cubiertos de hollín y cansancio, con sus rostros ennegrecidos por el humo y el sudor. Algunos se quitan los cascos antes de llegar al interior. Se ayudan unos a otros sin apenas hablar, despojándose de las chaquetas con movimientos automáticos.

Cassandra los observa con frustración, un remolino de emociones que le aprieta el pecho. Esa es su familia, su lugar en el mundo, forjado en el calor de las llamas y la solidaridad inquebrantable. Y, sin embargo, está al otro lado del cristal, como una espectadora involuntaria en su propia vida.

Aprieta los puños hasta sentir el latido acelerado en las muñecas, y las uñas clavándose en las palmas.

—No pienso permitir esto un día más —murmura para sí misma.

Saca el móvil del bolsillo y busca un número que hace tiempo no marcaba. Tarda unos segundos en decidirse, pero finalmente escribe un mensaje: «¿Estás libre esta noche? Me gustaría pedirte un favor.»

Pasan solo unos minutos antes de que la pantalla se ilumine con una respuesta: «Claro. Pero tú te encargas de las cervezas.»

El mensaje termina con un guiño. Cassandra se queda mirando el icono parpadeante de la pantalla antes de bloquearla. Sabe que lo que está a punto de hacer no es correcto. Pero hace tiempo que la línea entre lo correcto y lo necesario dejó de estar clara. Y mientras la estación respira en silencio a su alrededor, con el ritmo pausado de un gigante dormido, Cassandra Sullivan decide que, cueste lo que cueste —dolor, mentiras o sacrificios—, volverá al frente, reclamando su lugar en el fuego.

Capítulo 12

La puerta metálica de acceso a la azotea chirría cuando Nora —la ex más importante de Cassandra— la empuja con el hombro. El aire de Chicago irrumpe entonces con violencia, un frío cortante y punzante que azota el rostro de Cassandra como una bofetada revitalizante, despejando de golpe la niebla que se había acumulado en su mente durante el trayecto desde la estación.

Ahí arriba, la ciudad se extiende como un tablero infinito y caótico de luces titilantes: rascacielos que perforan el cielo oscuro con arrogancia, el tráfico incesante que serpentea por las avenidas, sirenas lejanas que ululan en la distancia; todo vibrando bajo un viento obstinado y caprichoso que arrastra consigo el malestar de un día asqueroso.

—Me has tenido todo el día preguntándome si te arrepentirías de querer verme o no —comenta Nora sin volverse hacia ella, asegurándose con un gesto preciso de que la puerta no se cierre de golpe tras ellas.

La azotea es amplia y desolada, delimitada por un parapeto de cemento agrietado por el tiempo y las inclemencias, y salpicada de un

conjunto de macetas secas y polvorientas que en algún momento remoto habían sido un intento fallido de jardín urbano; ahora reducido a esqueletos de tierra cuarteada y tallos marchitos. Al fondo, junto a un pequeño trastero que parece desafiar la gravedad, dos sillas plegables de metal esperan con resignación cerca de una mesa metálica despintada.

Nora la invita a sentarse y Cassandra obedece en silencio, acomodándose con cuidado para ocultar el ligero tirón de su hombro.

—No recordaba que te gustara tanto estar a esta altura, pelándote de frío —dice Cassandra, mientras abre una de las botellas de cerveza.

—No es por las vistas, aunque no estén mal —responde Nora, sentándose frente a ella con una gracia natural, cruzando las piernas en un gesto relajado—. Es porque aquí no hay paredes que te encierren. Solo cielo y espacio para respirar. Además, sé que te molesta el humo del tabaco —añade, y se enciende el primer cigarrillo.

Cassandra esboza una sonrisa cómplice, limitándose a observar cómo la brisa revuelve el pelo de Nora, mechones oscuros danzando como sombras vivas. Su ex siempre tuvo esa habilidad innata para recordar cosas que probablemente, ella nunca haría.

Bebe un trago largo y profundo de la cerveza fría.

—¿Por qué has querido verme? —pregunta Nora—. No me creo ni por un segundo que solo sea nostalgia por los viejos tiempos, por esas noches en las que todo parecía más simple.

Cassandra deja la botella sobre la mesa, pero sigue sujetándola con la mano. El frío del cristal se transfiere a su piel, un contraste con el calor que empieza a subirle por el cuello.

—Necesito un favor —admite, y las palabras salen con esfuerzo, porque odia mostrarse vulnerable ante alguien.

Nora sonríe con esa calma inalterable que siempre la caracterizó, como si ya hubiera anticipado la respuesta desde el momento en que aceptó esa «cita».

—Si vas a pedirme dinero, te advierto que sigo pagando la reforma del baño de mi apartamento, y eso ya me tiene al límite —bromea con ligereza, aunque el tono subyacente revela que solo está midiendo el terreno.

Cassandra jamás le ha pedido dinero.

—No es eso —interrumpe Cassandra, respirando hondo para armarse de valor—. Es…

Nora entrecierra los ojos, observándola con una atención felina que Cassandra conoce demasiado bien: es la forma que tiene de

indicarle, sin palabras, que no tolerará rodeos ni evasivas.

—Quiero volver al servicio activo lo antes posible —confiesa, mirándola con firmeza—. Necesito el alta médica. Y tu hermano podría hacerlo.

Nora deja la botella sin haber bebido un solo sorbo, manteniendo la mirada fija en Cassandra sin parpadear.

—Vaya. Eso sí que es empezar fuerte, directa al grano —murmura, con un matiz de sorpresa que no logra disimular del todo.

El viento les revuelve el pelo con más insistencia. Cassandra mete las manos en los bolsillos de la chaqueta para calentarlas, pero también porque le sudan de forma traicionera, un síntoma de la vulnerabilidad que odia exponer. Odia pedir ayuda en general, y más aún a Nora, la última persona ante quien debería mostrar esas grietas.

—Nora, solo es firmar un papel —insiste, midiendo cada palabra como si caminara sobre un fuego vivo—. Él lo valida con su criterio profesional, y yo vuelvo al trabajo.

—No es «solo una firma» —replica Nora con contundencia—. Es falsificar una autorización médica para que vuelvas a entrar en un incendio cuando todavía no estás recuperada del todo, arriesgando no solo tu integridad, sino la de todo el equipo.

Cassandra siente el golpe directo de esas palabras, un impacto que se ensancha en su pecho como una explosión. Mira hacia el horizonte, donde el tráfico parece formar una arteria iluminada y pulsante, un río de luces rojas y blancas que fluye sin cesar, indiferente a sus dilemas.

—Entreno a diario —argumenta, volviéndose hacia ella con intensidad—. Empujando mis límites. Puedo hacerlo, Nora. Solo necesito volver ya, antes de que esta maldita calma me consuma. No puedo seguir en la 51 haciendo el papeleo mientras los demás salen a cubrir emergencias reales, a salvar vidas.

Nora se apoya en el respaldo de la silla con un suspiro, parece relajada, pero en realidad está alerta. Cassandra sabe que, en cualquier momento, podría levantarse e irse sin más explicaciones; ella siempre ha sido así: o está dentro del juego con total compromiso, o lo abandona sin aviso, como un viento que cambia de dirección caprichosamente.

Por su mente, también se cruza la imagen de su padre, y lo muy decepcionado que estaría de ella.

—¿Te estás escuchando a ti misma? —murmura Nora, sin preámbulos—. Si vuelves antes de tiempo, una mala caída, un mal

movimiento..., y se acabó. No hablo de meses de rehabilitación dolorosa. Hablo de quedarte fuera del cuerpo de bomberos para el resto de tu vida, convertida en una sombra de lo que fuiste. Después de lo mucho que te ha costado llegar hasta aquí.

Cassandra cierra los ojos un instante, y la idea se le clava en la cabeza. Pero tampoco la hace desistir.

—En este momento no puedo quedarme fuera. No sé quién soy si no estoy en activo, si no estoy en el corazón del fuego. Tengo que hacerlo por Lauren…

Nora deja escapar un suspiro.

—Ahí está el problema, Cass. Tu identidad no puede depender de un incendio, de una sirena que te lleve al caos. Eres más que eso, aunque te niegues a verlo.

Un silencio pesado se instala entre ellas. El viento golpea la barandilla metálica con fuerza, haciendo vibrar un cartel cercano.

—Te pido este favor porque confío en ti —dice Cassandra, casi suplicándole que cumpla con su petición—. Y porque confío en tu hermano, en su discreción y en su juicio.

Nora ladea la cabeza, un gesto escéptico que Cassandra interpreta al instante.

—No. Me estás pidiendo este favor porque piensas que soy la única lo bastante temeraria y loca, como para aceptar el riesgo y meterse en esto contigo. Y porque sabes que también podría beneficiarme de este trato.

No es mentira, y Cassandra no lo niega; solo asiente sutilmente, aceptando la cruda realidad.

—Solo quiero volver a mi puesto —insiste Cassandra, con un fervor que crece en su voz—. Estoy perdiendo el ritmo día a día. El equipo no me necesita rellenando informes, necesita a alguien en el terreno.

Nora la mira durante varios segundos eternos, evaluándola despacio, luego toma aire profundamente.

—Mi hermano no firmará nada sin una revisión completa y exhaustiva —explica con claridad—. Y aunque yo se lo pida, preguntará por tu evolución detallada, por tus pruebas físicas recientes. No es un trámite burocrático, Cassandra; también pondríamos en juego su licencia.

Cassandra deja la botella a un lado y presiona sus sienes con los dedos, intentando aliviar la presión que se acumula en su cabeza.

—En dos días tengo la evaluación psicológica —confiesa—. Si paso esa barrera, y lo voy a hacer, el alta médica será lo único que tendré pendiente.

Nora baja la mirada y juega con el papel de la etiqueta de la botella, despegándola con las uñas, un gesto nervioso que revela la preocupación creciente por su ex.

—¿Y estás preparada para desenterrar lo que ha pasado?

Cassandra aprieta la mandíbula.

—No importa si lo estoy o no. Solo sé que haré lo que sea necesario para volver.

Durante unos segundos, ninguna habla. La urbe continúa bajo ellas, ajena e indiferente a esa conversación que parece sujetar a Cassandra con más fuerza que cualquier arnés en una intervención de alto riesgo, un lazo invisible de emociones y decisiones pendientes.

Nora termina su cerveza de un trago largo y saca otra de la caja. Se la pasa a Cassandra sin mirarla directamente. Sabe que no va a convencerla de que desista, por lo que piensa en un beneficio para las dos.

—Está bien, supongo que si voy a concederte este favor… Podrías hacer otra cosa por mí —comenta Nora.

Cassandra levanta la mirada con rapidez, dispuesta a escucharla.

—Estoy trabajando en un proyecto personal —continúa Nora—. Voy a abrir un espacio cultural en el West Loop. Un edificio antiguo que era un taller mecánico, con techos altos y estructura expuesta… muy bonito en potencia, pero un caos absoluto en cuanto a normativa y seguridad. Necesito un informe detallado de seguridad contra incendios para poder agilizar la licencia de apertura. Y no quiero contratar a una consultora cualquiera, impersonal y cara. Necesito a alguien que sepa lo que hace.

Cassandra la observa, midiendo las implicaciones, pesando en el riesgo y los beneficios. Aunque eso último ya lo tiene muy claro.

—¿Quieres que revise el local yo misma?

—Quiero que revises el local como la profesional que eres —corrige Nora, enfatizando cada palabra—. Que me digas qué medidas de extinción necesito instalar, los puntos débiles estructurales, las rutas de evacuación óptimas, los detectores…, todo el paquete para pasar la evaluación. Si haces eso, hablaré con mi hermano, él también va a invertir en el negocio. Pero no para que falsifique el informe, sino para que te haga una revisión real y honesta. Si estás bien de verdad, te firmará el alta.

Cassandra respira hondo. Ese le parece un puente que podría cruzar sin ningún tipo de riesgo.

—¿Y si no estoy bien, según su criterio? —le pregunta a Nora.

—Entonces no te lo firmará —responde, directa como siempre—. Y tendrás que asumirlo, enfrentarte a la realidad y curarte como es debido.

Cassandra aprieta la mandíbula, el orgullo le arde en el pecho como una brasa viva, pero la alternativa es peor: seguir atrapada en la estación, observando cómo el resto trabaja con pasión mientras ella cuenta días interminables tras un escritorio, erosionando su esencia.

—¿Cuándo quieres que vea el edificio? —inquiere Cassandra, cediendo el terreno.

—Mañana por la tarde —responde Nora sin dudar, con esa determinación que siempre la definió—. Antes de tu evaluación psicológica. Así entrarás con la cabeza puesta en algo real, concreto, que te ancle al presente en lugar de al pasado.

Cassandra se ríe sin querer y con sinceridad por primera vez en los últimos días.

—Tan dramática como siempre —le dice a Nora.

Abren otra cerveza cada una. El frío les enrojece las manos y las mejillas, tiñendo la piel de un rubor involuntario. Nora sacude el pie contra el borde de la silla con impaciencia, contemplando el vacío infinito de la ciudad que se extiende a sus pies como un mar de posibilidades.

—La verdad es que nunca he entendido por qué te cuesta tanto permitirte descansar —murmura—. No pasaría nada por hacerlo, Cass. Solo es cuestión de darte tiempo.

—Porque si paro, estaría dándole vueltas a todo lo que ha pasado —responde con honestidad cruda—. Y se me vendrá encima todo lo que no controlé, todo lo que perdí en ese incendio.

Nora asiente lentamente y después extiende su mano hacia Cassandra.

—Entonces, trato hecho —dice Nora.

Cassandra la mira unos segundos eternos, evaluando el gesto y luego estrecha su mano con firmeza, en un apretón que transmite algo más que confianza.

—Trato hecho —responde la teniente.

No hay nada más que agregar.

La ciudad respira abajo con su pulso incesante, ajena a ese acuerdo. El viento les enreda el pelo y beben en calma. Después de muchos días, Cassandra siente que por fin está cogiendo de nuevo las riendas.

Capítulo 13

—¿¡Que ha hecho qué!?

La frase brota de los labios de Lara a todo volumen, un estallido involuntario que resuena en el amplio comedor. Ni siquiera lo piensa; es una reacción visceral, instintiva.

El golpe seco del vaso de cristal contra la mesa llega medio segundo después, un impacto que hace vibrar la superficie y provoca que el agua se derrame. Dos mesas cercanas se giran al unísono para mirar a la doctora Kinsley con sorpresa. Avery Quinn ahoga una carcajada mal contenida, y se inclina hacia delante con agilidad para ofrecerle una servilleta, aunque ya es demasiado tarde.

Lara parpadea varias veces, obligándose a recuperar el control de su respiración. Deja la servilleta sobre el charco, moviéndola de un lado a otro con gestos torpes e ineficaces, como si intentara borrar la explosión emocional que la confesión de su compañera le ha provocado.

Avery está disfrutando de lo lindo; se le nota en el brillo travieso de los ojos, en la forma en que se reclina en la silla con despreocupación, como si acabara de soltar una bomba atómica solo

por puro entretenimiento, para medir el impacto que sus palabras han tenido en la cirujana.

—Pues sí, has oído bien, palabra por palabra —confirma Avery con una tranquilidad insultante, casi perezosa, mientras se inclina ligeramente para enfatizar su punto—. La teniente Cassandra Sullivan tiene el alta médica firmada. Vuelve a estar en activo.

Lara abre la boca y vuelve a cerrarla sin que salga ninguna palabra coherente. Cassandra Sullivan tiene el alta médica. Dos términos que, en su mente entrenada para el rigor médico, aún no pueden coexistir en la misma frase sin generar una contradicción flagrante después de la última evaluación que tuvo con ella. Y por supuesto, sin ser ella misma quien la haya firmado.

—Eso no puede ser cierto —murmura casi para sí misma, como si al decirlo en voz alta pudiera conjurar la realidad alternativa.

Pero Avery asiente con lentitud, cruzándose de brazos sobre la mesa con una seguridad que roza la provocación.

—Pues sí que lo es, y de fuente fidedigna —insiste, contrastando con la gravedad del tema—. Al parecer fue a un médico privado, y este le hizo una evaluación física que salió bien. Y cuando digo bien, me

refiero a que el tío ha firmado el alta sin pestañear, sin una sola duda aparente.

El restaurante continúa su ritmo normal a su alrededor, ajeno al terremoto emocional que acaba de desencadenarse en esa mesa concreta, un oasis de caos en medio de tanta elegancia. Están en el Everest, un restaurante exclusivo de Chicago situado en la planta cuarenta de un edificio acristalado que se erige como un faro en el skyline urbano. Es uno de esos sitios a los que solo se va cuando hay una ocasión especial que celebrar o cuando la obsesión por la gastronomía justifica el dispendio.

Desde allí arriba, las luces del tráfico parecen un río interminable y serpenteante de rubíes y diamantes, fluyendo entre las calles con vida propia, indiferente a los dramas mundanos que ahora mismo las acogen.

La mesa está ocupada por un grupo mixto y animado de amigos, compañeros de guardias interminables y algún conocido del servicio de traumatología, una camaradería forjada en el fragor de las emergencias. Ethan, el enfermero de la UCI, habla animadamente de un maratón que está preparando, gesticulando con las manos para ilustrar las cuestas infernales. Marla, la anestesista de risa contagiosa, se ríe de algo que acaba de soltar Thomas, el residente de cardiología con su humor

irreverente. La conversación fluía sin tensión alguna, un bálsamo de normalidad en sus vidas caóticas, hasta que Avery, como quien no quiere la cosa, ha soltado la bomba.

Y la doctora Kinsley todavía no se lo puede creer.

Lara siente cómo la rabia la sacude, una corriente eléctrica que asciende desde el estómago hasta la garganta, quemando todo a su paso. Y después de servirse otro poco de agua y dar un sorbo, continúa escupiendo su frustración.

—¿Qué está bien? —repite, indignada—. ¡Ni de broma está bien! ¿Cómo se le ocurre…? Dios, qué poco profesional, qué irresponsable.

Lara quiere seguir hablando, desgranar toda su frustración, pero nota las miradas curiosas de los comensales cercanos y de sus propios compañeros. Ha levantado la voz otra vez, rompiendo la burbuja de discreción. Lara respira hondo, obligándose a bajar el tono, y apoya la palma de la mano sobre la mesa para anclarse, para mantener la calma que su profesión exige.

—Vale —añade después, esforzándose por sonar profesional, aunque el pulso le late en las sienes—. ¿Cómo te has enterado exactamente? ¿De dónde has sacado la información?

Avery juega con el tallo delicado de su copa de vino, girándolo entre los dedos con una lentitud deliberada. Sonríe de una forma pícara.

—Me lo ha dicho Kimberly, en confianza —revela, dejando caer el nombre como una migaja irresistible.

El nombre de la bombera recorre la mente de Lara como una gota de tinta derramada. Hace nada estaban en la azotea del hospital, con el viento azotando sus rostros mientras revisaban el material de rescate. Pero, sobre todo, de ese momento, recuerda a Cassandra, desafiante, dispuesta a todo para conseguir exactamente lo que ha obtenido.

Lara intenta borrar la imagen de su mente con esfuerzo, sacudiendo la cabeza.

—¿Kimberly? —pregunta despacio. Quiere asegurarse de haber entendido bien.

Avery asiente, y la sonrisa se le ensancha hasta convertirse en una mueca de satisfacción felina.

—El otro día salimos por ahí juntas, a tomar algo, y bueno… parece que va bien, que yo tenía razón en que hay química entre nosotras —confiesa, dejando escapar un suspiro.

Lara la observa con los ojos entrecerrados, sabiendo que Avery no dice nada sin intención.

—¿Tú, dejando el mercado de posibles mujeres y hombres follables? No me lo creo ni de coña —dice Lara, buscando refugio en la ironía, un escudo familiar para desviar el foco de lo que verdaderamente importa.

Avery pone una mano en el pecho, exagerando la ofensa fingida con un gesto teatral.

—Eh, puedo comprometerme si quiero, si la persona lo merece, claro —protesta, aunque el brillo en sus ojos delata la diversión que está sintiendo.

—No puedes comprometerte ni con un turno de 24 horas sin quejarte —añade Thomas desde el otro lado de la mesa, mientras el resto estalla en carcajadas genuinas, un estruendo que alivia la tensión acumulada.

Lara coge el vaso con agua y bebe un sorbo largo para calmarse, aunque el líquido está demasiado frío para lo que necesita. Avery da otro sorbo a su vino tinto, mirándola con el gesto travieso de quien guarda una carta adicional en la manga, lista para jugarla.

—Al menos yo no me desahogo con mi vecina cuando está claro que a quien te quieres tirar es a esa bombera buenorra, la teniente Sullivan en persona —suelta de pronto.

El silencio cae sobre la mesa con una rapidez incómoda.

Lara siente un golpe en el estómago. Ethan deja los cubiertos sobre el plato, y Marla se queda mirando a las dos con los ojos muy abiertos. Thomas se atraganta con una aceituna, tosiendo en su servilleta. Es un desastre absoluto, un momento que provoca que la vergüenza acuda a las mejillas de la doctora Lara Kinsley.

—Deja de decir tonterías —espeta Lara, quizá demasiado a la defensiva.

Avery levanta las cejas, desafiante.

—No son tonterías, son hechos evidentes —insiste—. Tengo muy claro que te gusta. Kimberly y yo lo vimos en la azotea, tenéis una química palpable.

Lara siente el calor subirle por el cuello, vulnerabilidad expuesta en estado puro, cruda y desnuda. Y odia sentirse expuesta, como un paciente bajo el bisturí.

—En la azotea solo visteis… Mira, da igual —corta, agitando la mano para disipar el tema—. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Algo que no involucre mi vida personal.

El grupo acepta el cambio de tema con alivio. Las conversaciones retoman su cauce con fluidez, y Lara finge concentrarse en la comida, pinchando el filete, pero su mente está en otra parte, vagando por los pasillos del hospital.

No consigue apartar la imagen de Cassandra: el momento en que la vio cojear ligeramente en la azotea, la manera en que tensó el gesto para ocultar el dolor punzante, el temblor involuntario de su respiración cuando presionó la articulación lesionada. Esa mujer tiene un sentido excesivo del deber, una obstinación que la arrastra hacia decisiones peligrosas, como un imán hacia el abismo.

«A un médico privado. Qué tonta».

La idea de que vuelva a intervenir sin estar preparada al cien por cien le hierve la sangre, un fuego que late en sus venas.

El resto de la comida transcurre con armonía, risas genuinas, historias compartidas en una complicidad que alivia el peso del día a día. Lara se siente agradecida en el fondo: es raro tener un momento de descanso sin emergencias inminentes, sin esa sombra de la muerte acechando tras cada puerta del hospital. Durante un rato, se permite disfrutarlo de verdad, riendo con Ethan sobre anécdotas de la UCI.

A lo largo de la comida, Lara recibe dos mensajes de su hermana pequeña, Caroline: «¿Tienes planes hoy? ¿O vienes conmigo a cenar con mamá y papá para evitar que me tire por la azotea?»

Lara no puede evitar sonreír, un gesto tierno que suaviza sus facciones. Sabe que su hermana exagera, como siempre, pero del modo que consigue enternecerla y preocuparla a partes iguales, un recordatorio de la vida más allá del hospital. Le responde que sí, que irá sin falta, después de la comida con sus compañeros. «En nada terminamos».

Cuando el grupo pide el postre —un soufflé de chocolate que se derrite en su boca—, Lara ya está más tranquila, el tema de Cassandra ha quedado enterrado entre bromas y copa y media de vino que ha aflojado la tensión. Avery, sin embargo, sigue observándola de reojo.

La comida finaliza entre abrazos efusivos y Avery es la última en despedirse de Lara, demorándose con intención.

—Ven aquí, tonta —dice, abriendo los brazos con calidez.

El abrazo es un refugio momentáneo en medio del bullicio. Avery le da un beso en la mejilla y luego baja la voz para que solo ella la escuche

—Espero que tu mente no esté ahora mismo calculando cómo y cuándo le vas a echar una bronca épica a la teniente Sullivan, porque sé que lo estarás pensando.

Lara bufa y pone los ojos en blanco, pero una sonrisa traicionera asoma por sus labios.

—Déjame en paz, Avery.

—Sabes que tengo razón, como siempre —insiste su amiga, con un guiño.

—No siempre —responde Lara, aunque no tiene convicción real.

Avery se aleja caminando hacia la salida del restaurante con su paso ligero, se gira una última vez y la saluda con un gesto amplio de la mano. Luego desaparece entre el gentío del vestíbulo, engullida por la corriente de gente.

Lara respira profundamente, exhalando el aire contenido. No se había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta ese instante. Coge su abrigo del respaldo de la silla y sale, empujando la puerta giratoria hacia el exterior.

El aire de Chicago la recibe. El cielo está cubierto por completo, como si la ciudad estuviera contenida bajo una cúpula gris y opresiva, amenazando con llover. A su alrededor, la calle vibra con el tráfico

vespertino: coches que avanzan en fila, taxis amarillos que pitan con impaciencia, alguna sirena distante que suena en el horizonte…

Mientras camina hacia el coche aparcado en el parking, se fija en los detalles que la rodean, anclándose al presente: el aire helado que se cuela bajo el abrigo y eriza su piel, el sonido rítmico de los tacones de una mujer que avanza con prisa sobre la acera resbaladiza, los grafitis coloridos pintados en un lateral de un edificio abandonado, la luz de un semáforo que parpadea en rojo intermitente antes de cambiar al verde liberador. Respira hondo otra vez e intenta ordenar sus pensamientos.

Pero la imagen de Cassandra regresa inexorable mientras le hacía la última evaluación, y cómo descubrió unos gestos de dolor que intentó ocultar con estoicismo, frunciendo el ceño por un segundo. Igual que el temblor involuntario de su respiración cuando presionó la articulación, un detalle que Lara , no pasó por alto.

Pensó que había conseguido asumirlo, archivarlo en la categoría de paciente rebelde y obstinada sin más. Pero no. No puede. No cuando alguien arriesga su salud, su vida entera, para volver a un escenario peligroso por puro orgullo, por una necesidad de probarse a sí misma.

«Ni de coña está bien», se repite entre pensamientos.

Llega a su coche, abre la puerta y se sienta en el asiento del conductor. Lara apoya las manos en el volante, dejando que el silencio del habitáculo la envuelva durante unos segundos. Después, se abrocha el cinturón con movimientos automáticos. Enciende el motor y se dispone a domar la ciudad.

Por mucho que quiera negar las palabras de Avery, sí que está pensando en lo que le dirá a Cassandra cuando la vuelva a ver, ensayando frases en su mente que soltará en cuanto se vean.

Porque se van a ver, inevitablemente. Y esta vez, no habrá evasivas.

Capítulo 14

Las sirenas de los vehículos atraviesan las calles de Chicago a toda prisa. Cassandra Sullivan, se encuentra en la cabina del camión de bomberos, con los guantes aún sin poner, y el casco reposando sobre sus rodillas. Han transcurrido exactamente dos días desde que regresó al servicio activo, dos días desde que franqueó el umbral de la Estación 51 con el alta médica firmada por un médico que no era, ni de lejos, la doctora asignada a su caso.

Dos días desde que tomó la decisión irrevocable de no permitir que nadie, ni siquiera ella misma, la cuestionara de nuevo.

Por mucho que la doctora Kinsley no estuviera de acuerdo. «Lara me debe estar odiando…»

—Restaurante «Harbor's Flame», dos plantas —recita Eliana desde el asiento contiguo, su voz suena en los auriculares de todos mientras consulta la Tablet con los datos que llegan por la radio central —. Origen en la cocina, con propagación al piso superior. Varias personas atrapadas, según los testigos. Posible colapso parcial en la estructura trasera.

Cassandra vuelve a la realidad y asiente, sin alzar la vista del suelo del camión. En su mente, un mapa táctico se despliega con precisión al observar el plano que le enseña su compañera. Parece ser que el acceso principal está obstruido por las llamas voraces, que la salida de emergencia se encuentra en la zona de cocinas, y que las escaleras interiores son la vía principal de propagación vertical, con un riesgo inminente de *flashover*. El patio trasero emerge como una entrada secundaria viable, un flanco que podría salvar vidas si se explota con rapidez.

«Lo tengo bajo control. No es más que otro incendio, nada que no haya hecho mil veces antes», se dice para sí misma.

Un pinchazo punzante en el tobillo le recuerda, con crueldad, que el cuerpo no siempre obedece a la voluntad de hierro. Pero ella lo ignora, como ha hecho los últimos días, relegándolo a un rincón oscuro de su conciencia.

—Escucha, Cass —murmura Eliana, inclinándose ligeramente hacia ella—. Si en algún momento sientes que... ya sabes, que necesitas un respiro o apoyo extra, solo dilo.

Cassandra gira la cabeza con lentitud, clavando en ella una mirada que dura un segundo de más, escudriñando las arrugas de

preocupación en el rostro de su compañera.

—Estoy perfectamente —responde, con una convicción admirable.

Es una mentira flagrante, pero su voz no titubea, y eso basta para que suene irrefutable.

La radio crepita de nuevo con urgencia. Cassandra se pone el casco, y se ajusta las correas a la mascarilla, lista para dar paso al oxígeno en cuanto sea necesario. Cuando el camión dobla la esquina y derrapa, el mundo entero se baña en un resplandor anaranjado, un infierno que devora la noche.

El fuego envuelve la fachada del restaurante como una bestia viva, lenguas de llamas que lamen el ladrillo con avidez insaciable. El humo negro, sale por las ventanas del segundo piso, cuyas vidrios ya se agrietan bajo la presión térmica, estallando en cascadas de cristales que llueven sobre la acera. Un corrillo de transeúntes aterrorizados grita desde la calle, agitando los brazos hacia el interior, mientras una mujer, con el rostro demudado por el pánico, intenta franquear la cinta policial amarilla; dos agentes uniformados la retienen con esfuerzo.

Cassandra salta al asfalto antes de que el camión se detenga del todo, y sus botas golpean en un impacto que siente en el tobillo.

—¡Eliana, manguera primaria en posición! ¡Equipo de ventilación, conmigo al frente! ¡Conectad la alimentación al hidrante de la esquina noroeste, a máxima presión! —ordena con una voz que corta el aire como un látigo, firme y autoritaria, sin un ápice de duda.

Richards se queda en la vigilancia fuera mientras ellos empiezan a trabajar.

El equipo se moviliza en una sinfonía caótica pero precisa, como una unidad militar en plena batalla. Los bomberos se colocan los aparatos de respiración autónoma, y de nuevo, Cassandra siente el peso del cilindro de oxígeno en su espalda, un compañero fiel que puede robarte todo el espacio pero que te regala vida. Siempre lo ha pensado así.

—Hidrante conectado —informa Gabe Nolan, a través de la radio portátil.

—Recibido. Manguera primaria lista —responde Eliana, manipulando la válvula.

Cassandra agarra el extremo de la línea de ataque y respira hondo, preparada para iniciar la intervención.

—Entramos por la zona secundaria. Ventilación positiva en tres... dos... uno. ¡Ahora!

La puerta cede con un crujido estruendoso bajo el impacto de su bota, y rápidamente, el calor les azota como una bofetada, forzando sus músculos a resistir. Cassandra avanza sin vacilar, entre la visibilidad reducida a meros contornos borrosos en un mar de humo grisáceo que se arremolina a su alrededor.

«Respira hondo. Controla el ritmo. No estás en el incendio donde Lauren murió. Esto es el presente. Aquí y ahora.»

Pero la memoria es una traidora implacable, ajena al calendario. Las imágenes irrumpen tan rápido como el humo: Lauren desplomándose entre las vigas en llamas, el crujido ominoso de la estructura colapsando, el silencio sepulcral que lo engulló todo después.

Cassandra sacude la cabeza con vehemencia, disipando los fantasmas.

—¡Confirmado: dos víctimas atrapadas en el segundo piso, pasillo central! ¡Posible inhalación de humo severa! —transmite la voz del capitán Raimond Richards por radio, entre el crepitar de las llamas.

«Segundo piso. Escaleras interiores comprometidas. Propagación vertical acelerada por la convección», se repite Cassandra mentalmente.

—Eliana, tú vienes conmigo al pasillo superior con la manguera. Kimberly y Gabe, revisad la cocina y la salida trasera; barred focos secundarios y confirmad evacuación. Mantened el canal abierto en todo momento, ¿estamos? —ordena Cassandra.

—¡Sí teniente! —confirma Gabe, y el resto hace lo mismo.

Después, avanzan entre un laberinto de mesas volcadas, sillas reducidas a esqueletos carbonizados y fragmentos de vajilla hecha añicos que crujen bajo sus botas. Cassandra dirige el chorro de agua con maestría.

—Escaleras a las doce en punto —anuncia Eliana.

Cassandra alza la vista y evalúa la estructura antes de asentir.

—Muy bien, subimos en formación. Con paso firme, peso distribuido. Controla la respiración; nada de hiperventilar —instruye, repitiendo el mantra que imparte a los novatos, aunque para ella misma sea un lujo inalcanzable cuando la adrenalina inunda sus venas como un río desbocado.

Ascendiendo peldaño a peldaño, el calor se intensifica. En el segundo piso, localizan al primer hombre desplomado contra una puerta, semiinconsciente, y con el rostro cubierto de hollín. Eliana

aparta los cristales rotos con el pie mientras Cassandra verifica que todavía respire.

—Tranquilo, amigo, te sacaremos de aquí ahora mismo. Sube los brazos por mis hombros, yo te sostengo.

El hombre asiente con un gemido ronco, incapaz de articular palabras. Cassandra lo guía escaleras abajo, cada paso es un desafío para su tobillo y también para su hombro, que protestan con pinchazos que se esfuerza por ignorar.

La segunda víctima yace en un pequeño almacén contiguo, una mujer joven acurrucada tras varias cajas apiladas, tosiendo convulsivamente. Cassandra se arrodilla, le coloca la máscara de emergencia secundaria y la ayuda a ponerse en pie.

—Ya está, respira despacio y profundo. Estás a salvo —susurra y el tono de su voz es un ancla en mitad de esa tormenta.

El fuego ruge en el techo del pasillo, ávido de oxígeno fresco. Cassandra eleva la manguera, creando una cortina de agua vaporizada que actúa como barrera, mientras Eliana escolta a la mujer.

En un giro para reposicionar el chorro, el tobillo la traiciona. La manguera se escapa, y el chorro descontrolado azota la pared con un

estruendo. Cassandra pierde el equilibrio, pero unas manos firmes la aferran de la chaqueta.

—¡Agárrate! —grita Eliana, estabilizándola poco después.

Cassandra siente el pulso martilleando en su garganta como un tambor de guerra.

—¿Estás bien, teniente? —pregunta Eliana por radio.

—Afirmativo, solo ha sido un tropiezo. Continuamos —miente Cassandra, recuperando la manguera; después de que hayan cortado el flujo, con manos temblorosas, asegurando la empuñadura como si nada hubiera pasado.

«No pienses en el dolor. Actúa. Solo actúa.»

Prosiguen hasta depositar a ambos rescatados en manos del personal sanitario exterior, donde los paramédicos los envuelven en mantas térmicas y les administran oxígeno. La brisa nocturna azota a Cassandra al emerger, un bálsamo gélido contra su piel enrojecida. Se arranca la máscara, luego el casco, y aspira el aire real que la envuelve.

El frío debería ser un alivio. Pero no lo es; solo acentúa el vacío.

Su tobillo late como un corazón expuesto, pero la adrenalina lo mantiene a raya todo el tiempo. Cuando vuelve a entrar, el equipo extingue el incendio, mientras Cassandra se yergue, supervisando cada

movimiento, luchando contra el impulso abrumador de desplomarse, de cerrar los ojos y rendirse al agotamiento.

No repetirá aquel error. Nadie quedará atrás. Nunca más.

Minutos después, ya en la ambulancia de la unidad que traslada a los rescatados al hospital, Cassandra acompaña a Kimberly en silencio. No es lo normal para una teniente. Pero ha insistido, con un miedo visceral a que algo se escape de su control, a que un detalle mínimo derive en catástrofe.

Kimberly la observa de reojo mientras conduce.

—No era necesario que vinieras, Cass. Tenemos esto cubierto.

—Quería cerciorarme personalmente de que llegan estables —responde Cassandra.

—Eso nunca lo he puesto en duda —replica Kimberly con una sonrisa cansada asomando bajo la fatiga.

El hospital las recibe con su sinfonía impersonal, y Cassandra avanza con celeridad, cojeando imperceptiblemente, negándose a que nadie note esa debilidad.

A mitad de un pasillo atestado, se detiene ante un ventanal amplio.

Su reflejo la confronta; con el equipo de intervención aún ceñido, cubierto de hollín y sudor. Las marcas negras en la piel son como tatuajes de esa última batalla. Pero en esos ojos reflejados, reconoce un atisbo de lo que creía sepultado: una fuerza inquebrantable. Su identidad recuperada.

Cassandra Sullivan sonríe, porque ha vuelto. Ha vuelto de verdad.

Aunque la alegría, le dura muy poco.

—¿De verdad te crees valiente, o no ves que eres una imprudente de mierda que juega con fuego? Nunca mejor dicho.

Cassandra cierra los ojos al instante, y un escalofrío le recorre la nuca. No necesita darse la vuelta para ver quien dirige esas palabras.

La doctora Lara Kinsley se yergue a escasos metros, sin su habitual bata blanda, pero con esa expresión de enfado que ya le ha conocido antes. Está de brazos cruzados y tiene la mandíbula tensa, además de los ojos clavados en ella con una intensidad que podría quemar mucho más que el incendio que ha extinguido.

—No me apetece discutir ahora —murmura Cassandra, intentando rodearla.

Lara se interpone, pero sin tocarla.

—No puedo creer que alguien con tu nivel de responsabilidad sea tan jodidamente imbécil —sisea Lara, lo bastante alto para que varias cabezas se giren.

Cassandra siente la presión en el pecho.

—¿Por qué coño no me dejas en paz? —estalla, y su grito reverbera en el pasillo como un trueno.

La tensión entre ellas es palpable, eléctrica, un campo de fuerza que silencia el bullicio circundante.

—Ven ahora mismo conmigo —ordena Lara, y no admite réplica.

La arrastra —o más bien la guía con una mano firme en el brazo— hasta la sala de descanso más próxima, una habitación diminuta con una litera para el descanso y un par de muebles. Después cierra la puerta, echa el pestillo y se gira para mirarla.

—No tienes ni puta idea de lo que estás haciendo —escupe Lara, acercándose un paso—. Yo era la que debía firmar ese alta médica, y ni en un millón de años te declararía apta. No después de lo que vi en el último reconocimiento. Estas mintiendo, te das cuenta ¿verdad?

Cassandra la encara, con el pulso acelerado.

—¿Eso es lo que te molesta? ¿O te jode no haber podido ponerme las manos encima para comprobarlo tú misma, doctora? Porque parece

que lo único que buscas es que te preste atención —le espeta Cassandra, muy cerca de sus labios.

Lara abre la boca, y se crea un segundo de vacío, donde ninguna dice nada.

Entonces, sin esperarlo, Lara avanza. Sus manos se aferran a la chaqueta sucia de Cassandra, y tira de ella con una urgencia feroz, cerrando la distancia en un instante. En un beso pasional y devorador, donde los labios se funden con hambre a los de la teniente Sullivan, borrando por completo el mundo exterior.

Capítulo 15

Cassandra Sullivan siente el latido de la adrenalina aun retumbando en sus sienes, un tambor de guerra primitivo que no cede terreno, que acelera su corazón hasta convertirlo en un motor desbocado. El beso de Lara la ha impactado como un chorro de agua a máxima presión en plena cara: inesperado, abrasador, absolutamente irresistible. No piensa. No puede pensar. Su mente, habituada a calcular riesgos en fracciones de segundo, se ha desconectado por completo. El incendio que acaba de extinguir, el tobillo que palpita con un dolor sordo y constante bajo el vendaje improvisado, la culpa que la carcome como humo tóxico por haber vuelto al servicio antes de tiempo... todo se disuelve en una niebla espesa de deseo crudo, visceral.

Lara es el único ancla en este torbellino, el único foco que ilumina la oscuridad.

Lara Kinsley la observa con ojos oscuros, profundos como pozos sin fondo, brillantes con una intensidad depredadora que hace que el aire entre ellas vibre. No hay palabras. No hacen falta. Sus manos, precisas y seguras, ya están sobre la chaqueta de Cassandra, desabrochando las hebillas. El velcro rasga el silencio con un sonido

seco, casi violento, y el peso del equipo cae al suelo con un golpe sordo que reverbera en el espacio, liberando a Cassandra de una armadura que, por primera vez en horas, se siente superflua.

Cassandra responde al impulso que la arrastra como una corriente submarina. Sus dedos, aún temblorosos por la adrenalina residual y el agotamiento, se mueven con torpeza hacia su camiseta, que poco después empieza a deslizarse por su cuerpo.

Lara no espera ni un segundo más. Sus manos la ayudan con urgencia, agarrando el dobladillo de la camiseta y tirando hacia arriba con un movimiento decisivo, arrancándola por la cabeza de Cassandra en un solo tirón. El aire acondicionado del hospital golpea la piel expuesta como una bofetada gélida, erizándola al instante. Cassandra jadea, un sonido involuntario que escapa de sus labios entreabiertos, mientras el sudor seco en su espalda se enfría rápidamente.

Lara la empuja contra la pared más cercana, una superficie lisa y fría que contrasta brutalmente con el calor que irradia del cuerpo de Cassandra. El impacto la hace arquear la espalda, un reflejo instintivo que presiona sus pechos contra el torso de Lara. Las manos de esta recorren su piel con avidez: los costados, donde las costillas se expanden con cada respiración acelerada; el abdomen, plano y marcado por cicatrices sutiles de intervenciones pasadas; los pechos,

apretándolos con fuerza a través del sujetador, como si quisiera memorizar su forma… Cassandra suelta un pequeño gemido.

El deseo la invade por completo, una ola que borra cualquier rastro de racionalidad. Sus propias manos ascienden por la espalda de Lara, clavándose en la tela de su camiseta, tirando hacia arriba con impaciencia hasta que Lara se aparta lo justo para quitársela ella misma, arrojándola al suelo en un gesto despectivo. Debajo lleva un sujetador negro sencillo, que Cassandra desabrocha con dedos torpes pero decididos, liberando los pechos de Lara: pesados, perfectos, con pezones oscuros que se endurecen al contacto con el aire. Cassandra los agarra, los aprieta, los lame con la lengua, saboreando su piel.

Lara exhala un suspiro entrecortado contra su pelo, y los dedos se enredan en los mechones oscuros y húmedos de Cassandra.

Lara la empuja hacia abajo con una presión firme en los hombros. Cassandra cae de rodillas. Lara se desabrocha los pantalones con un movimiento rápido, bajándolos junto con las bragas en un solo tirón, quedando desnuda de cintura para abajo. Sus piernas se abren ligeramente, y expone su sexo, brillante de excitación. Cassandra no duda. Separa los labios mayores con los pulgares, y hunde la lengua en el centro, lamiendo con avidez desde la entrada hasta el clítoris. Lara se agarra a su pelo, tira hacia atrás con fuerza para guiarla, con sus

caderas moviéndose en un ritmo instintivo, buscando más profundidad, más presión.

Cassandra obedece el lenguaje silencioso del cuerpo. Succiona el clítoris con delicadeza primero, luego con más intensidad, mientras mete dos dedos en la entrada vaginal, curvándolos hacia arriba para rozar ese punto sensible en la pared anterior. Los mueve rápido, entrando y saliendo con un ritmo que imita una embestida. Lara tiembla visiblemente, y Cassandra acelera, la lengua rodeando el clítoris en círculos rápidos.

El orgasmo golpea a Lara como un rayo inesperado: sus muslos se cierran con fuerza, atrapando la cabeza de Cassandra, pero ella no se aparta; traga los fluidos y la lame para prolongar el clímax hasta que Lara se queda sin aliento.

Lara la levanta de un tirón por los brazos. La besa con fuerza brutal, con la lengua invadiendo la boca de Cassandra, saboreándose a sí misma en sus labios. Sus manos bajan con urgencia al pantalón de Cassandra, desabrochando el botón y la cremallera con dedos expertos, bajándolos junto con las bragas en un movimiento que deja a Cassandra completamente desnuda, expuesta, temblando bajo la luz fría. La piel de sus muslos está marcada por el roce del equipo. Lara la empuja hacia la mesa central de la sala, una superficie de formica rayada por años de

uso, y la sienta sobre el borde con un golpe que hace crujir las patas. Separa sus piernas con las manos, abriéndolas ampliamente.

Sus dedos encuentran el sexo de Cassandra al instante: empapado, resbaladizo, palpitante. Hunde tres dedos de golpe, hasta el fondo. Cassandra grita, un sonido agudo que corta el aire.

—Shh… —susurra Lara, tapándole la boca con la otra mano, y los ojos fijos en los suyos—. Aquí no.

Cassandra muerde la palma de Lara. Sus caderas se alzan instintivamente, buscando más profundidad, más fricción. Lara acelera el ritmo, con los dedos entrando y saliendo con fuerza controlada, el pulgar aplastando el clítoris hinchado en círculos precisos. Cassandra se agarra a los bordes de la mesa con los nudillos blancos. El orgasmo sube rápido, y Lara lo percibe en la tensión de los muslos, en el modo en que el abdomen de Cassandra se contrae. Se inclina, muerde un pezón a través del sujetador deportivo, tirando con los dientes hasta que la tela se estira. Cassandra se rompe, en un gemido ahogado contra la mano de Lara, el placer atravesándola como un incendio descontrolado, oleadas que la dejan temblando, mientras sus fluidos empapan la mano de Lara.

Lara no se detiene. Saca los dedos con lentitud deliberada, llevándolos a su boca para lamerlos uno a uno, saboreando la esencia de Cassandra. Luego baja la cabeza, antes de que la lengua encuentre el clítoris de ella, rodeándolo con movimientos lentos y tortuosos. Cassandra tira del pelo de Lara, enredando los dedos en los mechones sedosos, con sus caderas moviéndose en círculos desesperados. Lara aumenta la presión y la velocidad. Cassandra siente otro orgasmo formándose, más profundo, como si Lara estuviera extrayendo el placer directamente de sus huesos.

No puede resistirse. El segundo orgasmo la coge por sorpresa: llega en oleadas largas y silenciosas, tensando cada músculo de su cuerpo en una contracción prolongada, corriéndose en la boca de Lara. Esta se traga cada gota, acompañando cada espasmo con lamidas suaves hasta que Cassandra se queda sin fuerzas, temblando incontrolablemente.

Lara se incorpora lentamente. Se arrastra hacia arriba, dejando un rastro de besos húmedos por el vientre de Cassandra. Al llegar a su boca, la besa con profundidad abrumadora, y Cassandra responde con lo que le queda de energía, sus manos subiendo para enredarse en el pelo de Lara, atrayéndola más cerca. Alargando ese momento hasta que ambas queden exhaustas.

Capítulo 16

Lara Kinsley se muerde el labio inferior con una delicadeza que roza lo involuntario, mientras sus dedos están quietos sobre la pantalla del teléfono, leyendo el último mensaje que ha recibido: «Kimberly me dio tu número. Se lo ha pedido a Avery, espero que no te moleste. ¿Salimos por ahí cuando acabes el turno?». El mensaje permanece ahí, iluminando la pantalla. No es el tipo de texto que esperaría recibir —ni enviar— a alguien con quien, hace apenas unos días, solo intercambiaba reproches afilados y palabras cargadas de tensión. Y, sin embargo, la expresión de Lara se suaviza mientras vuelve a leerlo, en una sonrisa que curva sus labios.

—¿Cómo hemos podido pasar del odio a…? —murmura.

—¿Del odio a qué? —interrumpe una voz a su espalda.

Lara gira sobre sus talones y se encuentra con Avery, apoyada descaradamente en el marco de la puerta, moviendo las cejas con teatralidad.

—Dime que no me estabas espiando, porque te mando a hacer mis rondas ahora mismo —le advierte Lara, guardando el teléfono en el bolsillo, aunque en su expresión se advierte que no va en serio.

—Por supuesto que te estaba espiando —replica Avery, dando un paso hacia ella—. Siempre escucho cuando alguien pronuncia la palabra «odio» con ese tono tan… sexy. Te dije que no te metieras con uniformadas, ¿recuerdas? Siempre traen problemas.

Lara resopla, incrédula, cruzando los brazos en un gesto defensivo.

—¿Vas a darme un consejo que ni tú misma has seguido? —contraataca Lara, alzando una ceja.

Avery sonríe como si acabara de perder una competición.

—Touché —concede, y ambas se echan a reír.

Abandonan el pasillo juntas, con el ritmo sincronizado que las caracteriza. El hospital —por una vez— está en calma: no hay carreras intempestivas por emergencias inesperadas; solo el murmullo constante de sus pasos y las conversaciones que perciben en la lejanía. Lara se ajusta el fonendoscopio alrededor del cuello, y respira esa calma extraña, casi improbable, que hace meses que no experimenta. Es como si el edificio entero hubiera decidido concederle un respiro.

Se obliga a sí misma a no ceder a las ganas de responder el mensaje. No quiero parecer desesperada, pero lo cierto es que, desde aquel encuentro en la sala de descanso —aquel arrebato que aún le

eriza la piel al recordarlo—, cada vez que piensa en Cassandra, una chispa recorre sus venas como una corriente eléctrica. No es una sensación cómoda, ni mucho menos; es intensa, peligrosa, como acercarse demasiado a un precipicio al que no sabes si deberías asomarte, atraída por el vértigo de lo desconocido.

—Ahora en serio —dice Avery, deteniéndose un instante para mirarla de frente—. ¿Qué ha pasado exactamente con Cassandra? No me vengas con evasivas; te conozco lo suficiente como para saber cuándo alguien te atrae más allá de Maddie. A quien, por cierto, llevas sin ver días. Y eso será por algo.

Lara tarda unos segundos en hablar.

—Nada que deba decirte —responde Lara, encogiéndose de hombros en un gesto que pretende mostrar indiferencia, pero que sabe que sus ojos delatan un brillo inusual—. Pero la verdad es que es… atrayente. Hay algo en ella que no deja indiferente a nadie, desde luego.

—Atrayente… —repite Avery con lentitud, degustando cada sílaba como si estuviera probando algo nuevo—. Ya. Y yo soy la reina de Inglaterra, con corona y todo.

—No exageres —protesta Lara, aunque una sonrisa traicionera se forma en sus labios pese a sus esfuerzos por contenerla.

—Tú has dicho «atrayente», no yo —insiste Avery, invitándola a confesar qué hay más allá.

Pero el trabajo las llama y se centran en realizar las rondas juntas. Avery revisa la hoja de medicación de un paciente, mientras Lara entra en otra de las habitaciones, donde un hombre de unos cincuenta años reposa en la cama, conectado a varias vías intravenosas que serpentean por su cuerpo, y con el tórax vendado. Tiene marcas visibles de contusiones —hematomas que florecen en tonos púrpura y amarillento sobre la piel pálida— y un drenaje torácico. El monitor cardiaco emite un pitido regular, mostrando constantes estables que reconfortan a la doctora.

Lara revisa la información en la historia y sus ojos vuelven a escanear los datos que ya conoce.

—Traumatismo torácico cerrado por accidente de tráfico —recita en voz baja, más para organizar sus propios pensamientos que para comunicárselo a alguien en particular—. Hemoneumotórax drenado hace dos días. Buen esfuerzo ventilatorio, sin signos de insuficiencia respiratoria.

El paciente abre los ojos al escuchar su voz, parpadeando con lentitud contra la somnolencia inducida por los analgésicos.

—Hola, Daniel. Soy la doctora Kinsley, ¿me recuerdas? Voy a revisar cómo vas evolucionando —explica Lara con un tono profesional, aunque cálido, mientras se acerca a la cama.

Él asiente, algo aturdido, con un aspecto agotado, pero su respiración ya no es laboriosa.

Lara examina la inserción del drenaje con delicadeza, evalúa la expansión torácica colocando sus manos sobre el pecho del hombre y palpa con cuidado para determinar si persiste crepitación subcutánea. No la hay; los pulmones se expanden simétricamente. Desliza el fonendoscopio sobre la piel, escuchando el murmullo vesicular regular de cada inspiración, un sonido que confirma la recuperación que está en marcha.

—Los pulmones están ventilando bien —comenta Lara—. Si todo sigue así, mañana podremos retirar el drenaje y darte un poco más de libertad.

Los ojos del paciente se humedecen, pero no es por el dolor físico; es una emoción cruda, que a Lara siempre le llena de emoción.

—Pensé… que no saldría de esta —confiesa el paciente con voz ronca, tragando saliva con dificultad.

Lara no suele dar respuestas emocionales; su formación la inclina hacia la objetividad clínica. Pero algo en ese hombre —la vulnerabilidad en su mirada, el peso de la mortalidad que aún planea sobre él— la lleva a detenerse. Deja a un lado la Tablet y apoya una mano en la barandilla de la cama.

—Muchas personas pasan por situaciones extremas —responde con un tono firme, sin florituras innecesarias—. Lo importante es que estás aquí. Te estás recuperando, paso a paso. Eso es lo que cuenta.

Él asiente, tragando saliva de nuevo, y Avery entra para hacer algunas anotaciones que trasladará más tarde a los internos.

De nuevo, el pasillo se estira ante ellas como un río interminable de baldosas blancas, y el ritmo del hospital avanza constante e imparable, un organismo vivo que late con sus propios ciclos.

—Volviendo al tema —retoma Avery, como si la interrupción clínica no hubiera existido—. ¿Te gusta o no te gusta? No me dejes con la intriga.

El móvil en el bolsillo de Lara vibra de nuevo. Ella lo ignora por el momento, sintiendo cómo el latido de su corazón se acelera.

—Ya te lo he dicho —responde Lara, cruzando los brazos mientras caminan, un gesto que pretende cerrar el tema pero que logra todo lo

contrario—. Es atrayente. Y quiero ver qué hay más allá de esa cabezonería suya, de esa armadura que lleva puesta todo el tiempo.

Avery la observa como si hubiera dicho algo revelador, un diagnóstico que ella misma no había verbalizado por completo.

—No creo que solo te atraiga por eso —apunta, con una perspicacia que roza lo incómodo.

—¿Ah, no? —Lara intenta mantener un tono neutral. Evidentemente, no lo consigue.

Avery la estudia un instante antes de hablar.

—No. Creo que te atrae porque parece que cargue el mundo sobre los hombros, y tú… —Hace un gesto con la cabeza hacia Lara, casi de reconocimiento— …tú siempre intentas arreglar lo que el mundo rompería sin pensárselo dos veces. Es como si os reconocierais en un espejo roto. O algo así.

«Qué filosófica».

Lara parpadea, impactada por la reflexión. No esperaba esa profundidad por parte de Avery.

—No es eso —niega, aunque las palabras suenan huecas incluso para ella misma.

—Entonces qué —insiste Avery, deteniéndose en uno de los mostradores de enfermería, apoyando los codos en este, mirándola fijamente sin la menor intención de dejar pasar el tema.

Lara suelta un suspiro, como si necesitara liberar un peso que todavía no sabe cómo gestionar.

—Cassandra tiene algo. No sé explicarlo —admite, buscando las palabras en el nudo que tiene en la cabeza—. Pero cuando te mira… es como si no hubiera ruido alrededor, como si el mundo se redujera… solo a su presencia. Como si solo existiera lo que quiere conseguir y lo que hay en sus ojos.

—Unos ojos en los que tú ya te has visto, por lo que veo —concluye Avery, golpeando el pecho de Lara.

Ese pensamiento impacta a Lara con una exactitud que la deja sin aliento. Lo mejor será cambiar de tema.

—¿Y tú? —pregunta Lara—. ¿Qué ves tú en Kimberly? Y no me digas que es solo coincidencia.

Avery ladea la cabeza, sorprendida por la contraofensiva, un destello de diversión cruza sus ojos. Se gira y se apoya en el mostrador, echando un vistazo a su alrededor durante unos segundos —tiempo

suficiente para que Lara note el leve temblor de sus labios—, antes de hablar con sinceridad.

—Kim… joder, Kim me hace reír cuando creo que no podrá conseguirlo —confiesa y se encoge de hombros—. No es de las que te sueltan frases motivacionales sin más; es que, después de un turno de veinticuatro horas, cuando pienso que el mundo puede irse a la mierda…, me mira y suelta un comentario tan absurdo, tan fuera de lugar, que de repente todo mejora. Me hace sentir que no estoy sola en esta locura, que alguien más ve este puto circo y decide quedarse a aplaudir conmigo. Solo está ahí, a veces con una cerveza en la mano o con un café frío, escuchando mis paranoias sin juzgarme. Es como si dijera: «Vale, eres un desastre, pero eres un maravilloso desastre».

Lara la escucha, dejando que esas palabras se acomoden en su mente, revelando un patrón que no había considerado: ese tipo de conexión en mitad de un gran desorden.

—Y supongo que tú crees que también puedes sentir algo así con Cassandra ¿no? —añade Avery, con una sonrisa que se ensancha en su rostro.

Lara asiente, reconociendo la verdad en esa observación. A veces, la conexión aparece donde menos lo esperan, en los resquicios de la

rutina, en los momentos de más vulnerabilidad.

—Podría decirse que sí —le responde—. Que me gustaría intentarlo.

—Solo ten cuidado —añade Avery—. Y no te ilusiones mucho. Las personas tan herméticas, tan encerradas en su armadura, no suelen traer nada bueno. Pueden herirte sin querer, o peor, acabar contigo.

Lara siente un nudo en el estómago, un tirón que se instala como una sombra. Se queda observando el panel de control de los pacientes, fingiendo concentrarse en las tablas y los nombres, pero en realidad el comentario de Avery se queda instalado en su mente.

—Lo tendré en cuenta —miente, con una convicción que no siente.

Una llamada por megafonía interrumpe la conversación: «Doctora Kinsley, quirófano 4. Doctora Kinsley, quirófano 4».

Lara se ajusta la bata y el fonendo, un ritual que la ancla de nuevo a la realidad del hospital.

—Luego me cuentas si has respondido a ese mensaje —comenta Avery antes de desaparecer por el pasillo.

«Maldita cotilla».

Lara inicia el camino hacia el quirófano. «No te ilusiones mucho».

Pero no se trata de ilusionarse, se asegura Lara. Se trata de curiosidad. Y de un deseo que ya no sabe cómo controlar.

Capítulo 17

Cassandra no sabe en qué momento exacto comenzó a convertirse en una mentirosa. En una profesional del silencio. Una mujer capaz de avanzar sin cojear siquiera un ápice, aunque cada pisada le queme el tobillo como si un hierro al rojo vivo se clavara en su carne. Ahora es capaz de esbozar una sonrisa equilibrada mientras por dentro el dolor continúa caminando con ella. Desde que regresó al servicio activo, ha perfeccionado el arte de disimular la presión con una naturalidad que ni ella misma habría creído posible. Incluso ha refinado el gesto de ajustarse la tobillera que lleva bajo el uniforme, para andar con total normalidad.

La teniente Sullivan ha aprendido a engañar hasta a su propio cuerpo, a doblegarlo bajo la voluntad de una mente que se niega a ceder.

El hombro, por fortuna, ya casi no le plantea problemas; la fisioterapia ha obrado su milagro, y el músculo ha respondido bastante bien después de varias sesiones en secreto. Cada vez que atraviesa la puerta de la estación, Cassandra se promete que va a mejorar, que va a volver a ser la bombera que el equipo espera que sea.

Está corriendo sobre la cinta del gimnasio, obligando a su tobillo a obedecer, a soportar cargas cada vez mayores. Lo hace hasta que el sudor le resbala por la espalda en riachuelos y su respiración se transforma en un ritmo controlado que supera la mera necesidad vital.

Para Cassandra Sullivan el dolor, en última instancia, no importa. Solo cuenta perseverar, seguir adelante con la tenacidad de quien sabe que rendirse equivaldría a caer derrotada.

Desde que se acostó con Lara en aquella sala del hospital —tan rápido, tan inesperado, tan inevitable como un torrente que arrastra todo a su paso—, hay algo más que la impulsa a mantenerse firme, inquebrantable. Y no se trata meramente de profesionalidad, ni de un orgullo herido que se niega a verse derrotado. Es esa mezcla turbulenta e incómoda de deseo ardiente y vértigo abismal que la asalta cada vez que evoca el roce de la piel de Lara contra la suya, cálida, electrizante, como si un fuego secreto se hubiera encendido en sus venas.

Una parte de ella aún no comprende cómo pudo pasar, cómo después de evitarla a toda costa —a pesar de lo que latía dentro de ella —, un encuentro fortuito se convirtió en un torbellino que alteró su mundo.

El comedor de la Estación 51 exhala un aroma reconfortante a café recién hecho, mezclado con las sobras de comida caliente que aún humean en los platos desperdigados. Es un espacio amplio y funcional, bañado por la luz fría de los fluorescentes que cuelgan del techo, con mesas alargadas y bancos robustos que evocan vagamente los comedores de un internado olvidado en el tiempo. El bullicio reina en el ambiente: el murmullo de conversaciones entretejidas, las risas espontáneas que brotan como chispas en una hoguera. El equipo al completo se congrega allí, a excepción de la única caída en batalla.

Una mujer a quien nadie olvida.

Cassandra ocupa su sitio habitual, presidiendo el extremo de la mesa con la autoridad implícita que le confiere su rango de teniente. Esa posición siempre le ha proporcionado una sensación de tranquilidad, de control absoluto sobre el entorno. Hoy, sin embargo, no tanto; una inquietud sutil se filtra en su interior, como una corriente subterránea que erosiona sobre tierra firme.

—Así que… —interviene Kimberly con malicia, mientras clava el tenedor en un trozo de pasta con deliberada lentitud—, ¿una cita en plena estación? Vaya, debe de gustarte muchísimo para invitarla aquí durante un turno, ¿no crees?

Gabe arquea una ceja con escepticismo al oírla. Tasha se vuelve hacia ellas, con la curiosidad pintada en el rostro. Cassandra deposita el tenedor sobre el plato con un gesto pausado y aspira profundamente para no perder la compostura, para mantener esa fachada impecable que tanto ha pulido.

—No seas idiota —replica en calma, sin necesidad de alzar la voz, como si estuviera impartiendo una sin más—. En primer lugar, ni de lejos es una cita, y en segundo, viene para prestarnos su ayuda con el material de estabilización, nada más.

—Y para eso tiene que venir una cirujana… —responde Kimberly.

Después esboza una sonrisa triunfante. Inclina ligeramente la cabeza, y apoya el codo sobre la mesa con satisfacción mientras deja caer la barbilla en su mano.

—Sigue engañándote a ti misma, teniente —insiste, con un matiz de complicidad que solo agrava la situación.

—¿Engañándote con qué, exactamente? —inquiere Tasha desde el otro extremo de la mesa, frunciendo el ceño y clavando la mirada en Cassandra como si buscara descifrar un enigma.

Gabe se inclina hacia adelante, con el interés avivado en sus ojos. Cassandra siente un calor traicionero ascenderle por el cuello, un rubor incontrolable que se expande como una marea. Es ridículo, impropio de ella. No es el tipo de mujer que se sonroja ante una mera insinuación, que pierde el aplomo por un comentario casual. Y, no obstante, nota cómo el color le invade las mejillas, cálido e ineludible.

Kimberly, por supuesto, lo percibe al instante. Siempre lo percibe todo, con esa agudeza que la convierte en una observadora implacable.

—Vaya, vaya, vaya —exclama, apuntándola con el tenedor como si blandiera una espada invisible a punto de volver a atacar—. Se está sonrojando de verdad.

El equipo estalla en una risa colectiva. La mesa se inunda de comentarios cruzados, un coro desordenado de bromas que ponen a Cassandra todavía más nerviosa.

Cassandra se pone en pie de un salto, golpeando suavemente la mesa con la palma de la mano.

—Comportaos como adultos, por favor —les insta, con un timbre firme que corta el aire que los rodea—. No estamos en el instituto, ni mucho menos en una comedia romántica.

—Pues yo diría que sí y que por eso te has sonrojado —replica Gabe con sorna, desatando otra ráfaga de risas que resuena en el comedor.

Cassandra exhala despacio, esforzándose por recobrar la calma interior. «Contrólate, que no eres una colegiala», se dice.

Pero no puede evitar que su mente divague hacia la última vez que vio a Lara, un recuerdo que se cuela como un intruso en su conciencia.

Después, piensa en cómo la doctora la acorraló —tras tres orgasmos— contra la cama de la sala de descanso, sin concederle siquiera un instante para reflexionar, para erigir defensas. En cómo se aproximó a ella con un deseo voraz que la desarmó por completo, dejando sus barreras en ruinas..

«No es una cita», se repite ahora en silencio, frente a su equipo que aún ríe con complicidad.

Pero el mero hecho de tener que repetírselo ya delata lo contrario, eso está claro.

Han transcurrido poco más de dos semanas desde la muerte de Lauren Price, y aunque todos fingen avanzar hacia un simulacro de normalidad cotidiana, Cassandra sabe que el equilibrio es tan frágil

como un castillo de naipes expuesto al viento. En las noches silenciosas, en los pasillos desiertos del cuartel, aún resuena el eco de su ausencia, un vacío palpable que se expande como una sombra. Lauren era el tipo de persona cuya energía vital impregnaba cualquier habitación, llenándola de calidez y vitalidad; su partida dejó un hueco inmenso, un abismo que ninguno osa contemplar demasiado tiempo por temor a precipitarse en él.

Pero se ha dado cuenta de que han aprendido a seguir adelante, o al menos, eso es lo que se dice a sí misma durante esos momentos de quietud.

Un silencio breve y expectante se instala en el comedor cuando la figura imponente del capitán Raimond Richards surge en la entrada. Su presencia siempre impone respeto, pero hoy hay algo distinto en su postura: una seriedad más rígida, más cortante que de costumbre.

—Equipo —anuncia, proyectando la voz con esa autoridad natural que no requiere esfuerzo alguno—. Necesito vuestra atención.

Las conversaciones se extinguen al instante. Los cubiertos quedan suspendidos en el aire, a medio camino hacia la boca, como si el tiempo se hubiera detenido.

Cassandra se yergue de inmediato, adoptando una pose de atención absoluta mientras cierra los puños y sus brazos quedan suspendidos a cada lado de su cuerpo. Algo está a punto de golpearla.

—En dos días llegará un nuevo integrante para cubrir la vacante dejada por Lauren —declara el capitán, con un tono neutro que no logra disimular la gravedad del anuncio.

La palabra «vacante» cae sobre el comedor como un disparo en la quietud de la noche, reverberando en la mente de todos los presentes.

Vacante. Sustitución. Reemplazo.

A Cassandra le da un vuelco el corazón, un latido errático que le bloquea el aire en la garganta y acelera su pulso con una violencia que la obliga a apoyar una mano en la mesa para no tambalearse. Clava la mirada en el capitán, pero su voz ya no le llega con claridad, ahogada en un zumbido interno.

Un nuevo integrante.

Para cubrir la vacante de Lauren.

El mundo a su alrededor se vuelve borroso, difuminado en un velo de incredulidad. No percibe la reacción de los demás, aunque vislumbra en sus rostros la misma mezcla turbulenta de sorpresa, resistencia y dolor que la invade a ella.

Raimond Richards se retira sin agregar más detalles, dejando tras de sí un silencio opresivo. El comedor permanece envuelto en esa quietud durante unos segundos eternos, como si todos contuvieran el aliento.

Cassandra siente cómo todo lo que había logrado mantener en precario equilibrio se desmorona de golpe, como un dique que cede ante la presión acumulada tras días de tormenta. Ni sus entrenamientos exhaustivos, ni sus horas de silencio introspectivo, ni su refugio obstinado en el trabajo han bastado para prepararla para este golpe.

En un movimiento automático, casi instintivo, abandona la sala sin dirigir la mirada a nadie.

Sus pasos resuenan en el pasillo con una rapidez que provoca que su tobillo proteste al instante, enviando punzadas de dolor que ascienden por la pierna. No aminora el ritmo; necesita escapar, necesita aire fresco que disipe la asfixia. Se encamina hacia el almacén de material, un rincón donde sabe que no habrá nadie a esas horas del almuerzo, un santuario de soledad temporal.

Entra y cierra la puerta tras de sí con un golpe seco, que retumba por toda la estancia. El silencio le cae encima como una manta pesada, sofocante, cargada de recuerdos.

Dentro del almacén, las altas y robustas se alzan repletas de equipos: cuerdas enrolladas, arneses colgados en ganchos, tableros espinales apilados, estabilizadores de vehículos relucientes, linternas de mano, herramientas de corte afiladas y listas para el uso. Cassandra siempre ha hallado en este lugar algo semejante a la paz, un refugio donde el orden material contrarresta con su habitual caos interior.

Pero hoy, no.

Apoya ambas manos sobre una mesa de acero fría, inclinando la cabeza hacia abajo. Su respiración se torna irregular, entrecortada, como si el pecho se negara a expandirse. Las palabras del capitán Richards se repiten en su mente como un eco persistente, un mantra cruel que no sabe cómo silenciar.

«Sustituir a Lauren».

Aprieta la mandíbula con fuerza, hasta que los músculos protestan. El metal de la mesa se enfría bajo sus palmas sudorosas, un contraste que la ancla momentáneamente a la realidad. «Nadie puede sustituir a Lauren», piensa con una convicción que le quema el alma. Nadie.

No puede contenerlo más. Descarga un golpe con el puño cerrado contra la mesa, con una desesperación profunda que le araña el interior

del pecho como si ahí dentro tuviera unas garras invisibles. El sonido metálico resuena entre las paredes, amplificado por el eco, y al mismo tiempo, algo dentro de ella se rompe irremediablemente.

—Nunca podremos sustituirla —susurra, completamente rota.

Las lágrimas acuden sin pedir permiso, y se desbordan después de semanas de tensión. Cassandra aprieta los ojos con fuerza, como si ese gesto pudiera hacerlas desaparecer en el olvido. Pero no surte efecto. Una lágrima resbala por su mejilla y cae sobre la mesa con un impacto silencioso.

Y otra.

Y otra más, formando un pequeño charco que refleja su vulnerabilidad.

Aprieta los dedos contra el borde de acero, obligándose a respirar con lentitud, a no perderse en esa emoción que siempre ha considerado prohibida para alguien como ella, entrenada para la contención. Lauren se merecía algo mejor, mucho mejor, reflexiona con amargura. Se merecía vivir, reír, seguir llenando el mundo con su luz inextinguible.

Cassandra agacha la cabeza aún más, dejando que el dolor la envuelva como una ola implacable que la arrastra bajo el agua, sumergiéndola en un mar de recuerdos y arrepentimiento. Su teléfono

vibra en el bolsillo del uniforme, un zumbido insistente que rompe la quietud. Pero no lo busca.

No posee fuerzas ni para mirar el nombre que parpadea en la pantalla, para enfrentar lo que sea que el mundo exterior le exija en ese instante de fragilidad absoluta.

Capítulo 18

«Ya voy de camino».

Lara pulsa el botón de enviar y deposita el móvil en el asiento del copiloto, donde queda abandonado. Se ajusta el cinturón de seguridad, y vuelve a centrar la vista en la carretera que se extiende ante ella. El asfalto reluce húmedo por la lluvia reciente, que ha dejado un velo de gotas diminutas sobre cada superficie, y las luces de la ciudad resbalan sobre los charcos como reflejos temblorosos, distorsionados, evocando un mundo invertido y efímero.

Es su día libre, un oasis merecido en medio de la vorágine hospitalaria. Lara Kinsley podría estar tirada en su sofá mullido, con un café humeante entre las manos y un libro abierto sobre las rodillas, intentando conciliar el sueño tras varias guardias extenuantes que le han robado horas de descanso y dejado el cuerpo exhausto. Pero en cuanto recibió la invitación de Cassandra, pidiéndole que fuera por la Estación 51 para revisar el material de estabilización, no lo dudó ni un instante.

No quiere analizar todavía qué es lo que tienen. Teme que, si lo disecciona con su mente de médica, el encanto de los últimos días se

desvanecerá como humo entre los dedos.

Conduce sin prisa alguna, permitiendo que la radio rellene el silencio del habitáculo, de canciones pop entrecortadas por anuncios intrascendentes. Cada vez que un semáforo se tiñe de rojo y la obliga a detenerse, su mente regresa invariablemente a Cassandra, reproduciéndolo su sonrisa en un bucle mental que acelera su pulso. Últimamente, todo parece discurrir entre ellas con una naturalidad inquietante, casi orgánica, como si sus vidas se hubieran entrelazado sin esfuerzo aparente.

Poco después, la estación surge ante ella como un bastión imponente: un edificio de líneas rectas y prácticas, amplio como un hangar, con la estructura metálica de la torre de entrenamiento recortándose contra el cielo gris plomizo, cargado de nubes que amenazan con más lluvia. Aparca en una de las plazas laterales designadas para visitantes. Cuando sale del automóvil, el aire frío le azota el rostro con una ráfaga inesperada. Se recoge el pelo detrás de la oreja con un gesto distraído, ajusta el bolso sobre el hombro —pesado con su agenda y algunos utensilios médicos— y atraviesa la puerta lateral que da acceso directo a la zona de vehículos, un atajo que ya conoce de alguna que otra visita en años anteriores.

El interior de la estación está envuelto en un silencio inusual, casi opresivo. La calma resulta extraña, discordante con el bullicio habitual de un lugar siempre en alerta. Cassandra se encuentra detrás de los vehículos estacionados, en un espacio semiabierto repleto de armarios metálicos y mesas amplias cubiertas de herramientas. Se mueve en su salsa, clasificando material como quien necesita mantener las manos ocupadas para contener un torrente interior que amenaza con desbordarse.

Cassandra lleva el uniforme marcando sus músculos, con el pelo recogido en una coleta algo descuidada que deja escapar algunos mechones rebeldes. «Joder, qué sexy es», piensa Lara. La espalda de la teniente está tensa, con los hombros ligeramente elevados en una postura defensiva. No se ha percatado aún de la presencia de Lara, inmersa en su tarea con una concentración que roza la obsesión.

La imagen detiene en seco el paso de Lara, que se queda paralizada un instante, contemplándola con una mezcla de ternura y preocupación. Quiere acercarse sin perturbar ese leve equilibrio que Cassandra parece haber construido, pero el impulso vence a la prudencia con facilidad. Avanza despacio, midiendo cada paso para no alertarla prematuramente, y, cuando está lo suficientemente cerca, se inclina con delicadeza y roza con los labios la mejilla de Cassandra en

un gesto suave, discreto, casi íntimo, cargado de una calidez que busca romper el hielo.

Cassandra se gira despacio, con un movimiento fluido pero controlado.

No hay sorpresa en su expresión, solo una frialdad glacial que corta el aire, congelando el momento.

—¿Estás bien? —pregunta Lara, esforzándose por mantener el tono profesional, como si no se le hubiera encogido el estómago en un nudo doloroso.

—Solo estoy cansada —responde Cassandra

Cassandra da un paso hacia atrás con deliberada frialdad, señala una mesa sobre la que hay dispuestos distintos elementos: férulas rígidas, estabilizadores torácicos acolchados, correas de velcro gruesas, tablillas cortas de aluminio ligero, cinchas usadas para inmovilizaciones complejas. Todo ordenado en filas perfectas, meticulosas, como un despliegue militar.

—He dispuesto el material ahí para que lo revises con detalle —explica, con esa frialdad que extravía por completo el calor que antes fluía entre ellas, reemplazándolo por un vacío helado—. Quiero

asegurarme de que todo está en óptimas condiciones, sin fallos que puedan comprometer una intervención.

Lara asiente sin rechistar, tragándose las preguntas que le bullen en la garganta. Mira de reojo hacia una puerta lateral entreabierta y descubre a Kimberly al otro lado, observándolas con disimulo. La compañera hace un gesto rápido con la cabeza: niega sutilmente, se encoge de hombros en un gesto de impotencia y desaparece tras la puerta, dejando a Lara con una inquietud creciente.

Algo pasa, eso está claro.

Pero Cassandra no le concede tiempo para indagar. Ya ha vuelto a su tarea en silencio, como si eso fuera lo más importante del mundo.

Lara se posiciona frente a la mesa, adoptando una postura profesional. Examina las férulas rígidas, palpando el material con dedos expertos, comprobando que la superficie no esté deformada ni presenten grietas invisibles. Después, revisa los estabilizadores torácicos, probando las correas con movimientos firmes y tensos, simulando el estrés de una emergencia real. Ningún elemento defectuoso debería permanecer en servicio; en una situación crítica, algo tan simple como una correa floja podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte, entre un rescate exitoso y una tragedia evitable.

—Esta está doblada en el borde —señala Lara, sosteniendo una férula que tiene la curvatura forzada, como si hubiera soportado un impacto excesivo—. No sirve para nada; podría fallar en el momento menos oportuno.

La deja en una caja de descartes. Cassandra ni siquiera levanta la mirada, absorta en su propia labor, como si las palabras de Lara se disiparan en el aire.

Lara prosigue con la inspección, impertérrita. Pero Cassandra apenas reacciona, limitándose a tomar nota en un formulario oficial, anotando números de serie y los fallos presentes.

La distancia que hace apenas unos días parecía haber desaparecido por completo vuelve a crecer entre ellas como una enredadera invasora. Es una sensación física, tangible: se instala entre las costillas de Lara, como una presión constante que no sabe cómo aliviar, un ahogo sutil que le oprime el pecho y acelera su respiración.

—Si quieres, puedo traer más material del hospital para reemplazar lo que descartemos —ofrece Lara, intentando abrir un resquicio en esa armadura—. Tengo acceso a suministros de calidad, resistentes y actualizados. Podríamos saltarnos esa parte del proceso.

—No hace falta —rechaza Cassandra con rotundidad—. Tenemos que seguir los canales habituales —añade.

Lara respira despacio, profundamente, conteniendo el impulso instintivo de dar un paso atrás, de retroceder ante esa muralla. Termina de evaluar un panel de estabilización cervical, lo marca como correcto con una etiqueta adhesiva y lo deja a un lado con cuidado. Su móvil vibra en el bolsillo trasero del pantalón, pero lo ignora deliberadamente. No quiere interrumpir esto, no quiere abandonar a Cassandra en ese estado de aislamiento autoimpuesto, no cuando percibe las grietas bajo la superficie.

Cuando concluye la revisión, da unos pasos hacia ella con determinación.

—Podríamos salir a tomar algo cuando acabes el turno —propone sin presión alguna—. Te vendría bien desconectar un poco, respirar aire fresco lejos de la estación y el trabajo. Conozco un sitio que…

—No me hace falta. Solo quiero descansar —la corta Cassandra.

Sus ojos son duros, acerados, y su voz aún más cortante.

—Me apetece irme a casa, nada más —le asegura.

Lara debería dejarlo pasar, respetar su espacio con la profesionalidad que la caracteriza. Debería inclinarse ante esa barrera y

retirarse con gracia. Pero algo la empuja a no hacerlo, un instinto protector que se activa como en una sala de urgencias, que siempre ha estado presente cuando se trata de la teniente de la Estación 51. Cassandra es dura, sí, forjada en el fuego de su profesión, pero Lara ha vislumbrado lo que yace debajo cuando baja la guardia: fragilidad oculta, heridas profundas que no sanan solo por ignorarlas, cicatrices emocionales que supuran en silencio.

Da un paso más, lo bastante cerca como para obligarla a mirarla a los ojos, a confrontar esa conexión.

—¿Por qué tienes que ser tan hermética todo el tiempo? —pregunta sin elevar la voz—. Sabes que puedes confiar en mí, que no te juzgaré.

Cassandra deja de escribir abruptamente. El bolígrafo cae sobre la superficie metálica de la mesa, produciendo un ruido seco y resonante que rompe el silencio. Todo su cuerpo se tensa visiblemente. Sus manos se apoyan con fuerza en el borde, como si necesitara algo sólido, tangible, para no derrumbarse por completo.

La voz le sale rota por dentro, como si cada palabra le costara un esfuerzo titánico.

—¿Y qué quieres que te diga exactamente? —estalla al fin, con una intensidad contenida que se desata de repente—. ¿Que Lauren está muerta y ya han encontrado un reemplazo como si nada? ¿Que lo han decidido en una reunión fría, como si una vida pudiera cambiarse por otra sin más? —respira con dificultad, como si las palabras fueran espinas que le rasgan la garganta—. Como si fuera... nada, un mero vacío administrativo.

Un golpe invisible atraviesa el pecho de Lara, un dolor empático que le roba el aliento. Cassandra aprieta los puños hasta que sus nudillos se ponen blancos. La mandíbula le tiembla perceptiblemente. No quiere llorar, se resiste con todas sus fuerzas, pero está al borde del abismo, con las lágrimas pugnando por escapar otra vez.

—Joder... —añade en un susurro ronco, cargado de amargura—. No se puede sustituir a una persona, como si fuera un engranaje reemplazable en una máquina.

Lara ya está a su lado cuando las lágrimas amenazan con desbordarse, moviéndose con rapidez. La rodea con los brazos en un abrazo protector, cálido, que busca envolverla como un escudo.

El cuerpo de Cassandra se tensa al principio, rígido como una estatua de mármol, como si no supiera cómo dejarse consolar, cómo

ceder ante su propia vulnerabilidad. Pero después, lentamente, se afloja un poco, permitiendo que el contacto la penetre. Lara acaricia su mejilla con una de las manos, un gesto tierno y reconfortante que borra toda la distancia que se había abierto entre ellas. Cassandra parpadea repetidamente, intentando evitar que las lágrimas caigan, pero una resbala traicionera por su rostro.

—Vamos a un lugar tranquilo, lejos de miradas ajenas. Venga —le pide Lara en voz baja—. No tienes que hablar si no quieres, no te presionaré. Solo... no quiero que lleves este peso sobre tus hombros.

Le sostiene el rostro entre las manos con sumo cuidado, obligándola a mirarla y quiere decirle. «Estoy aquí, contigo». Y por primera vez en toda la tarde, Cassandra no se defiende, no erige más barreras. Asiente con un gesto mínimo, casi imperceptible.

Lara recoge su bolso sin soltarle la mano, entrelazando los dedos, y se deja guiar hacia el interior del edificio. Caminan juntas por un pasillo iluminado con luz blanca y fría, que proyecta sombras alargadas en las paredes. Los sonidos de la estación vuelven poco a poco. Cassandra no dice nada. Pero tampoco hace falta.

Atraviesan la zona común donde normalmente el equipo se reúne, bebe café en tazas desparejadas o revisa informes. Hoy está casi vacía, un espacio desierto que amplifica su soledad compartida. Solo un par de bomberos revisan equipamiento en una esquina apartada, absortos en su tarea. Kimberly levanta un instante la mirada al verlas pasar, pero no dice nada

Lara sigue avanzando, acompañando a Cassandra por el pasillo de las zonas privadas. No suelta su mano en ningún momento, aferrándose a ese lazo como a un salvavidas.

Llegan a la puerta de la habitación donde Cassandra suele dormir, un pequeño espacio con lo justo para poder descansar. Cassandra abre con un gesto tembloroso en las manos. Hay tres camas estrechas y unas cuantas mesitas de noche. Una de ellas proyecta una luz cálida y mortecina, creando sombras hacia el armario empotrado donde cuelgan uniformes de repuesto y una mochila abierta que deja ver ropa civil doblada con prisa. El lugar es silencioso, aislado del bullicio exterior por paredes gruesas que amortiguan los sonidos lejanos de la estación, un refugio temporal que huele a intimidad forzada y a noches en vela.

Cassandra entra primero, con paso vacilante, como si el peso de sus emociones la anclara al suelo. Lara la sigue sin dudar, cerrando la

puerta a sus espaldas con cuidado para no romper la fragilidad del momento.

Entonces Cassandra se da la vuelta con lentitud, apoyando la espalda contra la madera fría de la puerta. Y gira la llave en el cerrojo.

Justo ahí, en ese instante de intimidad forzada, en la penumbra acogedora de su santuario personal, se ve cómo la máscara que ha mantenido todo el día se resquebraja por fin, fragmentándose en pedazos irreparables. Sus ojos se llenan de lágrimas, brillantes bajo la luz tenue de la bombilla. Y de nuevo, se deja abrazar por Lara.

Capítulo 19

Lara Kinsley recorre las calles de la ciudad con las manos sobre en el volante, mientras Cassandra está en el asiento de al lado. La noche ha caído sobre Chicago con ese tono azul profundo y opresivo. Cuando entraron en su coche, Cassandra estaba rota, no en el sentido metafórico o poético que tanto se abusa en las novelas: rota de verdad, con el cuerpo rígido y la respiración entrecortada.

La ciudad les da la bienvenida con sirenas que se escuchan en la distancia, un lamento mecánico que corta el aire nocturno como un cuchillo. Cassandra se tensa cada vez que oye una, un reflejo condicionado que la transforma. Lara la observa de reojo mientras gira hacia su calle, notando cómo las manos de Cassandra se cierran en puños sobre sus rodillas.

Cuando por fin aparca frente al edificio, con un suspiro de alivio que expulsa el aire contenido en sus pulmones, respira hondo. El edificio se alza frente a ellas y la teniente de bomberos se queda mirando el lugar.

—Vamos —susurra Lara, imprimiendo en esa palabra una invitación que acompaña con una sonrisa.

Suben en silencio absoluto. En el interior del cubículo metálico, Cassandra fija la mirada en el panel de control, evitando su propio reflejo en las paredes pulidas que devuelven una imagen distorsionada de su vulnerabilidad. Lara piensa en cómo una mujer como ella puede resistir incendios devoradores, explosiones… y, sin embargo, temer tanto una conversación íntima y desahogarse con alguien.

«Tal vez la muerte de Lauren hizo que perdiera algo», se dice.

Poco después, el salón de Lara las recibe. Es un espacio diáfano y acogedor, paredes en tonos claros que invitan a la paz, y suelos de madera cálida. Más allá, la ciudad se despliega como un océano infinito de luces parpadeantes, un tapiz vivo que contrasta con la quietud interior.

Cassandra se detiene justo frente al ventanal, casi pegada a él, como si buscara anclarse en la inmensidad exterior, y apoya una mano en el marco metálico. Desde ahí puede ver el tráfico distante serpenteando por las avenidas, la enorme vida impersonal que continúa extendiéndose ajena a su dolor, mientras ella se desmorona en silencio.

Lara se acerca despacio, con pasos silenciosos, deteniéndose tras ella lo bastante cerca para sentir el calor irradiando de su cuerpo, el

aroma sutil del perfume de su piel.

—¿Quieres que… nos relajemos un poco? —propone Lara.

Cassandra no responde de inmediato. Gira el rostro lentamente hasta encontrarse con la mirada de Lara, y esta, observa en sus ojos la necesidad desesperada de detener el mundo, de apagar el ruido interno, aunque sea por un instante.

—Sí —responde Cassandra, buscando la mano de Lara—. Lo necesito.

Lara la toma de la mano con firmeza y la guía por el salón. Atraviesan el pasillo, donde la penumbra suaviza los contornos de los muebles, y poco después, llegan al baño de su dormitorio. Un espacio amplio y sereno.

Lara abre el grifo de la ducha, y el agua empieza a caer, llenando la estancia de vapor ascendente, empañando el espejo grande. Cassandra la mira en silencio, expectante, con los ojos brillando bajo la luz difusa.

Lara se acerca a ella con calma. Le acaricia la línea de la mandíbula con la yema de los dedos, trazando un camino suave que eriza la piel de la teniente.

—Deja que cuide de ti un poco —murmura Lara.

Cassandra traga saliva con dificultad, con la mirada fija en la de Lara, más vulnerable que nunca.

—No tengo ni idea de cómo hacerlo. Dejarme cuidar sin sentirme… débil —susurra Cassandra, confesando esa dolorosa verdad.

—Ya habrá tiempo para eso.

Lara la besa y Cassandra responde con una intensidad que la desarma por dentro, aferrándose a la cintura de Lara como quien se agarra a un borde rocoso para no hundirse en el abismo, tirando de ella con necesidad.

El vapor aumenta rápidamente, envolviéndolas en una niebla cálida y protectora. Lara desliza sus manos, hacia la ropa de Cassandra. La quita con cuidado exquisito, sin prisa alguna, despojándola prenda a prenda. No hay urgencia en sus movimientos, solo una devoción tranquila y absoluta. Cuando su jersey cae al suelo, Cassandra se queda inmóvil un instante.

Lara acaricia su mejilla con dulzura, borrando cualquier sombra de duda.

—Estás conmigo —le asegura Lara, consciente de que el instante no tiene nada que ver con lo que vivieron en el hospital.

Cassandra asiente y continúa despacio, desnudándola.

La camiseta de Cassandra se desliza por sus hombros, revelando la piel marcada por el esfuerzo diario; los pantalones caen, dejando al descubierto las piernas fuertes pero cansadas. En el tobillo, aparece la tobillera, que Lara se queda observando en silencio, pero Cassandra levanta su barbilla con los dedos, obligándola a mirarla a los ojos con una intensidad feroz.

—Es solo por precaución, nada más —le asegura—. Ya estoy en forma.

Lara coloca su mano sobre su mejilla, cálida y firme.

—No tienes por qué explicarte. Te creo —responde Lara con convicción.

Cassandra la besa, impulsada por una oleada de gratitud y deseo. Lo hace con una intensidad nueva, desesperada, como si en cada movimiento hubiera algo precioso que no quiere perder, mientras sus labios devoran los de Lara con hambre contenida.

Lara sonríe contra sus labios, en un roce juguetón.

—Ven —susurra, abriendo la mampara de cristal y tirando suavemente de ella hacia dentro, guiándola bajo el chorro de agua.

Lara se acerca despacio, deteniéndose tras ella lo bastante cerca para sentir el calor irradiando de su cuerpo, pero sin tocarla todavía.

El agua las envuelve de inmediato, un torrente bienvenido que arrastra la tensión acumulada de los últimos días. Cassandra suspira profundamente al sentir el calor penetrar en sus músculos agarrotados, un sonido de alivio puro y visceral que resuena en el espacio cerrado y empañado.

La ducha se convierte en un espacio fuera del tiempo, un microcosmos suspendido donde solo existen ellas dos, aisladas en esa burbuja.

Lara toma la esponja, la empapa de jabón con aroma a lavanda y cítricos, y recorre el hombro de Cassandra con movimientos circulares, lentos y deliberados, generando una espuma cremosa y abundante. Desliza la espuma por su espalda, trazando sus curvas. No hay prisa en sus gestos; cada caricia es una forma de aprender su geografía íntima, de memorizar cada imperfección de su cuerpo como un mapa preciado y único.

Cassandra cierra los ojos con fuerza, su respiración se vuelve profunda y pausada. Lara deja la esponja a un lado con un gesto fluido y recorre con sus manos desnudas el mismo camino. Sus palmas se posan en la curva de los omóplatos de la teniente, bajan por la cintura estrecha y definida de Cassandra, exploran la suavidad sus caderas,

apretando ligeramente la carne firme para sentir el pulso acelerado debajo.

La teniente apoya la frente en la clavícula de Lara, buscando refugio en el hueco de su cuello. Lara pasa los dedos por su nuca, acariciando los mechones empapados que se pegan a la piel pálida, masajeando el cuero cabelludo lentamente.

La tensión cambia sutilmente, transmutándose en un deseo que ya no pueden contener. Lara acaricia la línea de su espalda con las yemas de los dedos y vuelve por su espalda para tirarle un poco del pelo y revelar su cuello, donde deja varios besos.

Lara se inclina y captura sus labios en un beso lento al principio, profundo y devorador después. Sus cuerpos se presionan sin brusquedad inicial, guiados por la necesidad imperiosa de estar cerca, de no perder el contacto ni un segundo. Lara recorre su cintura con las manos abiertas y posesivas, siente cómo Cassandra tiembla ligeramente bajo sus palmas, de una electricidad que recorre sus venas y concentra el calor en su sexo.

Cassandra deja escapar un sonido gutural. Las manos de Lara exploran su cuerpo. Besa su clavícula expuesta, depositando besos húmedos que siguen el camino del agua en riachuelos; recorre su cuello

con la lengua; baja hasta la curva suave donde el hombro se relaja por primera vez en días, succionando con fuerza para dejar una marca efímera y rosada que más tarde desaparecerá.

Cassandra responde con una caricia lenta y descendente en la espalda de Lara, sus uñas arañando ligeramente la piel mojada y resbaladiza en surcos rojos que contrastan con el agua, un gesto que la acerca más hasta eliminar cualquier espacio, como si quisiera memorizar su cuerpo entero, fundirse en él por completo. Sus dedos se clavan en las caderas de Lara con fuerza creciente, tirando de ella hasta que sus pechos se presionan con fricción deliciosa.

El agua cae sobre ellas en una cascada incesante, amplificando cada sensación. Lara desliza una mano entre los muslos temblorosos de Cassandra, encontrándola ya húmeda no solo por el agua sino por un deseo ardiente que late con fuerza. Sus dedos exploran con delicadeza inicial, trazando círculos lentos y precisos alrededor del clítoris hinchado y sensible, presionando justo lo suficiente para hacer que las rodillas de Cassandra flaqueen, luego acariciándolo con más insistencia.

Cassandra arquea la espalda contra las baldosas frías y resbaladizas, un contraste exquisito y estimulante con el calor del chorro que golpea su piel, y sus manos suben para enredarse en el pelo empapado de Lara, tirando con urgencia creciente que expone su

propio cuello a más besos. Lara introduce un dedo con lentitud tortuosa, sintiendo la contracción inmediata y apretada, el calor envolvente, y añade un segundo cuando Cassandra empuja las caderas hacia adelante con avidez, demandando más en un movimiento fluido y desesperado. Sus movimientos se vuelven rítmicos y profundos, curvando los dedos para hacer que Cassandra tiemble violentamente de pies a cabeza.

Lara acelera el ritmo con maestría, su pulgar le presiona el clítoris en círculos firmes y rápidos, mientras con la otra mano pellizca suavemente un pezón endurecido, tirando con ligereza para intensificar el placer. El orgasmo golpea a Cassandra, su cuerpo convulsiona en espasmos intensos, y las paredes internas se contraen alrededor de los dedos de Lara.

Pero el fuego no se apaga. Cassandra, aún temblorosa y con las piernas inestables, invierte los roles con una determinación feroz y animal. Sus manos bajan por el torso resbaladizo de Lara, explorando sus pechos, succionando un pezón con la boca caliente, enviando descargas directas al sexo de Lara. Los dedos de Cassandran lo encuentran poco después, resbaladizo y ansioso, e introduce dos dedos de golpe con un empuje profundo que arranca un gemido de los labios de Lara.

Lara se apoya en la pared con las palmas abiertas, las piernas flojas y temblorosas, y sus caderas moviéndose al ritmo impuesto por Cassandra en un vaivén instintivo y voraz. Se besan con hambre insaciable.

Cassandra añade un tercer dedo con facilidad, estirando a Lara deliciosamente hasta el límite del placer. Lara se deshace en un orgasmo prolongado y devastador, clavando las uñas en la espalda de Cassandra dejando surcos rojos.

Se turnan en una sinfonía, llegando al clímax en un ciclo interminable de placer.

Mientras el agua sigue cayendo en una lluvia eterna e inagotable, Cassandra apoya la frente en la de Lara, con sus respiraciones sincronizadas. La lluvia de la ducha las envuelve su silencio reparador y cargado de intimidad. Vuelven a encontrar sus labios, y Cassandra se da cuenta de que por fin está en un lugar donde su guardia puede caer por completo.

El mundo desaparece más allá.

Cassandra se abandona por completo entre los brazos de Lara.

Lara la sostiene con firmeza. Y la noche en Chicago continúa sin ellas, ajena a su éxtasis privado y prolongado.

Capítulo 20

Dos días después, Cassandra Sullivan conduce hacia las afueras de la ciudad con el pie firme en el acelerador, aunque su mente divaga en un torbellino incesante. El trayecto no debería resultarle tan arduo, tan cargado de aprensión, sobre todo, teniendo en cuenta lo que enfrenta en su trabajo. Y, sin embargo, enfrentarse a su padre le exige otro tipo de valor, algo más profundo y visceral.

«Solo es una comida, nada más.» Se repite una y otra vez en un mantra interno, intentando convencerse. La carretera se estrecha progresivamente al adentrarse en la zona residencial, flanqueada por aceras agrietadas y farolas antiguas que proyectan halos amarillentos. Aquí las casas son antiguas y señoriales, rodeadas de árboles desnudos, y jardines descuidados donde la hierba crece salvaje y las hojas secas se acumulan en montones olvidados.

La casa de su padre se alza al final de un camino de grava que cruje bajo los neumáticos: una construcción amplia y robusta de ladrillo rojo oscuro, con un tejado gris pizarra inclinado y ventanas estrechas de madera barnizada que ya parecen estar vigilándola. Cassandra recuerda que en otra vida esa casa fue acogedora; en

tiempos más felices, pero ahora parece un lugar detenido en el tiempo, congelado en un pasado que se niega a evolucionar.

El jardín delantero está descuidado, un reflejo del abandono sutil. Cassandra aparca frente al porche con un giro preciso del volante. Apaga el motor y poco después, el silencio la recibe como un golpe seco en el pecho, amplificado por la quietud suburbana.

Respira, larga y profundamente, inhalando el aire frío que se filtra por las rendijas.

«Puedes hacerlo», se anima en silencio, aferrándose a esa determinación como si fuera un salvavidas.

Cassandra coge la bolsa de regalo que trae consigo —una caja elegante con café recién molido de un tostador local artesanal, aromático y robusto, y un libro de fotografía en tapa dura sobre paisajes urbanos en blanco y negro, que sabe que a su padre le gustará, aunque él, con su estoicismo habitual, no lo admita en voz alta—. Se arregla la chaqueta y camina hacia la entrada.

Golpea la puerta con los nudillos. No necesita más de dos segundos para oír los pasos desde dentro. Su padre parece llevar esperándola desde hacía horas.

—Cass —saluda él, con una expresión que intenta ser neutral y equilibrada, pero no lo consigue del todo.

William Sullivan la observa desde el umbral con esa mirada penetrante que siempre ha tenido. Pelo gris claro, en corte militar, mandíbula marcada y angulosa que habla de una vida de disciplina, espalda recta e impertérrita a pesar de sus setenta y cinco años bien llevados. Lleva un jersey de lana azul marino, grueso y confortable, y unos pantalones de pinzas impecables, planchados con esmero. Tiene la energía contenida de alguien que jamás se permite mostrar debilidad, que ha erigido barreras de acero alrededor de su vulnerabilidad.

Barreras que ella misma ha heredado con el paso de los años.

—Hola, papá —responde Cassandra, y el corazón le late con fuerza en el pecho.

Entra, cruzando el umbral, y el olor familiar la golpea en cuanto pisa el vestíbulo. Su padre conserva todo como estaba cuando su madre vivía, inalterado como un museo viviente. Cada cuadro está en su sitio exacto, cada mueble en su posición original, cada detalle congelado en el tiempo. Es como si se hubiera negado a actualizar la casa, como si mover cualquier objeto —un jarrón, una lámpara— equivaliera a traicionarla, a borrar su huella para siempre.

El pasillo es estrecho y acogedor, revestido de papel pintado en tonos beis desvaídos por los años, con fotografías enmarcadas que recorren la pared de punta a punta como una galería de recuerdos selectivos. Cassandra evita mirarlas con deliberación, no quiere enfrentarse a su propio rostro adolescente, sonriente e inocente, sostenido entre su padre y su madre en poses familiares, como si hubieran sido una familia normal, sin grietas ni ausencias que lo rompieran todo.

William la dirige hacia la cocina con un gesto de la cabeza, invitándola a seguirlo sin palabras superfluas. Cassandra deja la bolsa de regalo en la entrada, sobre un aparador de caoba que siempre ha estado allí.

La cocina es amplia y luminosa, con ventanales que dejan entrar la luz grisácea del invierno. Una olla grande descansa sobre la encimera de granito; de ella emana un aroma intenso y reconfortante que le resulta demasiado familiar, evocador de épocas pasadas.

—He preparado tu plato favorito, como en los viejos tiempos — anuncia su padre con orgullo, ladeando la olla con cuidado para servir porciones generosas en dos platos ya listos para ser servidos.

Cassandra reconoce el estofado incluso antes de verlo: carne cocida a fuego lento hasta deshacerse, con zanahorias tiernas, patatas en trozos jugosos y un caldo espeso perfumado con hierbas. Durante su adolescencia, ese plato aparecía invariablemente cada vez que su padre tenía algo importante que decirle, una forma sutil de suavizar conversaciones difíciles.

—Gracias, papá —responde Cassandra, esforzándose por sonar cordial y agradecida, aunque un nudo se le haya formado en la garganta.

«Ya no es mi plato favorito», piensa con amargura interna, pero se guarda las palabras.

Hace años que prefiere comidas más ligeras y funcionales, desde que inició el entrenamiento intensivo como bombera. Además, ya no asocia ese plato a un cariño paternal, sino a silencios incómodos, a discusiones veladas que se diluían en el vapor pero nunca se resolvían.

Se sientan uno frente al otro en la mesa, y Cassandra coloca la servilleta sobre su regazo con un gesto automático. William la observa con atención, como si tuviera algo que analizar en cada movimiento suyo.

—Y bien —empieza él—, ¿cómo te ha ido estos días? ¿Has reflexionado sobre lo que te dije la última vez, sobre lo que te puede costar esa vida que llevas?

Cassandra aprieta la cuchara entre sus dedos.

—No voy a dejar de ser bombera, papá —declara despacio, sin elevar el tono pero con una firmeza inquebrantable—. Esta es mi vida, mi vocación, lo que me define. Ya va siendo hora de que lo aceptes de una vez por todas.

William suspira profundamente, apoyando los codos en la mesa con un gesto de fatiga contenida.

—No tienes por qué arriesgarte de esa manera tan absurda, exponiéndote a lo innecesario —replica con vehemencia controlada—. Hay otras formas de ayudar a la comunidad, menos destructivas. Podrías enseñar en la academia, transmitir tu experiencia; podrías coordinar desde la central, con seguridad...

—No soy instructora, ni me veo detrás de un escritorio, bastante tortura ha sido estos días —interrumpe Cassandra, con una calma rotunda—. Soy bombera y es lo que voy a ser hasta que me muera.

Él la mira con una mezcla turbulenta de frustración y miedo contenido, con los ojos entrecerrados.

—Podrías haber muerto en ese incendio, Cassandra, y lo sabes.

—Lauren murió. Yo no —responde ella antes de poder filtrar las palabras, y la frase queda suspendida entre ambos como una granada a punto de explotar.

El silencio se vuelve opresivo, como si el aire se hubiera espesado de golpe.

El nombre de Lauren no había aparecido entre ellos desde el incendio fatídico, un tabú implícito. William baja la mirada hacia el plato humeante, y tensa la mandíbula hasta que los músculos se marcan bajo la piel. Cassandra siente un latido acelerado en la sien.

—Si hubieras reaccionado antes... si te hubieras lanzado en su lugar contra las llamas como una imprudente…

—No vuelvas a insinuar eso ni por un instante —le corta ella.

William levanta la mirada, sorprendido por el tono cortante, con los ojos abiertos de par en par.

—Yo era su superior, y era mi responsabilidad traerla viva a casa —continúa Cassandra—. Y si lo que quieres insinuar es que te alegras que ella haya muerto en vez de yo…

—No he dicho eso en ningún momento —se defiende él, pero su voz vacila.

—Lo has insinuado —replica ella, implacable.

Él se queda callado, con los labios apretados en una línea fina. Cassandra deja la cuchara a un lado. El estofado se enfría intacto.

—Cass —habla de nuevo su padre—, no sé si entiendes lo que yo siento, el peso que cargo cada día.

—¿Que no lo entiendo? —pregunta ella, con incredulidad genuina —. He visto morir a una compañera delante de mis ojos, he sentido el techo desplomándose sobre nosotras. Estoy luchando por recuperar mi vida, y dejar de tener pesadillas.

Él aprieta los labios con fuerza.

—Precisamente por eso —insiste—. Eso demuestra que tu trabajo te está destruyendo poco a poco, erosionándote desde dentro.

—Mi trabajo me da sentido, me hace sentir viva —afirma ella sin dudar ni un ápice.

William la observa en silencio.

—Hay formas menos peligrosas de sentirte útil, de contribuir sin jugártelo todo.

Cassandra respira lentamente, manteniendo la voz en un registro sereno a pesar del torbellino inteior.

—Quiero que me escuches con atención, papá. No soy una niña que necesita protección constante. Dejar de ser bombera no va a hacer que me quieras más, ni que me veas de otra manera.

Él se queda helado, como si la frase hubiera sido un mazazo inesperado.

Cassandra nunca había dicho eso en voz alta, nunca había expuesto esa verdad desnuda.

William baja la mirada, como si la frase hubiera abierto una compuerta invisible, liberando un caudal de emociones reprimidas durante años. Finalmente, él levanta la cabeza y su voz se suaviza.

—No es eso en absoluto, Cassandra, nunca lo ha sido. Solo tengo miedo de perderte, cariño, un miedo que me corroe —confiesa él, con un temblor perceptible en la voz, y los ojos vidriosos.

Esa confesión la golpea más que cualquier reproche airado, un impacto emocional que le roba el aliento. Por primera vez en mucho tiempo, Cassandra ve miedo real en sus ojos.

Miedo puro, crudo, el de un padre que ha perdido demasiado.

Un miedo profundo y ancestral que él nunca había dejado ver, oculto tras capas de estoicismo.

Ella se levanta sin pensar, impulsada por un instinto protector, y rodea la mesa para abrazarlo con fuerza. William duda por una fracción de segundo, antes de aferrarse a ella como si fuera algo irremplazable. Siempre ha sido rígido, poco dado a muestras de afecto físico, pero esta vez, William se aferra a su hija con desesperación contenida, hundiendo el rostro en su hombro.

—Tranquilo, papá —murmura Cassandra—. No voy a desaparecer, no me perderás. Te lo prometo con todo mi ser.

Él respira hondo contra su hombro.

—Eres lo único que tengo en este mundo, lo único que queda —susurra, sin fuerza.

Cassandra siente un nudo apretado en el estómago. William nunca rehízo su vida después de la muerte de su madre, se encerró en la casa como en una fortaleza, en el trabajo rutinario, en los recuerdos inalterados, y en una versión estricta.

—Tienes más gente a tu alrededor, papá, más de la que crees —le asegura ella, separándose un poco para mirarlo a los ojos, sosteniendo

su rostro entre las manos—. Solo tienes que permitirte abrir la puerta a los demás.

Él sonríe sin alegría verdadera, como si el gesto le resultara ajeno después de tanto tiempo.

—No quiero perder a nadie más, no lo soportaría —confiesa con voz ronca—. Cuando tu madre murió, sentí como si el mundo se detuviera en seco, como si todo color se hubiera desvanecido. Y tú… eras tan joven entonces, tan frágil.

Cassandra baja la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre la mesa.

—Lo sé, papá, lo llevo grabado —admite con sinceridad—. Pero yo no soy mamá.

—No. Eres más fuerte de lo que ella jamás fue —reconoce él con honestidad cruda—. Pero incluso las personas fuertes necesitan a alguien que las espere en casa, que las ancle a la realidad.

Inevitablemente, ella piensa en Lara, en cómo se siente cuando está cerca de ella, segura y comprendida, a pesar de lo poco que todavía se conocen. En la forma en que la abrazó durante sus pesadillas.

—No tienes que salvarme de mí misma —le dice Cassandra con suavidad—. Solo tienes que apoyarme, estar a mi lado sin juzgar lo que

hago.

William asiente lentamente.

—Estoy aprendiendo, hija, aunque me cueste —admite, y la frase, dicha por un hombre tan orgulloso y obstinado, significa algo importante, un puente tendido sobre el abismo.

Terminan de comer con una conversación tranquila y pausada, sin prisas ni interrupciones. Hablan de pequeñas cosas cotidianas. Cassandra escucha sin interrupciones, dejando que la calma repose entre ellos como una manta cálida. Hay algo reconfortante en simplemente estar ahí, en esa cocina familiar, sin la constante sensación de estar fallando, de no cumplir expectativas imposibles.

Cuando terminan, Cassandra recoge los platos con naturalidad, apilándolos con cuidado.

—No hace falta que lo hagas, déjalo —protesta él, sin convicción real, más por hábito que por deseo.

—No pasa nada, me apetece de veras —responde Cassandra con una sonrisa genuina.

Se siente bien moverse por la cocina conocida, abrir el grifo con el chorro caliente que empaña el aire, mojar los platos con agua jabonosa que forma espuma abundante. Mientras frota un plato con la esponja,

Cassandra se da cuenta de que el peso en su pecho se ha aligerado notablemente, como si una losa se hubiera levantado.

Se gira hacia él con una chispa juguetona en los ojos.

—¿Nos echamos un ping-pong, como en los viejos tiempos?

William parpadea, sorprendido por la propuesta inesperada, y Cassandra sonríe con picardía, un eco de su yo adolescente.

—Vamos, papá. Hace años que no me ganas, y lo sabes.

Él se ríe a carcajadas.

—Por supuesto, acepto el desafío —responde, levantándose con renovado brío.

Se dirigen al garaje contiguo, un espacio amplio y ordenado. William enciende las luces fluorescentes, revelando una mesa de ping-pong verde, perfectamente cuidada y libre de polvo, como si la hubiese mantenido lista para este momento preciso, un ritual suspendido en el tiempo. Cassandra coge una pala roja, la hace girar con habilidad entre los dedos, sintiendo el peso familiar.

—¿Lista para morder el polvo? —pregunta él, levantando la ceja con competitividad renovada, una sonrisa ladeada.

—Siempre, y más que tú —responde ella con confianza.

Empiezan a jugar con entusiasmo. El sonido de la pelota contra la mesa resuena como algo antiguo y familiar, un tac-tac rítmico que evoca recuerdos de tardes lluviosas. Cassandra se mueve con facilidad y agilidad, aunque nota el tobillo resentido protestando en algún giro brusco. Aun así, no para. Le gusta la sensación de desafío puro, de rapidez instintiva, de concentración absoluta que borra todo lo demás: el dolor, las discusiones, el duelo.

William hace un saque potente y preciso. Cassandra lo devuelve con una curva suave y traicionera que cae justo en la esquina de la mesa, rozando el borde. Él sonríe, competitivo por primera vez en mucho tiempo.

—Vas mejorando con los años, no lo negaré —comenta entre puntos, jadeando ligeramente.

—No me subestimes, viejo —bromea Cassandra, devolviendo con un revés veloz.

Los puntos avanzan en una sucesión frenética. Ríen cuando uno falla de forma absurda. La tensión que cargaban desde el inicio se disuelve en el aire como polvo barrido por el viento, evaporándose en carcajadas compartidas. Cassandra gana el primer set con un punto final magistral. Él empata en el segundo con astucia veterana.

En el último, cuando la pelota roza el borde y sale despedida hacia el suelo con un rebote errático, ambos se quedan quietos, respirando agitados, con el sudor perlando sus frentes.

William la mira y sonríe con orgullo genuino.

—Ya te has hecho adulta, de pies a cabeza —dice con voz emotiva.

Cassandra recoge la pelota del suelo con un gesto fluido, se la lanza con una precisión suave y juguetona, como cuando era adolescente y desafiaba sus límites.

—Llevo siéndolo mucho tiempo, papá, más del que crees.

Él asiente con lentitud, capturando la pelota en el aire.

—Gracias por venir hoy, y por darme esta oportunidad.

—Gracias por dejarme entrar de nuevo —responde ella.

No hay abrazos efusivos ni palabras grandilocuentes que sellen el momento. Solo el eco de la pelota rodando por el suelo del garaje, un sonido simple y eterno.

A veces, la reconciliación se parece exactamente a esto.

A una tarde cualquiera, sin pretensiones.

A un juego que no busca ganar a toda costa, sino a conectar.

A quedarse, simplemente, en el mismo espacio que la persona que más te quiere en el mundo.

Capítulo 21

La Estación 51 ya no respira con la misma cadencia desde que Lauren Price dejó de hacerlo. Las puertas automáticas se abren y cierran con puntualidad, los camiones permanecen alineados, y los cascos cuelgan de sus ganchos, relucientes y dispuestos para la próxima alarma que rompa el silencio. Sin embargo, un vacío intangible flota en el aire, un hueco que ningún esfuerzo por restaurar la rutina logra rellenar del todo. Esa ausencia se manifiesta como un susurro persistente, un eco que nadie osa traducir en palabras, aunque todos lo sienten en el pecho, como una presión sorda que acompaña cada paso por los pasillos.

Y hoy, precisamente hoy, irrumpe su sustituto en este delicado equilibrio.

Cassandra Sullivan se arregla el cuello de su uniforme, ceñido como una segunda piel, y se impone una postura inquebrantable frente al camión principal, donde el resto del equipo se congrega en un semicírculo expectante. El aire de la amplia nave está saturado de aromas familiares: gasolina recién puesta, y ese desinfectante que se adhiere a la garganta como un recordatorio de las batallas libradas contra el fuego y la muerte. Está más que acostumbrada a esa sinfonía

olfativa, pero en este instante las paredes parecen contraerse contra la teniente, como si la estación entera se hubiera encogido en un gesto de rechazo sutil, oprimiendo su espacio vital y acelerando el latido de su corazón bajo la tela rígida del uniforme.

La puerta lateral se desliza con un siseo hidráulico, y el capitán Richards emerge flanqueado por un hombre de estatura imponente, con un porte atlético que irradia una confianza innata, no la de quien presume, sino la de quien ha forjado su seguridad en el crisol de experiencias pasadas. Su pelo castaño claro está peinado en mechones desordenados, y lleva la barba recortada con precisión, enmarcando un rostro de facciones angulosas. Sus ojos, de un azul penetrante, recorren el entorno con una atención meticulosa, absorbiendo cada detalle —las mangueras enrolladas, los extintores alineados, las sombras danzantes en el suelo de hormigón— como si ya estuviera mapeando el terreno para futuras batallas.

—Equipo —proclama el capitán con esa voz grave y autoritaria que siempre impone orden en el caos—, os presento a Liam Kendall, vuestro nuevo compañero. Viene con recomendaciones impecables y una trayectoria que habla por sí sola.

Un murmullo suave, casi reverencial, recorre el grupo: saludos cordiales, incluso más de una sonrisa alegre, cargada de muchos

ánimos. Cassandra permanece inmóvil, con los brazos pegados a los costados del cuerpo, delatando esa profesionalidad que siempre la ha caracterizado. Pero también algo más, claro que sí.

Liam avanza un paso, sin un ápice de vacilación, y su voz resuena con una sinceridad cruda que detiene en seco a más de uno.

—Sé perfectamente que Lauren Price es insustituible —declara, y en sus palabras no hay rastro de cursilería ni de cálculo estratégico; solo un respeto profundo, palpable, que flota en el aire—. No pretendo llenar su vacío, ni mucho menos. Solo aspiro a que podamos apoyarnos mutuamente, a que mi presencia aquí sirva para fortalecer lo que ya habéis construido con tanto esfuerzo y sacrificio.

No hay aspavientos, no hay intentos de congraciarse; solo una humildad genuina que desarma defensas sin esfuerzo aparente. Aun así, esa frase impacta a Cassandra en lo más hondo, en ese rincón blindado donde guarda el duelo como un tesoro doloroso, abriendo una grieta que ella se apresura a sellar con voluntad de hierro.

Sin mediar palabra, Cassandra se acerca a él con pasos medidos, y una máscara de neutralidad gélida que oculta el torbellino interior. Extiende la mano y lo encara.

—Teniente Cassandra Sullivan —se presenta, desprovista de calidez, pero cargada de autoridad.

El apretón de manos de Liam es sólido, seguro, transmitiendo una energía contenida que vibra a través de sus manos, como un pulso compartido en medio de la frialdad ambiental.

—Será un verdadero honor trabajar a tu lado, teniente —responde él, y en esa frase hay un matiz que intenta perforar la coraza de Cassandra, un atisbo de empatía que ella rechaza de inmediato.

Todavía no. Todavía no está lista para dejar entrar a nadie en ese santuario de pérdida.

Se gira bruscamente hacia sus compañeros.

—Gabe, Tasha. Enseñadle la estación al detalle: las habitaciones, los vestuarios, cada rincón que pueda ayudarle a hacer su trabajo mejor.

—Sí, mi teniente —responden al unísono.

Cassandra se encuentra de pronto sola con Kimberly en el gimnasio, un espacio amplio y funcional adyacente a los vestuarios, separado del bullicio principal por una puerta corredera de cristal esmerilado que filtra la luz en haces difusos. Allí dentro, las máquinas relucen bajo los focos, las pesas apiladas parecen desafiar la gravedad, y

la cinta de correr, esa aliada implacable en noches de insomnio, espera con su banda negra lista para devorar kilómetros de frustración.

Kimberly cruza los brazos sobre el pecho, con su postura relajada pero atenta, como una hermana mayor que conoce los rincones ocultos del alma.

—No la tomes con él, Cass —murmura en voz baja, con esa intimidad que solo comparten quienes han compartido turnos infernales y risas en la penumbra—. No se lo merece.

—No la estoy tomando con él —replica Cassandra, aunque las palabras suenan huecas incluso a sus propios oídos.

Kimberly ladea la cabeza ligeramente, sin un ápice de provocación en su gesto; solo observa, con esa paciencia serena que desarma más que cualquier confrontación. Su voz se mantiene en un tono tranquilo, casi susurrante, como si temiera romper el frágil equilibrio del momento.

—No lo sé, Cass. Lo estabas mirando como si hubiera venido a usurpar el asiento vacío de alguien a quien apreciabas profundamente, como si su mera presencia profanara un altar del que todavía no nos hemos despedido.

—No lo estaba mirando así —insiste Cassandra, pero el nudo en su garganta traiciona la mentira, y sus ojos evitan los de Kimberly por un instante.

Kimberly no la presiona; solo exhala un suspiro tranquilo, cargado de comprensión. Sabe que tarde o temprano tenía que llegar alguien nuevo; esa es su vida, un ciclo implacable de llegadas y partidas en el que la estación no puede permitirse quedar incompleta, como un cuerpo con un órgano extirpado.

Cassandra aprieta la mandíbula hasta que le duele.

—Tengo clarísimo cómo funciona este trabajo —admite al fin, con un filo de amargura que no puede disimular—. Lo que me jode de verdad es el modo en que están tratando el tema, como si Lauren no hubiera sido más que un engranaje reemplazable, como si su ausencia no dejara un boquete en el alma de esta estación.

—Nadie piensa eso, Cass —responde Kimberly, sin rastro de condescendencia—. Tal vez lo que ocurre es que nadie sabe aún cómo afrontar su pérdida, cómo nombrar el vacío sin que nos trague a todos. Estamos todos navegando a ciegas.

A Cassandra le duele en lo más profundo reconocer que Kimberly podría tener razón, que el duelo colectivo se disfraza de eficiencia para no colapsar. Pero no lo admite en voz alta; el orgullo es su último bastión.

Kimberly le toca el brazo con un gesto breve, fugaz, un roce que transmite solidaridad sin invadir exactamente su espacio.

—Voy a revisar los equipos de respiración autónoma. Si necesitas hablar, desahogarte o simplemente estar en silencio con alguien… estaré ahí, como siempre.

Se marcha con pasos ligeros, y la puerta corredera se cierra, aislando el gimnasio en un silencio opresivo que solo rompe el zumbido distante de las luces fluorescentes.

Cassandra se queda sola, envuelta en esa quietud que amplifica cada latido de su corazón.

Mira la cinta de correr, esa bestia mecánica que ha sido testigo de tantas purgas emocionales. Siente un impulso incontrolable, visceral, como una ola que sube desde el estómago: el instinto de quemar todo, de correr hasta que los pensamientos se disuelvan en sudor y agotamiento, hasta que el dolor físico eclipse el otro.

Sube a la plataforma con determinación, aprieta los botones con dedos temblorosos y arranca con un trote suave. El sonido de la máquina marca un ritmo monótono, hipnótico, que se sincroniza con el golpeteo de sus zapatillas contra la banda. Sus músculos responden con memoria propia, esa coreografía grabada en el cuerpo tras innumerables sesiones. No ha pasado ni un minuto cuando aumenta la velocidad, impulsada por una urgencia interna. Después vuelve a aumentarla, y otra vez, hasta que el viento artificial azota su rostro.

El tobillo protesta con un pinchazo sordo.

Ella ignora la queja, como ignora tantas cosas estos días.

Más velocidad.

La respiración se acelera, entrecortada, el sudor brota en la frente y resbala por las sienes como lágrimas que no quiere permitirse derramar otra vez. Cada zancada lanza un latigazo desde el tobillo hasta la rodilla, un fuego que se extiende por la pierna, pero no frena; al contrario, acelera, desafiando al cuerpo que traiciona.

Lauren no volverá.

Lauren no volverá.

Lauren no volverá.

Aumenta la velocidad una vez más, casi sin control.

El dolor se convierte en un aguijón punzante bajo la piel, un tormento que se clava profundamente en Cassandra.

«No te detengas. No pienses. Solo corre. Deja que el ritmo te devore.»

El tobillo cede en un instante brutal, una punzada violenta. Cassandra tropieza, el equilibrio se desvanece, y cae descuidadamente contra el borde acolchado de la máquina, y un impacto reverberando en sus costillas. La cinta sigue moviéndose unos segundos más, inerte y cruel, hasta que golpea el botón de parada con rabia, y el puño cerrado.

—¡Mierda! —exclama con el aliento entrecortado, y la voz rota—. ¡Joder, joder!

Se queda sentada en el suelo frío, con las piernas extendidas como las de una muñeca rota. Cierra los ojos con fuerza, intentando contener el temblor que sacude su cuerpo entero, un terremoto interno. No va a llorar ahí, no frente a una máquina impersonal, no por una caída estúpida que ella misma provocó en un arranque de masoquismo.

Se aprieta el tobillo con una mano. Duele más porque lo estaba forzando desde el primer día, ignorando las señales de advertencia como si el dolor físico pudiera expiar la culpa. El teléfono vibra a su espalda.

Lo busca con brusquedad. En la pantalla, un mensaje de Lara ilumina el momento con una chispa inesperada.

Y también hay una fotografía: un plano medio, capturado frente al espejo empañado del baño del hospital. Lara lleva el uniforme médico, pero sin la bata puesta; la parte superior del uniforme está subida con deliberada elegancia, dejando entrever un atisbo de piel suave, iluminada por la luz fría. No es explícita, pero sí sugerente, un juego de sombras y curvas que la invita a sonreír.

«Estoy deseando tener un segundo libre para verte, para perderme en ti y olvidar el caos de este turno eterno.»

Cassandra suspira, un sonido que escapa involuntario, profundo y liberador. Y siente una calidez inesperada recorrerle el pecho, desplazando el enfado como una marea que arrastra escombros. La mirada le cambia sin poder evitarlo, suavizándose en los bordes, y por un instante el gimnasio parece menos opresivo.

«Ella. Puedo respirar cuando pienso en ella, en esa conexión que trasciende las llamas y las pérdidas.»

Deja el móvil en uno de los bancos y mira a su alrededor, buscando un par de vendas con las que enrollarse el tobillo. Y entonces, decide continuar con otra rutina: entrenamiento de fuerza, un ritual de

control que le devuelve el mando. Coge una barra de pesas, coloca discos a cada lado, y empieza a elevarla con los brazos temblorosos, controlando la respiración en inhalaciones profundas y exhalaciones medidas.

Siente el peso, esa resistencia implacable que tira hacia abajo, la tensión que se acumula en cada músculo como cuerdas tensadas al límite.

En cada elevación, Cassandra vacía un pensamiento tóxico, lo expulsa al éter.

En cada descenso libera algo que le sobra, un lastre emocional que se disipa con el esfuerzo.

«Liam no es tu enemigo; es solo un hombre tratando de encajar en un rompecabezas roto.»

«No puedes vivir enfadada para siempre; el rencor es un fuego que te consume a ti primero.»

Termina la serie con un jadeo controlado y deja caer la barra con un leve golpe metálico que resuena en el espacio vacío. Respira hondo, permanece quieta unos segundos eternos, dejando que el pulso vuelva a su ritmo normal.

Se dirige a los vestuarios con paso, y se da cuenta que el tobillo poco a poco vuelve a la normalidad. Abre el grifo de agua caliente y deja que caiga en cascada sobre sus hombros tensos, un torrente que lava las capas de suciedad física y emocional. El vapor le rodea el cuerpo como una niebla protectora, denso y reconfortante. Cierra los ojos y se apoya en los azulejos fríos, dejando que el agua arrastre toda la rabia acumulada y el miedo que se enquista en los huesos.

Cuando sale se seca con calma, movimientos pausados que restauran el orden, se pone la ropa limpia del uniforme y recoge el pelo en una coleta alta, tirante y práctica. Está agotada hasta el tuétano, pero necesita comer algo antes de volverse inútil en el siguiente turno, antes de que el hambre se sume a la lista de traiciones impresas en su cuerpo.

Cruza el pasillo que conduce al comedor. El ruido de cubiertos chocando contra platos y conversaciones bajas en tonos confidenciales se mezcla con el olor reconfortante de la comida recién servida: un guiso humeante, pan tostado, café que impregna el aire como un abrazo colectivo. Cassandra se sirve un plato en silencio. No quiere pensar en Liam, ni en cómo el equipo lo está recibiendo con esa calidez que a ella le cuesta invocar, ni en el vacío que su llegada resalta.

Al levantar la mirada, lo ve sentado solo en una de las mesas alargadas, revisando un manual de protocolos de rescate con

dedicación monástica. Parece concentrado, con el bolígrafo danzando entre sus dedos mientras subraya pasajes clave con trazos firmes. No parece incómodo en su soledad, ni arrogante en su aislamiento; solo… dispuesto a aprender, a absorber como una esponja el legado de quienes vinieron antes.

Podría sentarse con Kimberly, que ríe en una mesa cercana con su habitual ligereza. Podría unirse a Gabe y Tasha, que gesticulan animadamente sobre anécdotas pasadas. Pero sus pies avanzan hacia Liam casi sin consulta previa, traicionados por un impulso que nace de lo más profundo, un deseo de confrontar y, tal vez, de sanar.

Se sienta frente a él y Liam levanta la vista de inmediato, dedicándole a Cassandra una sonrisa educada, genuina, sin forzar.

—Teniente Sullivan —saluda.

—Llámame Cassandra —responde ella, intentando suavizar su tono, que sale más cálido de lo esperado, como si el agotamiento hubiera limado los bordes afilados—. No hace falta tanta formalidad, al fin y al cabo, somos una familia.

Él asiente, cerrando el manual con un gesto deliberado.

—De acuerdo. Cassandra. Suena bien.

Ella se queda en silencio unos segundos, con el tenedor suspendido sobre la comida, sin saber qué decir a continuación. Las palabras se agolpan en su mente, pero las filtra con cuidado.

—¿Qué tal la estación hasta ahora? —pregunta al fin, rompiendo el hielo con una curiosidad que no esperaba sentir.

Liam deja el bolígrafo sobre la mesa, cruzando las manos en un gesto abierto.

—Impresionante, en serio. Grande, pero muy bien organizada, con una lógica que fluye en cada pasillo y cada equipo. He trabajado en unidades nuevas, recién montadas desde cero, y ninguna tiene la estructura sólida de esta. Se nota los años de experiencia del equipo.

—Lauren participó en muchos de los protocolos que estás leyendo —dice Cassandra sin pensar, y las palabras escapan de sus labios como un suspiro involuntario, cargadas de un orgullo agridulce.

Liam endereza la espalda, como si hubiera recibido una información sagrada, un tesoro que maneja con reverencia.

—Lo sé. Me empapé del historial del equipo antes de venir, devoré cada informe. Ella era impresionante: innovadora, valiente, una líder nata que salvó vidas con ideas que ahora son estándar.

Ese comentario inesperado le atraviesa la coraza, obligándola a tragar saliva para disipar el nudo en la garganta. Tiene que apartar la mirada por un instante, fijándola en el vapor que asciende de su plato.

Él continúa, sin invadir su espacio.

—Espero estar a la altura de lo que construyó, de honrar su legado sin pretender reemplazarlo. Sé que es un listón alto, pero estoy aquí para aprender y contribuir a esta familia.

Cassandra lo observa en silencio, escudriñando sus ojos en busca de falsedad. No percibe oportunismo, no ve deseo de ocupar un lugar ajeno con avidez; solo respeto, puro y desinteresado, como un tributo silencioso.

—Lauren no querría que pagaras las consecuencias de su ausencia —dice Cassandra—. Ella era así: generosa, incluso en los momentos más crueles. Así que… bienvenido a la Estación 51. De verdad.

Liam esboza una sonrisa, no triunfal, sino agradecida, que ilumina sus facciones por un momento.

—Gracias. Lo aprecio mucho, Cassandra. Significa más de lo que imaginas.

Una pausa se instala entre ellos. Cassandra toma aire, sintiendo algo diferente brotar en su pecho. No es aceptación plena, no todavía; el duelo es un camino largo y sinuoso.

Pero ya no siente esa rabia pura y devoradora.

Y eso, hoy, en este día gris, es un avance significativo, un paso hacia la luz que Lauren hubiera aplaudido.

Capítulo 22

Lara abandona el hospital con el agotamiento incrustado en cada fibra de su ser, como si cada paso que da sobre el asfalto húmedo de Chicago fuera un eco insistente del turno interminable que acaba de concluir. La noche aún palpita con vida en la ciudad: las luces anaranjadas de los semáforos se reflejan en los charcos que salpican las aceras, y las sirenas distantes se entretejen con el rumor incesante del tráfico nocturno.

A pesar de la fatiga que le pesa en los huesos, una energía inquieta y rebelde la impulsa. Necesita algo distinto, algo que disipe las sombras del hospital por unos minutos. Quiere respirar. Quiere reír con esa libertad que solo surge en la penumbra de un bar.

Un par de cervezas frías, con su espuma cremosa deslizándose por el vaso.

Una mesa de billar.

Y cero pensamientos sobre lo que siente, sobre ese nudo que se forma en su pecho cada vez que evoca el nombre de Cassandra.

El bar se materializa ante ella como un oasis cálido y acogedor en medio del frío nocturno. Luces tenues que bailan sobre las paredes. Al

cruzar el umbral, el cambio es inmediato e inmersivo: la música vibra en el aire con un ritmo bajo y envolvente, disipando el frío que traía de la calle.

Avery la divisa al instante y alza su vaso en un gesto triunfal, como si hubiera estado esperándola toda la velada.

—¡Por fin llegas! —exclama con una teatralidad exagerada—. ¿Lista para desprenderte de esa bata invisible que te persigue a todas partes?

—Ese es el plan exacto —responde Lara, dejando caer la chaqueta sobre el respaldo de una silla cercana con un suspiro de alivio.

El cansancio parece quedarse atrapado en la entrada, como un guardia que no cruza la puerta.

Poco después, se unen a otras dos compañeras del hospital, mujeres con las que comparte turnos infernales y anécdotas que solo ellas entienden. La mesa de billar está libre, y Avery le extiende un taco con un gesto de autoridad juguetona, como si estuviera coronando a una reina en su propio territorio.

—Hoy te veo peligrosa, Lara —comenta Avery, y su sonrisa arruga las comisuras de sus labios—. O estás exhausta hasta el tuétano, o vienes con ganas de guerra.

Lara se inclina sobre la mesa, con el taco firme en sus manos, lista para el saque inicial. Justo cuando golpea la bola blanca, Avery añade en voz alta y con tono malicioso:

—¿Pensando en tu bombera buenorra?

La bola blanca impacta contra el triángulo de colores con un estruendo. Dos bolas entran de golpe en sendos agujeros, rodando con un rumor sordo que parece aplaudir el golpe. Lara se incorpora despacio, con una ceja arqueada en un gesto de desafío.

—¿Tú no piensas en Kimberly a todas horas, y en cada respiro que das? —contraataca con ironía afilada.

Touché.

Avery abre la boca exageradamente, llevándose una mano al pecho como si hubiera recibido una puñalada en pleno corazón.

—Eso ha sido un golpe bajo, doctora, muy bajo.

—Brindemos por los golpes bajos, entonces —propone Lara, alzando su cerveza.

Chocan los vasos y la espuma se derrama un poco por el borde, perlada y efervescente, y Avery se la limpia con el dedo pulgar antes de dar un trago largo, sin abandonar los ojos de Lara.

Durante los primeros veinte minutos, la conversación gira en torno al trabajo con familiaridad. Lara se permite desconectar por completo, sumergiéndose en el ritmo del juego. El billar se convierte en una especie de terapia improvisada: los movimientos del taco, la precisión al calcular los ángulos, las pequeñas victorias que llegan con cada bola que cuela en un agujero. No tiene que pensar en nada más; el mundo se reduce a esa mesa verde y al eco de las risas de sus acompañantes.

Pero cada vez que se queda quieta un instante, cada vez que respira un poco más profundo, permitiendo que el aire llene sus pulmones por completo… inevitablemente, piensa en Cassandra.

En su piel mojada en la ducha.

El peso de su cuerpo sobre el suyo, cálido y exigente.

El modo en que se le paraliza el corazón cuando la mira como si Lara fuera el único lugar seguro del mundo, un refugio inquebrantable en medio del caos.

Lara intenta apartar la imagen con un parpadeo forzado, pero vuelve, persistente e insistente, como un latido acelerado que no es capaz de apaciguar.

«No debería afectarme tanto. Solo estamos… viéndonos. Pasándolo bien, sin complicaciones. ¿No?»

Eso es lo que se quiere decir. Pero no se lo cree en absoluto.

Porque el simple recuerdo de su voz ronca le tensa el abdomen de forma casi dolorosa, envuelta en un deseo imposible de frenar.

—Vale —interrumpe Avery, señalándola con el extremo del taco de billar—. Estás poniendo esa cara otra vez.

—¿Qué cara? —pregunta Lara, fingiendo inocencia mientras calcula su próximo tiro.

—La de «estoy recordando cómo me besa, cómo me acaricia, lo bien que me hace sentir… bla, bla, bla». Te lo juro por lo que quieras, te cambia hasta el color de los ojos, se oscurecen, incluso aunque te parezca imposible.

Lara resopla con una risa entrecortada, aunque en el fondo sabe que Avery tiene razón. Esa mujer es un incendio constante en su cabeza, un fuego que no se extingue ni con la distancia.

—No estoy pensando en nada en absoluto —responde Cassandra, demasiado rápido.

—Claro, claro —replica Avery, con un sarcasmo juguetón.

Ríen con ganas. La noche avanza con la ligereza que Lara necesitaba como un bálsamo, un paréntesis en la realidad.

Hasta que aparece Maddie, irrumpiendo en su periferia como una sombra familiar.

La ve primero por el rabillo del ojo, y lo primero que percibe es esa camiseta negra ceñida que resalta su figura atlética, la que no hace mucho le arrancó en la zona de atrás.

—Hola, desaparecida en combate —dice Maddie al llegar a su lado—. Ya pensaba que el hospital te había reclamado para siempre.

Lara sonríe con una cortesía educada, aunque siente un leve tirón de incomodidad en el estómago.

—He tenido turnos complicados, no me han dejado ni un segundo para respirar —responde Cassandra, ocultando toda la verdad.

Maddie se acerca aún más, invadiendo ligeramente su espacio personal, y baja el volumen de su voz hasta convertirla en un susurro íntimo.

—He echado de menos verte por aquí. Y también en casa. Nuestros juguetes te esperan… —murmura.

Avery levanta las cejas, sonríe con malicia pura y se aleja un metro para fingir dejarlas a solas, aunque sus ojos brillan con curiosidad voraz.

Lara se queda descolocada durante un segundo.

—Perdón, los horarios me tienen absorvida —dice, intentando quitarle peso al asunto.

Maddie ladea la cabeza, evaluando su reacción con ojos atentos.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —le pregunta poco después.

Antes de que Lara pueda responder con una excusa o un sí vacilante, la camarera ya la está guiando hacia un pequeño pasillo lateral, un rincón apartado donde se apilan cajas de refrescos, un lugar demasiado íntimo, demasiado cargado de recuerdos implícitos.

Lara respira hondo. Sabe lo que viene, lo intuye en el aire como una tormenta inminente. Maddie se acerca despacio, con deliberación.

—Al no verte por ningún lado, pensaba que… —Hace un gesto vago con la mano, como si intentara atrapar palabras esquivas—. No sé, quizá querías distancia, o estabas molesta conmigo por algo que hice o dejé de hacer.

—No estoy molesta en absoluto —responde Lara, sincera.

—Entonces… ¿qué pasa?

Maddie da un paso adelante y coloca una mano en su cintura, lentamente, como tanteando el terreno.

—Podría invitarte a casa cuando salgamos de aquí —murmura pegada a sus labios—. Te he echado de menos…

Lara se queda inmóvil, con el corazón latiéndole con un ritmo irregular. No le gusta hacer daño a la gente; nunca le ha gustado. Maddie no es mala persona, y por eso sabe que no merece medias verdades que la dejen en el limbo.

Y justo cuando Maddie se inclina para besarla, Lara pone una mano entre sus pechos.

—No —dice en voz baja—. No creo que sea buena idea, Maddie.

Maddie la mira fijamente, herida en su orgullo, con los ojos brillantes por la sorpresa.

—¿Por qué no? Dime la verdad, Lara.

Lara respira profundo. Durante un segundo considera ocultarla, simplificar la verdad con una excusa banal, inventar algo sobre el cansancio o el trabajo… pero no sería justo, ni para Maddie ni para sí misma.

—Estoy viéndome con alguien —admite.

Maddie parpadea repetidamente, no esperaba esa respuesta directa.

—¿Con…? —Hace una pausa larga, procesando la información. Conectando algunos hilos que ya había escuchado en habladurías—. ¿Con Cassandra? ¿La bombera?

Lara no se sorprende de que el rumor haya corrido como pólvora por los pasillos del hospital y los bares; en esa zona de la ciudad, los secretos duran lo que un suspiro.

—Sí —responde simplemente, sin adornos.

Maddie cierra los ojos un segundo. No parece enfadada, no hay rabia en su expresión; parece profundamente decepcionada, con un matiz de resignación. Después, se dibuja una curva amarga en sus labios.

—Deberías tener cuidado con ella, Lara. Rompe muchos corazones, los colecciona como trofeos sin darse cuenta.

Lara no contesta nada. No tiene ánimo de discutir ni de justificar lo que está viviendo con Cassandra, esa conexión que escapa a las etiquetas. No tiene explicación racional. No puede ponerle nombre preciso. Solo sabe que cuando Cassandra está cerca, todo lo demás

desaparece en un borrón insignificante, como si el mundo se redujera a sus ojos y su tacto.

Maddie se inclina una última vez y le da un beso suave en la comisura de los labios, el último beso de alguien que acepta una derrota con dignidad, un adiós silencioso.

—Que te vaya bien, doctora —dice antes de alejarse, desapareciendo en el bullicio del bar.

Lara se queda unos segundos apoyada en la pared fría del pasillo, respirando hondo para estabilizar su pulso. No quiere pensar en nada ahora; solo quiere volver a la mesa, seguir jugando y olvidarse del mundo por un rato más, aunque sea una tregua frágil.

Vuelve a la zona del billar, donde las luces tenues proyectan sombras danzantes sobre la mesa.

Avery la mira con una mezcla de curiosidad insaciable y diversión mal disimulada.

—¿Ya habéis resuelto quién será la tercera en discordia? —pregunta con tono juguetón.

—Vete a la mierda, Avery —murmura Lara, pero está sonriendo de verdad por primera vez en días, una sonrisa genuina que alivia la tensión acumulada.

El móvil vibra en su bolsillo, y cuando lo saca, solo ver el nombre de Cassandra en la pantalla: «Estoy aburridísima, el techo me mira con más interés que yo a él.»

Lara sonríe sin quererlo.

Después, le llega una foto. Cassandra está tumbada en la cama, con un libro abierto y la camiseta deslizándose un poco, revelando el tono de su piel. La luz tenue de la lámpara resalta la línea elegante su cintura, un detalle que invita a la imaginación. «Por cierto, este libro me recuerda a ti. A cómo me miras cuando estoy a punto de follarte.»

Lara traga saliva con dificultad, y sus dedos se tensan alrededor del móvil. Otro mensaje llega antes de que pueda escribir nada. «Espero que estés pensando en mí. Tengo ganas de sentirte cerca.»

Lara se queda bloqueada, con el aliento contenido. No es solo el deseo lo que la paraliza; es lo que Cassandra provoca sin ni siquiera estar ahí, una mezcla peligrosa de calma y electricidad que recorre sus venas como un corriente impredecible.

—¿Te ha vuelto a escribir tu bombera buenorra? —dice Avery, asomándose por encima de su hombro con descaro.

Lara guarda el móvil como si se quemara, un gesto rápido y defensivo.

—No —miente, y nota las mejillas ardiendo.

—Claro, claro —canta Avery, estirando las sílabas con deleite—. Seguro que era el dentista recordándote la cita para mañana.

—¿Podemos seguir jugando? —propone Lara, intentando reconducir la noche.

—Sí, pero luego me cuentas TODO, con lujo de detalles.

Lara intenta centrarse en el juego, en las bolas y el roce del taco, pero su mente está en otra cama, en otro lugar, con otra persona que la reclama en silencio.

«¿Qué estamos haciendo exactamente? ¿Es solo sexo, o es algo más? ¿Es verdad que va por ahí rompiendo corazones?»

Cuando finalmente vuelven a la mesa de billar, Lara mete la última bola con una fuerza innecesaria. Avery chifla, impresionada, con un silbido agudo.

—Alguien va a necesitar hielo para esa tensión acumulada, o algo más fuerte para apagarla —comenta, guiñándole un ojo.

Lara no responde. Solo bebe un trago de cerveza y continúa jugando.

Al salir del bar, mira la pantalla de su móvil otra vez, como si Cassandra pudiera materializarse justo en ese segundo con un mensaje, como si ella tuviera el poder de decidir su estado emocional con un simple toque en la pantalla.

Lara siente un nudo apretado en el estómago. «Tengo ganas de sentirte cerca». Respira hondo, insegura de si quiere enviar el mensaje que está pensando, que ya late en sus dedos.

Y entonces, lo envía.

«Yo también».

Capítulo 23

El cielo de Chicago se despliega limpio y diáfano, de un azul gélido que presagia la inminente llegada del invierno, con esa claridad cortante que parece tallada en cristal. Cassandra Sullivan respira hondo, apoyada con disimulo en la barandilla del mirador del Skydeck en la Willis Tower, mientras el viento azota desde el lago Michigan con una fuerza suficiente como para desordenarle el pelo en mechones rebeldes, aunque a ella no parece importarle en absoluto; al contrario, le gusta sentir ese aire punzante en la cara, el cosquilleo helado que le eriza la piel y le recuerda que está viva, que el mundo sigue girando más allá de sus demonios internos.

Abajo, la ciudad se extiende como un vasto mapa interminable, un tapiz urbano que desde esa altura se reduce a meras abstracciones geométricas. A esa altitud vertiginosa, el ruido ensordecedor de la urbe desaparece por completo, dejando solo la sensación abrumadora del silencio.

Ha elegido este lugar con deliberación, porque desde aquí el mundo parece menos pesado, menos opresivo, como si la distancia diluyera las cargas que lleva a cuestas. Porque desde aquí, nada de lo

que bulle en su interior —esa culpa corrosiva, ese dolor sordo— parece tan oscuro, tan insuperable. «Hoy no voy a pensar en eso», se ordena mentalmente con firmeza, contrayendo un poco la mandíbula en un gesto de contención cuando el tobillo le lanza una punzada. La tobillera queda oculta bajo el pantalón vaquero, ajustada con discreción, y reza en silencio para que Lara no se dé cuenta en cuanto la mire.

Hace días que no se ven, días interminables de turnos agotadores en la estación, entrenamientos rigurosos, sesiones de rehabilitación que se prolongan como una tortura lenta… y un esfuerzo constante, casi obsesivo, por no pensar en Lauren, en su grito ahogado que aún resuena en sus pesadillas, en el momento exacto en que todo a su alrededor se oscureció.

La puerta del ascensor se abre detrás de ella. Y entonces, Lara emerge como una visión que le acelera el pulso sin remedio.

La mujer se acerca con paso decidido y seguro, el sol ilumina su melena castaña en reflejos dorados y el abrigo oscuro resalta todavía más la intensidad de sus ojos, que parecen capturar la luz de la ciudad entera. Cassandra siente un calor en el pecho que no admite lógica alguna, al menos, para ella. Porque no recuerda haber sentido algo así nunca. Se incorpora con esfuerzo, obligándose a dejar de apoyarse en la barandilla.

Lara sonríe, en un gesto que ilumina su rostro entero.

—Llegas antes que yo. Qué raro en ti, ser tan puntual como un reloj —comenta con un tono juguetón.

—El tráfico no estaba tan horrible como de costumbre, por una vez la ciudad ha conspirado a mi favor —responde Cassandra, intentando que su voz suene despreocupada, como si no cargara con el peso de mil pensamientos.

Lara se acerca a ella y le da un beso en los labios.

—Qué vistas tan impresionantes —le dice, mientras observa el horizonte infinito, aunque Cassandra está segura de que se refiere a ella —. Esto se merece una foto.

La doctora no tarda en buscar el teléfono y capturar el momento al lado de Cassandra, con una enorme sonrisa en los labios.

El cristal del Skydeck se proyecta hacia el vacío como una caja transparente suspendida en el aire, un desafío al vértigo que invita a confrontar el abismo. Lara se adelanta sin dudar un instante y Cassandra la sigue, despacio, tratando de que su paso no delate el dolor punzante que empieza a recorrerle la pierna.

—Hoy estás más tranquila de lo habitual —dice Lara, apoyándose de espaldas contra el cristal con una postura relajada, aunque sus ojos

no abandonan el rostro de Cassandra.

Cassandra puede ver la ciudad a través del suelo transparente, los edificios diminutos, y de repente todo le parece irreal, etéreo: ella ahí arriba, suspendida en el cielo; Lara sonriéndole con esa calidez que ya le ha provocado más de un suspiro.

—Lo intento con todas mis fuerzas —responde Cassandra.

Lara ladea la cabeza ligeramente, analizando su rostro, como si pudiera leer los matices que Cassandra lucha por ocultar tras una máscara de serenidad.

—¿Va todo bien en el trabajo? —se interesa Lara.

Cassandra asiente con un movimiento lento de cabeza.

—Liam se está adaptando bien, el equipo lo respeta y ya se ha integrado sin problemas. —Cassandra respira hondo y deja que sus pulmones se llenen de aire—. Y yo estoy haciendo un esfuerzo titánico por no descargar mi frustración en quien no lo merece.

Lara arquea una ceja en un gesto de curiosidad divertida, aunque hay un fondo de comprensión en su mirada.

—¿Ah, sí? ¿La gran teniente Sullivan admitiendo sus defectos?

Cassandra le sostiene la mirada con intensidad, sin apartar los ojos.

—Sé que a veces soy cabezota, terca como una mula —admite con una sonrisa torcida—. Y debo reconocer que hubiera sido muy injusto hacerlo con él. Liam no tiene la culpa de nada, no es el responsable de lo que pasó.

—Recuerda que tú tampoco —le asegura Lara.

Después sonríe.

—Aunque cabezota sí eres un rato, de eso no hay duda. ¿Tengo que recordarte cómo nos conocimos?

Cassandra hace un gesto vago con la mano, como si quisiera espantar los recuerdos que trae consigo.

—Eso ya está zanjado y olvidado, agua pasada. Ahora nos va mucho mejor —reconoce con picardía.

Lara se acerca un poco más, mucho más cerca, invadiendo su espacio personal con una proximidad que le acelera el pulso.

—Pero no me mientas, Cassandra —susurra Lara—. ¿De verdad estás bien, o solo lo dices para tranquilizarme?

Cassandra siente la tensión acumularse bajo su piel como una corriente eléctrica.

—Sí —dice, con una convicción que suena hueca incluso a sus propios oídos—. Estoy perfectamente, no te preocupes.

Lara la observa con detenimiento, sus ojos tienen ese brillo analítico e implacable, el que usa cuando quiere desmontar cada una de sus defensas. Aunque al final, Cassandra cambia de tema antes de que lo consiga.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —le propone a Lara.

Lara ríe y después se da unos cuantos toques en el labio.

—Muy bien —dice Lara, y después mueve las cejas con diversión —. ¿Cómo quisiste ser bombera? ¿Qué te impulsó a elegir este camino tan exigente?

La pregunta la pilla desprevenida, como un golpe inesperado que abre una puerta al pasado. Cassandra se apoya en el cristal con cuidado, dejando que el recuerdo le atraviese la memoria como un río caudaloso, inundándola de imágenes vívidas que la hacen sonreír.

—Tenía doce años, era una niña impresionable volviendo del colegio con mi madre —empieza, y poco a poco, la voz de Cassandra se inunda de profundidad—. Había humo saliendo de una casa, denso y

negro, como una nube maligna. Yo me quedé paralizada en la acera, sin saber qué hacer. Entonces apareció una dotación de bomberos, con el camión a toda velocidad. Recuerdo el sonido estridente de la sirena, las botas golpeando el suelo, los cascos brillando bajo el sol. Había fuego por todas partes, llamas devoradoras… y ellos entraron igualmente, sin vacilar.

Hace una pausa larga, mientras el viento azota su rostro. Nunca lo ha contado así, con tantos detalles, con esa vulnerabilidad expuesta.

—Pensé que eso era… heroico, puro y absoluto. Pero también pensé que debía de dar muchísimo miedo, un terror que se te mete en las entrañas. ¿Sabes?

—¿Y no te dio miedo a ti, cuando decidiste seguir ese camino? —pregunta Lara, con una voz envolvente, provocando que Cassandra quiera mirarla para comprobar si la está imaginando en la situación.

—Sí. Me temblaron las rodillas solo de pensarlo —admite, y esboza una sonrisa tranquila—. Pero también sentí algo más, algo poderoso. Sentí que quería ser capaz de hacer lo mismo. De enfrentar el fuego en lugar de huir, y salvar a cualquiera que pidiera ayuda.

Lara la mira como si ese recuerdo la conmoviera profundamente, como si, por un momento, su vocación tuviera más peso que las

sombras que la persiguen.

—Por el hospital he escuchado rumores, que eres de armas tomar, una fuerza de la naturaleza —comenta Lara con un brillo de diversión traviesa en los ojos—. Peligrosa incluso, de esas que no se andan con chiquitas. Pero a mí me pareces una mujer increíble, compleja y fascinante.

Cassandra alza una ceja desafiante, y una sonrisa pícara curva sus labios.

—¿No te parezco peligrosa en absoluto?

—No —dice Lara, despacio, como retándola.

Cassandra se inclina hacia ella, bajando la voz y su aliento roza la piel de Lara.

—Porque ya sabes que puedo serlo, y mucho —susurra, en tono sensual y provocador.

Lara entiende perfectamente a qué se refiere, lo ve en cómo le cambia el gesto, en la forma en que su respiración se vuelve más lenta y profunda. Pero aun así, responde con calma serena:

—También me gusta esta versión tranquila de ti, la que se abre poco a poco. Descubrir a la mujer que hay más allá de la teniente Sullivan, con sus armaduras y sus batallas.

Cassandra se gira hacia la ventana, esquivando la conversación con un movimiento fluido, mirando el horizonte para no enfrentar esa intimidad que empieza a abrirse paso entre ellas.

—No hay mucho que ocultar, en realidad. Solo soy una mujer normal, con sus rutinas y sus manías.

«Mentira», piensa para sí, sabiendo que hay capas y capas bajo esa fachada.

Se gira rápidamente para cambiar el rumbo de la conversación, antes de que Lara profundice más.

—¿Vamos a comer algo? El estómago me ruge como un león.

El restaurante elegido está a pocas calles, en una esquina discreta del West Loop, con grandes ventanales que dejan entrar la luz menguante, lámparas amarillentas que proyectan un resplandor cálido y acogedor. Cassandra camina un paso por delante, forzándose a apoyar bien el pie con cada zancada, negándose a cojear. No quiere que Lara lo note, no piensa permitir que esa lesión eclipse el momento.

Pero cuando sube un pequeño escalón a la entrada, el tobillo se queja con furia. Se le escapa un quejido breve, casi inaudible, un sonido ahogado que traiciona su control.

—¿Todavía te duele el tobillo? —pregunta Lara de inmediato.

—No —miente Cassandra, enderezándose con rapidez—. Solo he tropezado con el bordillo.

Lara la observa con esa mirada clínica que Cassandra odia en secreto, porque es capaz de desmontarla por completo, de ver a través de las mentiras como si fueran cristal.

—No apoyas con firmeza, Cassandra. No estás bien, y lo sabes. —Se queda mirándola—. Me dijiste que estabas recuperada por completo —insiste Lara.

—Lo estoy, te lo juro.

—No lo parece en absoluto, y te lo digo como médico, no me hagas parecer tonta. Sé lo que he visto y sé qué gesto pones ante el dolor.

—Lara —Cassandra baja la voz, endureciéndola con un matiz de frustración—. Deja de analizarlo todo como si estuviéramos en urgencias y vamos a comer. Has dicho que querías un día tranquilo, sin complicaciones, y eso es lo que te estoy dando. No lo estropees con tus malditos diagnósticos.

El silencio es instantáneo, como una niebla que se instala entre ellas.

Lara se separa un poco y Cassandra siente el cambio de temperatura, literal y emocional, un frío que se filtra en el aire.

Y entonces, Cassandra no puede evitar pensar: «Mierda, la he cagado».

Pero no se disculpa, las palabras se atascan en su garganta, orgullosas y tercas.

La comida transcurre sin una conversación fluida. Cassandra juega con el tenedor, pinchando la comida sin verdadero apetito, mientras ofrece respuestas cortas, casi automáticas y evasivas, a las preguntas que Lara intenta plantear con esfuerzo, buscando reconectar. La conversación muere cada vez que Cassandra la esquiva con monosílabos, y el ambiente se enfría progresivamente, como si la mesa estuviera helada entre ellas, un abismo que se amplía con cada minuto que pasa.

Lara mira por la ventana con los labios apretados en una línea fina, y sus ojos perdidos en el bullicio de la calle.

Cuando terminan, salen del restaurante y caminan hasta el coche de Lara bajo un sol que ya empieza a caer, teñido de naranja la ciudad en un crepúsculo melancólico. La luz dibuja sombras largas en el asfalto, como dedos que se estiran en vano.

El trayecto hasta el apartamento de Cassandra transcurre en un silencio que pesa más que la culpa que la corroe. Cassandra mira por la

ventanilla, con el tobillo palpitando en un ritmo constante y doloroso, odiándose por haber arruinado la cita con su terquedad, por no saber comunicar lo que siente sin herir a la gente que le importa, por no ser capaz de dejar que Lara entre en su mundo sin miedo a que vea lo peor de ella, las grietas en su armadura.

Cuando llegan al edificio de Cassandra, ella se gira hacia Lara en el asiento del copiloto, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Sube conmigo, por favor.

Lara la observa unos segundos interminables, su mandíbula se tensa como un cable. No dice nada; ni una palabra sobre el tobillo, ni sobre el silencio opresivo del restaurante, ni sobre la frialdad que ha empañado la velada.

Solo asiente con un movimiento breve, aceptando la invitación.

Cassandra siente un latido en el pecho que podría romperle la piel desde dentro. Abre la puerta del edificio con manos temblorosas. Suben las escaleras y llegan al pasillo oscuro. Cassandra abre su apartamento sin encender las luces, con un hilo de claridad que se filtra desde la calle a través de las cortinas, iluminando la silueta de Lara en tonos plateados y sombras.

Las palabras sobran en ese momento. En cuanto sus miradas se encuentran y el fuego vuelve a tomar su lugar.

Cassandra da un paso hacia Lara, cerrando la distancia y sus cuerpos se buscan con urgencia. Se besan antes de cruzar el umbral de la habitación. Y entonces cierran la puerta, dejando el mundo afuera.

Capítulo 24

Lara se mueve sobre la boca de Cassandra con un ritmo lento y deliberado, mientras sus muslos tiemblan a ambos lados de la cabeza de la bombera. El calor húmedo de su coño presiona contra los labios entreabiertos de Cassandra, que lame con avidez, recorriendo cada pliegue resbaladizo. El sabor de Lara inunda su paladar; cada gemido ahogado que escapa de la doctora es un latigazo de placer que recorre el cuerpo de Cassandra hasta concentrarse en su propio sexo, ya empapado entre sus piernas abiertas.

Las manos de Lara se aferran al cabecero de la cama, con los nudillos blancos por la presión, mientras sus caderas ondulan en círculos cada vez más amplios. La bombera succiona su clítoris con delicadeza, luego con más fuerza.

Cassandra introduce la lengua en la entrada de Lara, imitando el empuje que tanto desea darle con los dedos. Lara responde arqueando la espalda, empujando hacia abajo con más fuerza. Los muslos de la doctora tiemblan; los músculos internos se contraen alrededor de la lengua invasora. Cassandra siente el orgasmo aproximarse en las

contracciones rítmicas, en el modo en que Lara gime, en el temblor que recorre sus piernas.

Un último lametón largo y firme sobre su clítoris, y Lara se rompe. Su cuerpo convulsiona en espasmos violentos; un gemido gutural escapa de su garganta mientras su coño se contrae una y otra vez contra la boca de Cassandra. Lara se aferra al cabecero con tanta fuerza que la madera cruje; sus pechos suben y bajan en jadeos entrecortados.

Cuando el orgasmo empieza a desvanecerse, Lara se desliza hacia abajo con lentitud, sus muslos aún temblando, hasta quedar tendida sobre Cassandra. Sus labios se encuentran en un beso húmedo, y el sabor de su propio clímax en la lengua de Cassandra. Lara lo saborea con deleite, lamiendo los restos de sí misma.

Lara se incorpora con lentitud. Abre el cajón de la mesita que hay a su derecha y elige un vibrador de silicona rosa, largo y curvado. Lo enciende y lo desliza entre los pechos de Cassandra, dejando que la vibración recorra su piel sensible antes de descender, muy poco a poco.

Cassandra arquea la espalda cuando el juguete roza su clítoris hinchado; el contacto es eléctrico. Lara lo mantiene ahí, presionando en círculos lentos, mientras con la otra mano se mueve sobre el vientre de Cassandra, resbalando hacia su sexo. Lara introduce dos dedos en la

entrada de la bombera, abriéndola con suavidad antes de reemplazarlos por el vibrador.

El juguete se desliza dentro con facilidad. Cassandra gime y sus caderas se elevan para recibir más. Lara acelera el ritmo, mientras su pulgar regresa al clítoris, frotándolo en sincronía. Los músculos internos de Cassandra se contraen alrededor del vibrador; sus pezones se endurecen de nuevo, sensibles al aire. Lara se inclina para succionarlos, alternando mordiscos suaves con lametones, mientras el juguete entra con más profundidad en su interior.

Lara se posiciona a horcajadas sobre una de las piernas de Cassandra y comienza a cabalgar con movimientos largos y profundos, mientras Cassandra la agarra de las caderas, guiándola con fuerza.

El orgasmo de Cassandra llega como una explosión. Su coño se contrae alrededor del vibrador con tanta fuerza que lo expulsa parcialmente; empapando la mano de Lara y las sábanas. Pero Lara no se detiene, prolongando el clímax con movimientos precisos del vibrador, hasta que Cassandra se derrumba, temblando.

Sin pausa, Lara retira el vibrador y lo reemplaza por su propia boca, lamiendo los restos del orgasmo. Cassandra gime de nuevo, pero

la doctora no se detiene.

Cassandra alcanza un segundo orgasmo casi inmediatamente, este más profundo e intenso. Lara se arrastra hacia arriba, besando cada centímetro de piel sudorosa hasta llegar a su boca. Comparten un beso lento y profundo, y después, se coloca de nuevo a horcajadas, esta vez guiando la mano de Cassandra hacia su propio sexo. La bombera introduce tres dedos de golpe, curvándolos con precisión mientras su pulgar frota el clítoris de Lara.

Lara cabalga la mano de Cassandra con movimientos desesperados, y el orgasmo llega rápido y violento.

Cuando el clímax disminuye, Lara se derrumba sobre Cassandra, ambas jadeando, en un silencio cargado de intimidad, borrando la «discusión» de minutos atrás, aunque con la realidad, llamando ya a su puerta.

*

En esta profesión, el mundo puede dar un giro de ciento ochenta grados cuando menos lo esperas. Y el caos, siempre encuentra la forma de aparecer otra vez.

Las horas se han dilatado hasta el punto de que el tiempo parece estancado en un limbo perpetuo, un bucle donde el agotamiento se

incrusta en cada célula de la doctora Kinsley.

Lara Lleva más de veinticuatro horas trabajando sin descanso; una guardia eterna que se niega a concluir. La fluorescencia despiadada de los tubos LED ilumina la sala de urgencias con un tono blanco crudo y estéril, como si el hospital mismo estuviera exhausto de tanto batallar contra la muerte.

Es el tipo de noche en la que los minutos se estiran como goma elástica, deformando la percepción hasta que una hora parece un día entero, y el hospital se convierte en un organismo vivo que se traga el reloj y escupe solo fatiga.

Lara está agotada hasta los huesos, con los músculos protestando por cada movimiento y los ojos ardiendo por la falta de sueño, pero no es el trabajo lo que la consume de esa manera voraz.

En las últimas veinticuatro horas no ha sabido nada de Cassandra, ni un mensaje, ni una llamada, ni un indicio de vida más allá del último día que compartieron juntas.

En cuanto llegó a casa después de aquella velada intensa, con el cuerpo aún palpitante y el aroma de Cassandra adherido a su piel, Lara le envió un mensaje que no ha recibido respuesta. «No quiero que te

enfades conmigo. Solo me preocupo por ti. No quiero que hagas locuras.»

Esas palabras han sido su compañía constante desde entonces. Las repite una y otra vez en silencio, y las vuelve a leer en la pantalla del móvil como si al mirarlas con suficiente intensidad pudiera desentrañar el enigma que es Cassandra Sullivan.

«No quiero que hagas locuras.»

La palabra «quiero» se le ha quedado adherida. Porque en ese instante, Lara se da cuenta de que quiere algo más que sexo con Cassandra.

A su lado, Avery sostiene un café humeante en un vaso de cartón que parece más oscuro que su humor habitual.

—Te estás quedando dormida de pie, Lara, pareces un zombie —bromea la residente.

—Lo sé perfectamente —responde Lara, intentando estirar el cuello con un movimiento circular para despejarse.

Avery la observa con una mirada incisiva, sospechando que Lara esconde algo detrás de esa fachada de normalidad.

—Llevas todo el día desconectada del mundo, como si estuvieras en otra dimensión —insiste Avery, bajando ligeramente la voz para que

el bullicio circundante no interfiera—. ¿Va todo bien?

Lara intenta sonreír, pero la mueca se queda a mitad de camino, torpe y poco convincente.

—Solo estoy cansada —miente.

—Venga Lara, no me jodas —pronuncia Avery y la mira fijamente.

Lara abre la boca para verter la verdad como un torrente. «Cassandra no me ha contestado. Tengo un mal presentimiento que me atenaza el estómago. Me da miedo que le pase, porque sé que sigue sin curarse del todo», pero justo en ese momento, una voz urgente irrumpe en el servicio de urgencias.

—Aviso de múltiples víctimas. Hay un incendio en un edificio residencial. Preparad la sala de trauma principal y secundaria. Múltiples víctimas por colapso estructural.

Todo se congela durante un instante eterno.

Avery y Lara intercambian una mirada, y luego el hospital cobra vida con un movimiento caótico, orquestado por años de protocolos grabados en el subconsciente: enfermeras corren hacia sus puestos asignados, los camilleros despejan los pasillos, y los médicos se colocan guantes de látex.

Lara siente un sudor frío recorrerle la columna vertebral como presagio. Es como si alguien hubiera pronunciado el nombre de Cassandra, aunque no lo hayan hecho en realidad. No hay razón lógica para pensar algo así. Chicago es inmensa, un laberinto de rascacielos y barrios. Hay decenas de parques de bomberos, decenas de equipos operativos que estarán ocupándose de ese incendio.

«Seguro que ella no está allí».

«Estará bien. No te preocupes, es solo tu paranoia».

Pero el presentimiento persiste, una presión en el pecho que aumenta con cada segundo, un nudo en la garganta que no se deshace por mucho que trague aire.

La interna que tienen a su cargo, pregunta con voz entrecortada:

—¿Dónde ha sido exactamente el incendio? ¿Sabemos algún detalle más?

Una enfermera consulta la pantalla de emergencias, donde parpadean actualizaciones en tiempo real del sistema CAD del 911.

—Se trata de un edificio residencial en la intersección de Wacker y State. Torre de doce plantas construida en los años setenta, estructura mixta pero con mucho entramado de madera en los interiores y falsos techos combustibles. El fuego ha empezado en el séptimo piso,

probablemente por un cortocircuito en el sistema eléctrico. Se ha propagado rápidamente por los conductos de ventilación y las escaleras interiores. Están intentando contenerlo desde el exterior, pero el viento lo está complicando todo.

Lara deja de moverse por un segundo.

El distrito financiero.

No es la zona asignada primariamente a la Estación 51, pero en incendios de gran magnitud como este, siempre hay un refuerzo mutuo, enviando unidades de respuesta rápida desde estaciones colindantes.

Avery la observa con atención, como si hubiera visto ese destello de miedo cruzarle la mirada como un relámpago.

—Oye, Lara —dice en voz baja, acercándose para que solo ella oiga—. No sabemos si ellas están en ese incendio, podría ser cualquier otra unidad…

—Mejor no hablar de ello —interrumpe Lara con brusquedad.

No puede permitirse imaginar a Cassandra dentro de ese infierno, con el fuego por todas partes y el riesgo de colapso estructural. Ahora, solo necesita concentrarse en su trabajo.

El sonido de las sirenas se acerca a la entrada de urgencias como un lamento colectivo.

—Trauma uno listo —anuncia Avery con voz firme—. Tenemos tres quirófanos disponibles.

El viento frío de la noche arrastra el olor a muerte, y segundos después la primera camilla entra a toda velocidad, empujada por dos paramédicos con el rostro ennegrecido.

—Varón, treinta y cinco años, inhalación de humo severa con posible edema en las vías aéreas, quemaduras superficiales de segundo grado en brazos y cuello. Saturación de oxígeno bajando a 87%.

Lara se pone al frente sin pensarlo dos veces, la adrenalina borra el cansancio y la frustración de los pasados minutos.

—Voy con él —dice Avery, adelantándose.

Mientras revisa al paciente —inspeccionando las vías aéreas auscultando sus pulmones—, escucha más sirenas acercándose como un enjambre imposible de detener.

—Mujer, veinte años. Caída en escaleras de evacuación desde el quinto piso, aproximadamente 3 metros. Responde a órdenes verbales, pero está confusa. Saturación estable en 96%. Posible fractura de tobillo derecho y contusión abdominal.

Lara se hace cargo con eficiencia.

El monitor cardíaco responde con un pitido estable. Y poco después, Lara respira por primera vez en lo que parecen horas. Un paso ganado al caos, una vida estabilizada.

De reojo observa la entrada, donde el flujo de camillas no cesa.

Otra camilla irrumpe, luego otra más, el hospital está empezando a llenarse de gritos ahogados por el dolor, y del olor a carne chamuscada.

Un bombero acompaña a uno de los pacientes, con el casco sujeto con la correa suelta y los ojos enrojecidos. Mira alrededor, aturdido por la desorientación, buscando orientación en medio del caos.

—¿Hay alguien que pueda atender a mi compañero? Está consciente pero…

Lara se acerca en cuanto termina de asegurar un tubo endotraqueal.

—¿Qué necesitas exactamente? Dime los detalles clínicos —pregunta con profesionalidad.

—Hay más víctimas atrapadas —dice el hombre, respirando con dificultad—. Se han quedado en el piso diez. El fuego se ha extendido por la columna de la escalera principal, con propagación vertical.

Estamos intentando abrir una vía exterior con la autoescalera y líneas de ataque desde el tejado, pero el viento lo ha jodido todo.

Mientras habla, Lara detecta claramente su confusión, y el temblor en sus manos, signo del estrés. El hombre se apoya en una camilla para sujetarse, revelando quemaduras menores en la muñeca y el antebrazo.

—Siéntese aquí ahora mismo —ordena Lara, tomándole el brazo con gentileza—. ¿Quieres que llame a alguien de tu estación?

Él ladea la cabeza, parpadeando para aclarar su visión.

—Ya vienen más camiones de apoyo —comenta, todavía aturdido, como si en realidad estuviera hablando con uno de sus compañeros.

—¿De qué estación eres tú? —pregunta Lara mientras le observa las pupilas.

—Estación 32, sector oeste.

Lara exhala con un alivio fugaz que dura un segundo. No es la 51.

Pero al mismo tiempo, otro pensamiento le cruza la mente. La 51 es una estación de referencia en incendios de gran magnitud, y lo sabe muy bien.

El bombero la mira con el ceño fruncido, como si notara su palidez repentina.

—Yo… yo… solo sé que la teniente estaba coordinando al equipo desde el octavo piso, y luego… —El hombre se lleva las manos a la cara.

«Teniente». El corazón le da un vuelco.

—Vamos a curar tus heridas —informa Lara al bombero.

—Tengo que volver ahí fuera —insiste este, intentando incorporarse.

—No —responde ella, presionando su hombro para mantenerlo sentado—. Estás en shock, con taquicardia sinusal y posible intoxicación. No puedes salir otra vez ahí fuera.

—Pero el equipo…

Él la mira con los ojos húmedos por el humo y las lágrimas contenidas. Y después, parece sonreír, sumergido en una especie de película confusa.

—No entiendo cómo está aguantando ahí dentro esa mujer —murmura—. Dijeron que tenía una lesión en el tobillo o algo así, que hacía nada que había vuelto al servicio después de perder a una de los suyos.

El suelo se abre bajo los pies de Lara.

Avery está justo detrás de ella y lo oye también.

—¿Has dicho una lesión en el tobillo? —pregunta Lara con dificultad.

—Sí, la vi cojear al subir por la escalera de seguridad exterior. Pero no dejó que nadie la detuviera, gritó varias órdenes y siguió avanzando como si nada.

Lara siente un vacío helado en el pecho.

«Joder, Cassandra. ¿Por qué insistes en hacer locuras?»

Probablemente, porque Cassandra no sabe hacer otra cosa; el fuego es su elemento, y el riesgo su oxígeno.

Avery le toca el antebrazo suavemente.

—Lara, respira. Centrémonos en lo que podemos controlar aquí.

Ella aparta la mano con un gesto brusco, aunque no intencionado. Y después, otra camilla se abre camino.

—¡Varón, cuarenta y dos años, atrapado bajo estructura metálica colapsada! ¡Posible neumotórax!

Lara respira hondo. Se obliga a mover los pies y a reconectar con el protocolo.

—A la sala dos ¡ya! Prepararos para una toracostomía y avisad a radiología.

Mientras el paciente entra en la sala empujado con urgencia, siente algo que lucha contra el caos interno: el control profesional, el entrenamiento que toma el mando. La acción de esta nueva batalla.

La vida o muerte en sus manos

Lara evalúa al paciente en segundos y el diagnóstico es claro.

—Hay que hacer un drenaje torácico pleural ahora mismo. Trocar, tubo 32…

Poco después, la doctora Kinsley toma el bisturí. Realiza el corte con un movimiento firme y atraviesa la piel y tejido subcutáneo. El paciente grita, arqueando el cuerpo en un espasmo de agonía.

—Aguanta, ya casi está. Anestesia local con lidocaína.

Introduce el dedo enguantado en la incisión, y poco después, el aire atrapado sale de golpe con un sonido violento. El tórax se expande visiblemente.

El monitor sube en cascada: 83… 88… 92% de saturación.

Lara fija el tubo torácico y cuando termina, respira por primera vez en minutos. El paciente parece a salvo por el momento.

Pero por dentro, no se siente en calma. Porque mientras salva vidas aquí, Cassandra está en un edificio que se cae en pedazos, y la sensación en su pecho no desaparece.

Ni se atenúa con la rutina.

Se intensifica como un fuego descontrolado, consumiéndola desde dentro.

Capítulo 25

El rugido del fuego domina todo, un estruendo primordial que ahoga cualquier otro sonido, como si el edificio entero hubiera cobrado vida propia en una danza furiosa de destrucción. Las vigas gimen y retumban con un eco profundo. Cassandra Sullivan avanza con determinación entre el crepitar incesante de las llamas, su linterna frontal dibuja siluetas fantasmales y distorsionadas en el humo espeso y negro que se arremolina como una niebla tóxica. El calor es un enemigo invisible e implacable; incluso bajo las múltiples capas de su traje, siente cómo el aire abrasador le quema la piel, produciendo esa sensación de hormigueo que no indica nada bueno.

—Equipo uno, informad de vuestra posición actual —ordena Cassandra por el comunicador integrado en su casco—. Recordad mantened las distancias de seguridad y verificad la integridad estructural cada treinta segundos.

—Aquí Kimberly, teniente. Nos encontramos en el ala oeste del edificio —responde su compañera con la voz entrecortada y el crepitar inminente del incendio, que parece devorar el oxígeno a su alrededor —. No hay víctimas a la vista en este sector, pero el pasillo se está

desmoronando rápidamente; las vigas secundarias muestran deformaciones visibles. Estamos evaluando la evacuación inmediata.

—Recibido, Kimberly. Mantened la posición actual solo si la estructura aguanta —replica Cassandra, su mente ya está calculando los riesgos—. Retroceded de inmediato si detectáis complicaciones; no arriesguéis vuestras vidas por un pasillo inestable. Confirmad.

—Entendido. Nos replegamos hacia el punto de la escalera principal —confirma Kimberly, y en su tono se filtra un matiz de urgencia.

Liam Kendall está a su lado inmediato, sujetando con firmeza la manguera principal, conectada a la bomba de alta presión. Su respiración suena irregular y entrecortada dentro del equipo autónomo de respiración.

—La temperatura ambiente sigue subiendo a ritmos alarmantes, teniente; el sensor térmico en mi hombro marca ya 450 grados y ascendiendo —advierte Liam—. Si persistimos sin ventilación forzada, el techo va a colapsar en poco tiempo.

—Lo sé perfectamente, Kendall —responde Cassandra, girando la cabeza para mirarlo directamente—. Pero tenemos que despejar el pasillo entero antes de cualquier retirada táctica. Aún no hemos

revisado las habitaciones del fondo con el equipo de búsqueda primaria; podría haber civiles atrapados.

—¿Y si no queda nadie vivo ahí dentro? El humo ha saturado todo —insiste Liam, ajustando el flujo de la manguera para dirigir un chorro pulsante contra una llama que lame la pared adyacente, extinguiéndola con un siseo violento de vapor.

Cassandra lo mira fijamente, y en ese instante el recuerdo de Lauren le atraviesa la mente como una chispa eléctrica incontrolable, avivando un fuego interno que nada tiene que ver con el incendio. No puede evitarlo: aquella noche fatídica, el mismo olor, el mismo sonido de los cimientos, y el grito ahogado de Lauren que todavía la despierta en sueños sudorosos. No va a repetir esa historia de fracaso, no permitirá que la impotencia la devore de nuevo como las llamas devoran el edificio.

Aprieta el puño enguantado con fuerza, y avanza un paso más, pisando con decisión.

El humo es tan denso y opaco que apenas distingue las sombras deformadas a su alrededor, reduciendo tanto la visibilidad, que obliga a los bomberos a confiar en el tacto y el sonido que hay a su alrededor.

Pero Cassandra sigue adelante con tenacidad, como si la gravedad hubiera aumentado por el peso del equipo y la fatiga acumulada.

—Equipo dos, aquí la teniente Sullivan. ¿Alguna víctima localizada o signos de vida en vuestro sector? —pregunta al comunicador, su pulgar presiona el botón mientras escanea el pasillo con la linterna, iluminando puertas entreabiertas y paredes agrietadas.

—Negativo, teniente —responde Tasha con voz tensa y profesional, acompañada del fondo de alarmas intermitentes—. El piso está completamente despejado de ocupantes según el barrido térmico; no hay firmas de calor humano. Pero el techo está empezando a ceder en varias secciones; detectamos grietas de tracción en el forjado y un riesgo inminente de colapso parcial.

—Replegaos al punto de entrada designado ¡ya! —ordena Cassandra—. No quiero héroes hoy ni acciones individuales; seguid el plan de evacuación secundaria y confirmad llegada al exterior. La integridad del equipo es prioritaria.

—Copiado, teniente. Nos movemos ya hacia la escalera de emergencia —confirma Tasha, y en su voz se percibe el alivio contenido de quien sabe que ha evitado un desastre.

El sudor le empapa el cuello y la espalda, mezclándose con el olor penetrante del incendio. La alarma de su detector de temperatura personal emite un pitido agudo y repetitivo. Cassandra levanta la mirada con instinto: una grieta enorme y serpenteante cruza la pared del pasillo como una vena rota, expandiéndose visiblemente.

—¡Liam, a cubierto ahora mismo! ¡Busca refugio detrás de esa columna de carga! —grita Cassandra, con su voz amplificada por el comunicador interno mientras se agacha instintivamente, cubriendo su cabeza con los brazos.

El agua cesa y una explosión retumba desde el piso inferior con fuerza, el suelo tiembla bajo sus pies como en un terremoto, y el humo se convierte en una nube sólida e impenetrable que invade su alrededor. Las luces de emergencia parpadean erráticamente, y durante un segundo eterno, el edificio entero parece inclinarse en un balanceo precario, desafiando las leyes de la física.

—¡Sullivan! —grita Liam, presa del pánico mientras suelta un nuevo chorro defensivo de agua para crear una barrera de vapor.

—¡Atrás! ¡Retrocede de inmediato, Kendall! —ordena ella, extendiendo el brazo para guiarlo.

Pero es tarde; el destino se precipita con cruel precisión.

Una viga de acero cae desde el techo con un estruendo ensordecedor, arrasando parte del pasillo en una cascada de escombros y chispas. Liam intenta esquivarla con un salto lateral desesperado, pero pierde el equilibrio en el suelo resbaladizo por el agua y el polvo. Cassandra lo agarra con ambas manos, usando toda la fuerza de sus músculos, y lo empuja con un impulso brutal hacia un hueco seguro entre dos muros reforzados, justo cuando una sección masiva del techo se desploma sobre ella con violencia.

El impacto es brutal e implacable, un golpe que reverbera en cada hueso de su cuerpo. El mundo se llena de un ruido ensordecedor y la oscuridad absoluta que engulle la luz.

Su cuerpo golpea el suelo con fuerza, y el aire se le escapa de los pulmones en un jadeo forzado que activa el regulador del ERA. Durante unos segundos interminables, no sabe dónde está, ni si sigue viva en medio de ese caos.

—¡Teniente! ¡Responde, por favor, informa de tu estado! —Es la voz de Kimberly, cargada de ansiedad.

Cassandra intenta moverse, pero algo pesado e inmóvil le bloquea la pierna derecha; el tobillo le arde muchísimo, ahora exacerbado por la compresión.

—Aquí Sullivan… estoy atrapada… en el pasillo del ala este… —La voz le sale entrecortada y ahogada por el esfuerzo sobrehumano de hablar, tosiendo contra la máscara—. Movilidad limitada.

—¡Vamos hacia ti ahora mismo! ¡Mantén la línea abierta! —responde Kimberly con determinación, y Cassandra escucha el sonido de las botas corriendo.

—¡No! —interrumpe Cassandra con autoridad—. No os acerquéis bajo ninguna circunstancia. La estructura no aguanta más; hay riesgo de colapso total inminente. Retiraos al punto de reunión exterior y esperad apoyo de la estación 32. Repito, no os acerquéis; es una orden directa.

El pitido de su detector de oxígeno comienza a sonar: un sonido insistente, irregular y cada vez más rápido, indicando un consumo acelerado por la hiperventilación inducida por el estrés.

«Mierda. Tienes que calmarte».

Cassandra siente el aire volverse más viciado dentro de la máscara facial. Intenta calmar la respiración con técnicas de control aprendidas en cursos de supervivencia, inhalando por cuatro segundos y exhalando por seis, pero el instinto le grita lo contrario, acelerando su

pulso. El fuego ruge alrededor, continuo y voraz, acercándose como una marea inexorable.

—Vamos, Cassandra… piensa con claridad, analiza la situación —se dice a sí misma en voz alta—. Mantén la calma, conserva el oxígeno.

Se arrastra unos centímetros dolorosos, tanteando con la mano libre enguantada entre los escombros. Todo bloquea su salida en un laberinto improvisado de ruinas.

—Liam… informa de tu estado —susurra por el comunicador—. ¿Estás bien?

La respuesta tarda unos segundos eternos en llegar, acompañada de jadeos y el eco distante de las sirenas exteriores.

—Estoy bien, teniente… Estoy bien, aunque magullado —responde Liam—. Pero no puedo llegar hasta ti; hay un muro de escombros de al menos dos metros. Estoy coordinando con el exterior.

—Escúchame con atención, Kendall. Mantente fuera hasta que lleguen los refuerzos—ordena Cassandra, infundiendo autoridad a pesar del agotamiento—. ¿Está claro?

—No pienso dejarte ahí sola, teniente; voy a encontrar una vía alternativa —replica él.

—¡Es una orden directa, Kendall! —grita Cassandra, aunque su voz se apaga casi al final, por culpa del dolor de la pierna.

Un silencio breve y tenso sigue:

—Recibido… pero voy a encontrarte de todos modos. No te rindas.

El pitido del oxígeno se vuelve continuo y estridente, un zumbido que perfora el cráneo de la teniente. Cassandra aprieta los dientes con fuerza. Mira el medidor del manómetro y se da cuenta de que apenas le quedan unos minutos de aire viable.

«Otra vez no. No puedo dejar que se repita esta pesadilla.»

El recuerdo del cuerpo inerte de Lauren entre las llamas le atraviesa el pecho como una daga ardiente, reviviendo la impotencia que la deshizo aquel día.

Y ahora está ahí otra vez, sola en la trampa del fuego, encerrada en una tumba improvisada de su propia creación heroica.

Tose con fuerza convulsiva. Se intenta arrastrar hacia una zona donde la temperatura sea ligeramente más baja, pero no lo consigue. La linterna del casco ilumina una puerta, con un hueco estrecho y precario entre los escombros acumulados, apenas suficiente para un cuerpo.

Cassandra aprieta el botón del comunicador con los dedos entumecidos.

—Aquí la teniente Sullivan… estoy atrapada en una cavidad secundaria… octavo piso, sector este… visibilidad casi nula… —Tose violentamente—. Nivel de oxígeno bajo, estimo menos de tres minutos…

No hay respuesta inmediata. Solo el ruido estático del fuego devorando el edificio, un rugido que parece burlarse de su aislamiento.

Durante unos segundos tentadores, piensa en rendirse al agotamiento: cerrar los ojos, dejar que el calor lo apague todo en misericordia. Pero algo más fuerte y visceral la retiene: la voz de Lara en su cabeza, firme y cálida como un ancla en la tormenta, recordándole su voz en noches tranquilas.

Es irónico y amargo. Cassandra sonríe bajo la máscara, una mueca torcida que nadie ve. La frase le resuena en los oídos mientras el fuego ruge encima de ella como un depredador paciente.

El pitido se vuelve un zumbido constante y ensordecedor. El aire dentro de la máscara se siente caliente, viciado y reciclado, le cuesta distinguir la realidad del recuerdo. La cabeza le da vueltas en espirales. El techo cruje con un gemido estructural profundo. Una nueva explosión sacude el edificio desde abajo, vibrando a través de los escombros.

El fuego entra por la grieta del muro en una lengua naranja y voraz que ilumina el humo con un resplandor infernal. Cassandra levanta la mirada con un último esfuerzo, y durante un segundo suspendido, el tiempo se detiene en una eternidad cruel.

El fuego flota sobre ella como un sol enfermo y distorsionado, lamiendo el aire con avidez. La mente de Cassandra se llena de imágenes incontrolables que brotan como flashbacks: Lauren riendo en la sala de descanso de la estación, robándole el libro con esa sonrisa traviesa y juguetona que iluminaba incluso los días grises, la manera en que discutían por nimiedades absurdas —como quién había dejado la cafetera vacía— y terminaban riendo hasta que les dolía el estómago, un lazo roto demasiado pronto.

Luego, la otra voz, llega suavemente, como si viniera de muy lejos, pero con la intimidad de un susurro al oído.

Recuerda los dedos de Lara trazando patrones suaves sobre su piel en la penumbra, las miradas que decían todo sin palabras, la manera en que su nombre sonaba distinto en su boca. El fuego se refleja en el cristal del visor, distorsionando la luz en flashes anaranjados.

Cassandra escucha un golpe sordo y final. El techo cede parcialmente en una avalancha controlada pero inevitable. El pitido del

detector se interrumpe de golpe.

Solo queda el sonido del fuego, tragándolo todo en su hambre insaciable.

Y justo antes de que la oscuridad la envuelva por completo, su último pensamiento no es de miedo ni arrepentimiento.

Es la risa de Lauren, limpia, clara y eterna, resonando en el vacío. Y también la voz de Lara, llamándola en la distancia con urgencia. Justo antes de que se haga el silencio absoluto, roto solo por el crepitar lejano que devora lo que queda a su alrededor.

Capítulo 26

Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac. El reloj marca las tres y veintisiete de la madrugada. De repente, las puertas automáticas de doble hoja se abren de golpe con un estruendo metálico que resuena por todo el pasillo principal del hospital, chocando contra los topes de goma. Un aire helado irrumpe desde el exterior, mientras dos camillas rodantes entran a toda velocidad empujadas por los paramédicos.

—¡Necesitamos espacio libre en trauma uno y dos, ya! ¡Prioridad absoluta, código rojo! —grita una enfermera con voz autoritaria, activando el protocolo de triage masivo.

Una camilla entra primero, impulsada con urgencia por Liam Kendall, cuyo uniforme está rasgado en el hombro y cubierto de hollín. Tras él, Kimberly avanza andando por su propio pie, tambaleante pero decidida, rechazando con un gesto firme la oferta de los sanitarios para tumbarse en otra camilla. No se despega de la segunda que la sigue de cerca.

Lara Kinsley alza la vista, aún con los guantes puestos. El zumbido constante de los monitores cardíacos y los ventiladores de alta

frecuencia se mezcla con el eco decreciente de las sirenas que se alejan por el pasillo exterior. Antes de que la vea.

Cassandra Sullivan, está tendida inmóvil en la segunda camilla, el rostro grisáceo, y el pelo pegado al cuello. Los paramédicos le administran compresiones torácicas con una precisión desesperada y rítmica. El pitido del monitor cardíaco portátil es un hilo plano, continuo y frío, una línea isoeléctrica que indica asistolia.

Piiiiiiiiiiiiiip.

El sonido atraviesa a Lara como un disparo, perforando el bullicio del servicio de urgencias. Todo el ruido del hospital desaparece en un instante, y solo queda ese pitido, interminable, la confirmación clínica de que la vida se ha detenido un segundo antes de que ella pudiera llegar.

—¡A un lado, doctora! ¡Déjenos paso! —ordena un paramédico mientras empujan la camilla hacia el box.

Lara se abalanza con instinto visceral, pero Avery la detiene en seco, clavándole una mano firme en el pecho.

—¡Lara, no! Sabes perfectamente que no puedes atenderla; podrías poner en riesgo la objetividad del equipo —advierte Avery, sujetándola por los hombros para mantenerla a raya.

—¡Es una urgencia vital! ¡Me da igual el protocolo; soy la cirujana de guardia! —intenta zafarse Lara, con los ojos fijos en la camilla que se aleja a toda velocidad.

«Mujer, treinta y cinco años, exposición prolongada al humo, colapso in situ, RCP iniciada hace cuatro minutos, última saturación 60%...»

—¡Joder, Lara! —insiste Avery, sosteniéndola con fuerza mientras el equipo desaparece tras las puertas batientes—. ¡Podrías comprometer su vida si te dejo entrar ahí dentro con las manos temblando! Tienes que dejar que el equipo de trauma se encargue.

Las palabras le caen como piedras pesadas en el estómago, activando el nudo de impotencia que Lara conoce demasiado bien. Sabe que Avery tiene razón, pero no puede aceptar la distancia impuesta, esa barrera invisible que la separa de la mujer que ama. Porque sí, joder, la ama.

Cassandra pasa por delante de ella a escasos metros. Lara siente cómo el suelo se le hunde bajo los pies, un vértigo similar al síndrome de estrés agudo que afecta al 30% del personal sanitario en eventos traumáticos masivos.

—¡Trauma uno, ya! ¡Preparad el carro de toracotomía! —ordenan al fondo del pasillo.

El equipo de reanimación desaparece, y el pitido sigue resonando en su cabeza.

Piiiiiiip. El sonido de la muerte clínica. El sonido de un miedo que se ciñe a su cuerpo con crueldad.

Lara se apoya en la pared fría de azulejos. Sabe que, si se permite un solo segundo de debilidad emocional, se derrumbará por completo. Pero las camillas siguen entrando en procesión: más víctimas del incendio, bomberos con quemaduras de segundo grado, civiles con intoxicación. Los gritos de «¡Hemorragia masiva!» y «¡Intubadlo ya!», las sirenas que no cesan, el olor a humo impregnado en la ropa y sangre fresca… No puede detenerse.

—Doctora Kinsley —la llama un interno con voz urgente, sosteniendo una Tablet—, tenemos un varón de treinta años, con colapso torácico izquierdo, y signos clínicos de hemotórax masivo.

Lara pestañea varias veces, apartando el velo del horror con esfuerzo profesional.

Corre hacia los quirófanos, con el corazón latiendo a mil por hora. Mientras se prepara, ve al paciente que yace inconsciente sobre la mesa

de operaciones, el lado izquierdo del pecho visiblemente hundido por un trauma contuso —posible fractura de costillas 4 a 7 con fragmentos flotantes—, la piel elevándose con dificultad a cada respiración. Un hilillo de sangre espumosa burbujea en la comisura de los labios, indicativo de laceración pulmonar.

—Toracotomía de urgencia —ordena Lara con voz seca y autoritaria, activando el protocolo.

Avery se coloca a su lado sin necesidad de palabras. El instrumental quirúrgico llega en segundos sobre una bandeja estéril.

—Tensión arterial noventa sobre sesenta, descendiendo; saturación de oxígeno setenta y dos por ciento pese a ventilación —informa la enfermera circulante, ajustando el monitor—. Taquicardia sinusal a 140.

Lara hace la incisión, la hoja del bisturí deslizándose sobre la piel ennegrecida por el hollín en una línea curva de 15 centímetros, evitando el músculo pectoral mayor. El olor metálico de la sangre fresca se mezcla con el humo impregnado en la ropa del hombre. Abre el tórax con cuidado, separa los músculos intercostales, y busca el punto de hemorragia activa bajo la luz intensa.

—Pinza vascular, ya; y aspiración continua —exige, introduciendo la mano enguantada en la cavidad pleural, palpando con cuidado entre los latidos erráticos del corazón.

—Hay una rotura en la arteria pulmonar inferior izquierda, laceración de dos centímetros… —murmura Lara, presionando con dos dedos para ocluir el vaso mientras el monitor parpadea en rojo.

El equipo responde al unísono, mientras ella coloca la pinza y presiona con firmeza; el sangrado disminuye visiblemente, y un suspiro colectivo recorre la sala.

—¡Vamos con la sutura! —ordena, el hilo de prolene se deliza entre sus dedos manchados. Cierra el desgarro con puntos continuos calculados, y el pulso firme a pesar del temblor interno.

—Presión arterial remontando a noventa y cinco sobre sesenta y cinco; ritmo sinusal estable a 98. —Lara levanta la vista y ve el monitor volviendo a verde—. Lo tenemos controlado, doctora.

Lara exhala despacio, un aliento que libera la tensión acumulada en los hombros. El corazón del paciente vuelve a latir con regularidad bajo su mirada, el drenaje torácico ya insertado hace su trabajo. Retira las manos lentamente, respira hondo, y solo entonces el temblor la alcanza como una ola.

Se aparta del campo estéril, apoya una mano enguantada en la mesa de instrumentos y cierra los ojos con fuerza. En su cabeza, el pitido vuelve a sonar con cruel claridad.

Piiiiiiip.

Cassandra, está en otra mesa de operaciones, en el quirófano contiguo. Quizás en silencio definitivo. Quizás sin volver a abrir los ojos.

Cuando sale, el pasillo principal está lleno del cansancio colectivo. Lara camina con pasos mecánicos hasta la sala de espera familiar, se arranca los guantes y el gorro quirúrgico con gestos bruscos, y se deja caer en una silla de plástico dura, las luces fluorescentes parpadeando sobre su cabeza.

Frente a ella, sentada con los brazos alrededor del cuerpo, está Kimberly. Tiene un apósito en la frente, y el rostro surcado por lágrimas secas que han dejado rastros blanquecinos sobre el hollín. Levanta la cabeza al verla acercarse, y la desesperación cruza sus pupilas como un relámpago.

—No tenía ni idea de que no estaba bien… intenté llegar hasta ella, pero el colapso fue tan rápido, las paredes y techos cayeron como dominós —dice Kimberly con la voz rota y entrecortada—. Yo estaba en el ala oeste, pensé que…

Lara se sienta a su lado sin dudarlo, el instinto de consuelo supera su propio agotamiento. La abraza con fuerza, y siente el temblor convulso de su cuerpo, la culpa que se le escapa en cada sollozo ahogado contra su hombro.

—Va a salir de esta, Kimberly; es la mujer más dura que conozco, ha superado cosas peores —le dice al oído con voz firme, aunque por dentro sienta que se derrumba pedazo a pedazo—. Los cirujanos de trauma son los mejores; están haciendo todo lo posible.

Las dos saben que son palabras que solo sostienen el aire frágil de la esperanza, pero en ese momento son lo único que tienen para no hundirse. Lara repite la frase como un mantra hasta convencerse a sí misma, meciendo suavemente a Kimberly mientras las lágrimas propias amenazan con brotar salir una tras otra.

Horas después —un lapso que parece eterno en la sala de espera —, el cirujano jefe de trauma, sale del quirófano con la bata manchada y la expresión de quien ha librado una guerra contra la muerte.

—La teniente Sullivan está viva y estabilizada en la UCI —dice con cautela profesional—. Ha sufrido un neumotórax por fracturas costales múltiples en el lado derecho, contusión pulmonar severa, y una

contusión craneal leve. Las próximas cuarenta y ocho horas serán críticas.

Lara asiente mecánicamente, no dice nada al principio. Solo siente cómo el corazón le retumba en los oídos como un tambor de guerra.

Cuarenta y ocho horas.

El mismo umbral donde la vida pende de un hilo según las estadísticas de supervivencia en trauma torácico.

*

El tiempo se vuelve líquido, viscoso e indefinido. Lara no mide los minutos ni las comidas obligatorias que le traen las enfermeras, ni siquiera los turnos que se solapan en un ciclo interminable. Se queda pegada al cristal, con la mirada fija en el monitor que marca los latidos de Cassandra.

Bip… bip… bip.

Entra y sale del hospital sin recordar cómo llega a casa o regresa. Entre un paciente y otro, vuelve a la camilla de Cassandra. Se sienta junto a ella en la silla reclinable, le habla en voz baja y constante, le cuenta lo que ha pasado fuera como si las palabras pudieran

mantenerla atada al mundo de los vivos, anclándola con anécdotas cotidianas.

—La ciudad sigue en pie, Cass. Kimberly ha dicho que, si te ve otra vez forzando el cuerpo, te pondrá una orden judicial para que te quedes en casa con reposo absoluto —le susurra en tono bromista.

Intenta sonreír, pero la voz le tiembla con vulnerabilidad. Toma la mano de Cassandra entre las suyas, siente la piel fría por la perfusión de fluidos, y se la acerca a los labios en un beso suave, depositando calor.

—No me dejes sola, ¿vale? Todavía quiero conocer qué hay más allá de esta bombera cabezota —murmura, con las lágrimas rodando silenciosas por sus mejillas.

Le acaricia la frente con delicadeza. Nadie la despierta; los médicos y enfermeras la dejan estar, como si supieran que ese contacto físico invisible —piel con piel— mantiene el pulso estable, reduciendo el estrés fisiológico.

Cada mañana, Lara reza en silencio, un hábito olvidado desde la niñez pero revivido por la desesperación. Mira las luces del monitor como si fueran estrellas guía, susurrando plegarias ateas a un universo indiferente.

Cinco días después, en una mañana gris donde la luz filtrada por las persianas dibuja rayas en la pared, el sonido cambia. Es una variación casi imperceptible al principio, una nota que rompe la rutina monótona, un leve aumento en la frecuencia respiratoria registrada en el ventilador. Lara abre los ojos de golpe, aturdida por el sueño intermitente en la silla. No sabe si lo ha imaginado en su agotamiento, pero entonces lo ve con claridad: los dedos de la mano derecha de Cassandra se contraen espasmódicamente.

El pecho de la mujer se eleva con un esfuerzo torpe e independiente, más allá del soporte del ventilador.

Los párpados tiemblan como alas de mariposa, luchando contra la sedación.

—Cassandra… —susurra Lara, acercándose con el corazón en la garganta—. Ey, estoy aquí, amor; abre los ojos despacio, sin prisa.

La mujer abre los ojos con lentitud agonizante, y el gesto confundido. La luz blanca del hospital la hiere, provocando un parpadeo instintivo. Intenta respirar profundamente, pero el tubo endotraqueal —ya extubado— le ha dejado la garganta irritada.

Cassandra tose con fuerza. Durante unos segundos interminables, piensa que está muerta, atrapada en un limbo de fuego y oscuridad, con

el recuerdo del colapso vívido como una pesadilla recurrente. El dolor en el tórax es un fuego sordo, irradiando con cada inhalación.

Intenta enfocar la mirada, parpadeando contra la luz cegadora, y poco a poco los contornos se definen: el techo con paneles acústicos, los tubos de suero en su brazo, el olor a antiséptico. Y entonces la ve con claridad absoluta.

Lara está a su lado, con ojeras profundas como surcos bajo los ojos enrojecidos, el pelo recogido de cualquier forma en una coleta deshecha, una sonrisa temblorosa que la atraviesa como un disparo de luz cálida en medio del frío estéril.

—Lo siento muchísimo… —susurra Cassandra, con la voz áspera y ronca por la intubación reciente—. Debí hacerte caso cuando me dijiste que no volviera, que el tobillo…

Las lágrimas le brotan sin aviso, rodando por las sienes y empapando la almohada, una catarsis emocional que libera la culpa acumulada. Lara le acaricia la mejilla con ternura, la observa con una mezcla de alivio abrumador.

—No hace falta que digas nada —le pide con suavidad, limpiando las lágrimas con el pulgar.

—Te vi antes de cerrar los ojos… en el incendio, tu cara fue lo último en lo que pensé —continúa Cassandra, ignorando la orden con terquedad—. Pensé que… que no me iba a dar tiempo a decirte que lo sentía, por no escucharte…

Lara niega despacio con la cabeza, tragándose las lágrimas que amenazan con desbordarse.

—No tienes que disculparte por nada; estás aquí, viva, y eso es lo único que importa en este momento —responde Lara.

Pero Cassandra insiste, con voz débil pero obstinada, repitiendo «lo siento» una y otra vez como si necesitara arrancarse la culpa a través de las palabras. Lara se inclina con cuidado, la abraza evitando presionar las costillas fracturadas, temiendo hacerle daño. Le besa los labios despacio, con la suavidad de quien ha esperado demasiado tiempo en la incertidumbre, un beso que sabe a alivio.

—Estoy contigo —le susurra contra la piel—. Y siempre me tendrás, pase lo que pase.

Cassandra se aferra a su mano con fuerza, la observa con los ojos vidriosos por las lágrimas y la medicación, respira hondo intentando calmar el temblor que la atraviesa, el dolor físico ahora es un recordatorio vivo de su supervivencia.

—Nos voy a cuidar a las dos —habla, en un hilo de voz que gana convicción—. Lo prometo… nos voy a cuidar, empezando por escuchar tus consejos médicos —bromea.

Y Lara se echa a reír.

—Tú no vas a cambiar nunca —dice. Le acaricia el rostro con la yema de los dedos, deteniéndose en cada trazo familiar, como si quisiera memorizarla de nuevo tras el miedo a perderla.

Fuera, la noche cae sobre Chicago con su manto de luces urbanas. En el cristal blindado de la habitación UCI se reflejan las luces intermitentes de la ciudad —rojos de semáforos, amarillos de taxis, azules de patrullas—, vivas y pulsantes como un corazón colectivo. Cassandra las mira a través de la ventana, consciente de que podría no haber vuelto a verlas nunca más. Siente el peso de la vida en cada respiración controlada, el dolor punzante en el pecho con cada movimiento mínimo, la garganta seca por la deshidratación, pero también una paz profunda que no recordaba, un renacer forjado en el fuego.

Lara se sienta a su lado en la cama, apoya la cabeza en su hombro con cuidado. Ninguna de las dos habla durante un largo rato. No hace falta; el lenguaje del tacto y la presencia lo dice todo.

Cassandra cierra los ojos un momento, permitiéndose flotar en la quietud. En su mente, vuelve a escuchar la risa de Lauren Price con nitidez cristalina, aquella tarde en la sala de descanso de la Estación 51, cuando le robó el libro y se burló de su cara y la doctora buenorra que salía en la portada.

La risa se mezcla armónicamente con la voz de Lara, y de repente, Cassandra se da cuenta de que quizás, aquello era una especie de premonición.

Aprieta la mano de Lara con renovada firmeza, y susurra con voz clara:

—Gracias por no rendirte, por esperarme.

Lara la mira a los ojos, sonríe con lágrimas frescas de alegría.

—Nunca lo haría, Cass. Ni en un millón de incendios.

El amanecer asoma por las ventanas del hospital, filtrándose en tonos gris azulado que anuncian un nuevo día lleno de posibilidades. Cassandra cierra los ojos otra vez, y por primera vez desde el incendio, respira sin miedo.

Sabe que lo que viene será duro. Pero también sabe que ya no está sola, que Lauren vive eternamente en su memoria como una luz guía, y que Lara le ha devuelto algo que creía perdido para siempre: la

posibilidad de volver a empezar, de amar sin reservas después de lo mucho que se ha negado a sentir.

De ser Cassandra Sullivan de verdad.

Epílogo

Cuatro meses después.

El aire de marzo en Chicago lleva ese perfume frío y cortante que anuncia el inicio de la primavera. Cassandra Sullivan apoya la espalda contra la carrocería de su viejo sedán gris, un Ford Taurus del 2012 que parece resistirse a morir con la misma tenacidad con la que ella ha luchado por sobrevivir. Observa la salida principal del Chicago Mercy con una mezcla de nerviosismo y una calma conquistada a pulso.

Han pasado exactamente cuatro meses desde el incendio, cuatro tres meses de cicatrices en proceso de maduración, de sesiones intensivas de fisioterapia respiratoria y musculoesquelética, de noches en vela interrumpidas por pesadillas vívidas y de silencios compartidos con Lara que han terminado por afianzar una relación maravillosa.

El edificio del hospital se alza imponente ante ella, con su fachada de cristal templado y acero reflejando un cielo limpio y azul pálido, típico de las primaveras incipientes en el Medio Oeste. Pero Cassandra permanece quieta, con los brazos cruzados sobre el pecho para proteger el costado izquierdo aún sensible. Su respiración aún es algo irregular cuando se agita mínimamente, pero será algo que con

entrenamiento, vaya a mejor. Las quemaduras de segundo grado superficial en el costado izquierdo han sanado bien, pero son recordatorios constantes del precio que tuvo su decisión aquella noche, un acto heroico que salvó a Liam, pero que estuvo a punto de costar su vida.

A veces, cuando el viento sopla en una dirección determinada desde el lago Michigan, le devuelve imágenes tan nítidas y sensoriales que tiene que cerrar los ojos para anclarse al presente. Pero hoy no sucede. Hoy, por primera vez en meses, el aire no huele a ceniza ni a destrucción, sino a los jardines cercanos y a esa brisa lacustre que limpia el paladar de la ciudad.

Lara Kinsley aparece por la puerta automática unos segundos después, con el pelo castaño recogido un peinado que deja escapar mechones rebeldes por el agotamiento de un turno largo, y esos ojos dulces, que Cassandra aprendió a reconocer incluso entre la multitud caótica de un servicio de emergencias. La ve detenerse un instante al descubrirla allí, apoyada en el coche con esa postura relajada pero vigilante, como si no terminara de creer que sigue allí, esperándola con paciencia infinita tras meses de visitas diarias y noches en vela.

Entonces sonríe, y en esa sonrisa hay una gratitud profunda que ninguna palabra podría contener, un brillo que ilumina su rostro

fatigado y revela las ojeras leves pero persistentes.

Cassandra endereza la postura con cuidado, y abre los brazos. Lara cruza el aparcamiento con paso rápido y decidido, sin disimular la emoción que acelera su pulso y hace que sus zapatillas blancas resuenen sobre el asfalto. La besa, estirando ese momento como si después, no fuera a quedarles nada.

—¿Lista para volver al servicio activo en la 51? —pregunta Lara cuando se separan apenas unos centímetros, con una sonrisa cansada que le ablanda los rasgos.

Cassandra asiente con lentitud, bajando la mirada un segundo hacia el suelo salpicado de hojas secas, como si necesitara ordenar las palabras en su mente antes de pronunciarlas con la claridad que merece el momento, inhalando profundamente para controlar su respiración.

—Sí, el alta médica definitiva llegó ayer; la rehabilitación ha ido mejor de lo que esperaba —responde, haciendo una pausa deliberada e inspirando con cuidado para evitar la punzada en el diafragma—. He recuperado el 95% de la función pulmonar en las pruebas de esfuerzo, y mi hombro ya soporta cargas de hasta 10 kilos sin dolor. Pero hay algo

que quiero decirte antes de volver, algo importante que he meditado durante estos días.

Lara la observa con atención inmediata, con esa mirada clínica y empática que no pierde ni siquiera cuando ama, percibiendo hasta el temblor más leve en los dedos de Cassandra.

—¿Qué pasa? Dímelo sin rodeos; sabes que podré con ello —insiste Lara.

Cassandra aprieta la mandíbula un instante, no por duda, sino por respeto al peso emocional de lo que está a punto de decir, un compromiso consigo misma forjado en las noches de insomnio y las charlas con el psicólogo del cuerpo de bomberos.

—He decidido que no quiero seguir siendo teniente; voy a renunciar al rango de manera oficial en la reunión con el jefe la semana que viene —declara con serenidad, descruzando los brazos—. Sé que implica volver a turno rotativo, pero es lo que necesito.

Lara frunce el ceño con sorpresa genuina, y los ojos abriéndose un poco más mientras procesa la información.

—¿Qué dices? Pero… te mereces eres puesto más que nadie, has liderado rescates que salvaron docenas de vidas —replica Lara.

—Tal vez —admite Cassandra, cruzándose de brazos de nuevo y mirando un punto indefinido más allá del parabrisas empañado por el rocío matutino—. Pero necesito empezar de nuevo desde cero, sin rangos que me aten al pasado, sin el peso de decisiones que pueden costar vidas en fracciones de segundo. Si Tasha sigue al mando interino, será ella quien dé las órdenes en el terreno, y las seguiré sin rechistar, como bombero raso. Ya no quiero ser la que carga con la responsabilidad táctica; quiero redimirme en el fuego, no dirigiéndolo.

Lara la observa en silencio durante un largo segundo, entendiendo que es un gesto valiente y consciente, un paso terapéutico recomendado. Cassandra no huye de su pasado: lo está aceptando, integrando y transformando en esta lección.

—¿Estás segura al cien por cien? No es una decisión impulsiva, ¿verdad? —pregunta Lara con voz suave y reflexiva, buscando confirmación en sus ojos.

—Más que de nada en mi vida; he pasado meses repitiendo esa noche en mi cabeza, una y otra vez, analizando cada decisión —responde Cassandra, mirándola con una expresión serena y determinada—. Intentando buscar un punto en el que todo podría haber salido distinto. Pero lo cierto es que no puedo cambiarlo. Puedo aprender, eso sí, y esta vez… quiero hacerlo desde otro lugar.

Lara sonríe apenas, y asiente con lentitud, aceptando la profundidad de esa elección.

—Entonces hazlo; renuncia a ese puesto y reconstrúyete —concede Lara—. Pero prométeme algo antes de que firmes los papeles.

—Lo que quieras —responde Cassandra sin hesitar, inclinándose ligeramente hacia ella.

—Que no vas a dejar que el miedo te haga dudar de quién eres: una líder nata, aunque elijas no llevar el galón —advierte Lara.

Cassandra se ríe, agradecida por su fe inquebrantable.

—No, eso no pasará; ya no me paraliza como antes —asegura Cassandra.

Lara la besa otra vez, el roce de sus labios tiene un sabor a calma reconquistada, a vuelta a casa después de un exilio forzado.

Conducen hacia casa por las avenidas que el sol de la tarde va tiñendo de oro líquido. Cassandra siente su corazón acompasado al ronroneo suave del motor, un compás íntimo que parece susurrarle cosas increíbles al oído; Lara apoya la cabeza en su hombro con naturalidad, y ella desliza el pulgar por el dorso de su mano en círculos lentos, un lenguaje sin palabras que dice te tengo, te cuido, te amo.

—¿Sabes? —susurra Lara—. Cada vez que el semáforo se pone en rojo, pienso que el mundo se detiene… solo para darnos un segundo más.

Cassandra sonríe, y aprieta su mano.

—Y cuando se pone en verde —responde, mirándola de reojo—, el mundo sigue, pero contigo a mi lado, ya no tengo la necesidad de ir con prisa. Solo de caminar.

En el semáforo rojo, Cassandra se encuentra en el retrovisor: su rostro está más delgado pero firme, cicatrices que ya no son heridas sino mapas de coraje, una mirada serena que brilla con una luz propia. Sonríe —una sonrisa pequeña, verdadera—, y se da cuenta de que el fuego no la destruyó; la forjó, la pulió, la convirtió en quien siempre estuvo destinada a ser.

El semáforo se pone en verde, pero antes, besa los labios de Lara.

Acelera con suavidad, y el futuro —sin miedo— las envuelve como una brisa tibia de primavera.

Agradecimientos

A las personas que enfrentan el miedo, el dolor o la pérdida sin renunciar al resto. Esta historia nació del deseo de rendir homenaje a quienes, en su trabajo o en su vida cotidiana, se levantan una y otra vez a pesar de las circunstancias.

A las que se reconocieron en Lara y Cassandra, en su fragilidad, en su valentía y en su manera de aprender a amar sin miedo. Ojalá esta historia os haya recordado que ninguna herida define por completo quiénes somos, y que incluso en el silencio de la pérdida puede crecer algo luminoso.

Y, sobre todo, gracias a ti, por llegar hasta aquí.

Por dejarte llevar, por escuchar los latidos entre las líneas, por permitir que estas vidas imaginarias respiren un poco dentro de la tuya.